

COLECCION LETRAS  
DIFERENTES

1. LUCES Y SOMBRAS:

EL CIEGO EN LA  
LITERATURA HISPANICA  
Juan Cruz Mendizábal

1. LOS EXPULSADOS  
   DEL PARAISO  
   Agustín Sánchez Vidal
2. MIRIAM (Novela)

Ramón Hernández

1. FIGURAS DEL OTRO  
   EN LA ILUSTRACION  
   FRANCESA

Diderot y otros autores  
Estudio preliminar,  
traducción y notas  
de Alicia H. Puleo

1. PERSONAJES ROTOS  
   DE LA LITERATURA  
   UNIVERSAL

Fernando Martínez Garrido,  
Mario Grande Esteban y  
Mercedes Escolar Arévalo

1. EL CIEGO Y SUS COPLAS  
   SELECCION DE PLIEGOS  
   EN EL SIGLO XIX  
   Joaquín Díaz

FIGURAS DEL OTRO  
EN LA ILUSTRACION FRANCESA

Diderot y otros autores

Colección  
LETRAS DIFERENTES

FIGURAS DEL OTRO  
EN LA ILUSTRACION  
FRANCESA



Diderot y otros autores

Estudio preliminar, traducción y notas  
de Alicia H. Puleo



ESCUELA LIBRE EDITORIAL

Madrid, 1996

FUNDACION ONCE

COLECCION LETRAS DIFERENTES

Directores:

JOSE MARIA ARROYO ZARZOSA  
RAFAEL DE LORENZO GARCIA

Asesor Literario:

RICARDO DE LA FUENTE

Coordinador editorial:

GREGORIO BURGUEÑO ALVAREZ

© Alicia H. Puleo, 1996

ISBN: 84-88816-16-2  
Depósito legal: M-23455-1996

Impresión: Rumagraf, S. A.

Nicolás Morales, 34 - 28019 Madrid

A mi madre y a mis tíos Luisa  
y Carlos, que me iniciaron en la  
literatura y en la filosofía.

A Patricia, in memoriam.

ESTUDIO PRELIMINAR

Todos somos un poco postmodernos, reconoce Javier  
Muguerza (1), en este siglo xx que ha dado tantos desmen-  
tidos a la creencia en el progreso de la Historia. Las dos  
guerras mundiales, los conflictos bélicos que aún conti-  
núan, los genocidios, la destrucción sistemática del plane-  
ta con vistas al dominio y el enriquecimiento inmediatos  
sin pensar en las generaciones futuras, el avance tecnoló-  
gico acompañado de estancamiento o incluso de involu-  
ción ética son algunas de las muchas razones que tenemos  
para desconfiar de la capacidad humana de progreso ba-  
sado en la razón.

El siglo XVIII puso sus esperanzas en la luz de la razón,  
de la educación, para avanzar hacia la felicidad, la liber-  
tad y la justicia. Esto no significa que el optimismo de los  
ilustrados fuera total y absoluto; por el contrario, podemos  
decir que cultivaron un cierto pesimismo o que su optimis-  
mo era moderado por la observación psicológica de los in-  
dividuos. Poseían, sin embargo, la voluntad de intervenir  
activamente en el proceso histórico. El lema de Voltaire,  
«aplastad al infame» (écrasez l’infâme), era un llama-  
miento a las fuerzas progresistas para oponerse conjunta-  
mente al fanatismo y a la intolerancia. Quizás hoy, des-  
pués de varios años de postmodernidad, ha llegado el mo-  
mento de retornar seriamente a este espíritu del «Siglo de  
las Luces», dejando de lado una indiferencia estetizante  
que puede ser suicida.

1. Muguerza, Javier: «Proyecto de una nueva guía (ilustrada) de  
   perplejos», en Desde la perplejidad. Ensayos sobre la ética, la razón  
   y el diálogo, México-Madrid, FCE, 1990, pp. 21-49.

Con el ideal emancipatorio ilustrado surge un nuevo  
tipo de filósofo, más mundano, más directamente compro-  
metido con los cambios sociales. La campaña de folletos  
de Voltaire para la rehabilitación de la familia Calas, tras  
la tortura, condena y ejecución injustas del padre, es un  
ejemplo de ello. La fuerza de la razón crítica ya no se limi-  
ta a los problemas epistemológicos y pasa a aplicarse a la  
cotidianeidad.

Entre las principales características del filósofo de la  
Ilustración se han puesto de relieve (2) el espíritu crítico  
frente a la pura erudición, la claridad expositiva corres-  
pondiente a su voluntad de comunicar y favorecer el análi-  
sis, la autocrítica, el anticonformismo y un filosofar en el  
fragor del combate contra las tradiciones de lo que podría-  
mos llamar la «Europa negra» de la violencia, el fanatis-  
mo y la crueldad.

Para esta lucha, el pensador —o pensadora, como en el  
caso de Olimpia de Gouges— utiliza diferentes armas. Una  
de ellas es la figura del Otro, de aquel que por su diferen-  
cia permite un mismo enfoque, ofrece datos insospecha-  
dos e impugna las creencias establecidas.

Así, los filósofos de la Ilustración francesa se valen de  
distintas figuras del Otro para criticar la «normalidad» do-  
minada por los prejuicios. Denuncian, a veces con ironía,  
otras con acento grave, el absurdo cotidiano, el enraiza-  
miento de los hábitos del pensar, los desmanes de la into-  
lerancia. Desde esta perspectiva, surgen distintas encarna-  
ciones del Otro como discurso crítico. En esta antología se  
recogen algunas de ellas pero, por razones de extensión,  
se dejan de lado otras, como la del niño, el campesino o el  
hombre de la Antigüedad griega y romana. Es necesario  
aclarar también que no se trata aquí figuras del Otro como  
«lo Otro de la razón», sino, por el contrario, como perfiles  
que irracionalizan las creencias, los dogmas y las relacio-

(2) Plebe, A.: ¿Qué es verdaderamente la Ilustración?, trad. Dolo-  
res Fonseca, Madrid, Doncel, 1971.

nes de poder establecidas, deslegitimándolas desde crite-  
rios de racionalidad.

Entre las figuras de la diferencia que facilitan la refle-  
xión crítica, el ciego, en la pluma de Diderot, aparece  
como filósofo que ve en la oscuridad gracias a la luz de la  
razón; en esa «noche» que le es propia puede permitirse  
«sueños», arriesgadas «interpretaciones» sobre la Natura-  
leza que otros no osarían. También se perfila el genio de  
cuño romántico, ese ser extraño que va más allá de las re-  
glas establecidas por el arte de una época. Las mujeres,  
discriminadas y tradicionalmente consideradas inferiores,  
se transforman con Poulain de la Barre en presencia im-  
pugnadora de los valores y de las normas androcéntricas.  
El extranjero pasea su mirada burlona por los usos y cos-  
tumbres locales o, con su sola existencia, a menudo ideali-  
zada, plantea un horizonte regulativo hacia el que avan-  
zar. El buen salvaje no reconoce el criterio de autoridad y  
señala los aspectos negativos de la civilización gracias al  
«buen sentido» que la Naturaleza otorga a todo ser huma-  
no. La patética imagen del esclavo de las colonias habla  
por sí sola de la hipocresía y las contradicciones entre el  
discurso moral y la economía y política europeas. El ani-  
mal, el Otro en su forma más radical, plantea cuestiones  
gnoseológicas y éticas aún no resueltas en el siglo xx.

Estas figuras de la XVIII alteridad dibujadas por la filosofía  
francesa del siglo nos invitan a hacer un recorrido  
por esa cara emancipatoria de la Ilustración que Javier  
Muguerza distingue de su denostada cruz positivista.

Con el pensamiento ilustrado, el ser humano se trans-  
forma en objeto de estudio de la ciencia. En los siglos XVII  
y XVIII asistimos a una gran polémica filosófica en torno al  
conocimiento: ¿la mente humana opera con conceptos  
previos a la experiencia o todo lo extrae de ésta? Al racio-  
nalismo cartesiano con su teoría de las ideas innatas se  
oponen el empirismo de Locke y el sensualismo de Condil-  
lac. Los ilustrados del XVII se decantan por un racionalis-  
mo empirista, combinación de observación y cadena de  
deducciones.

La investigación sobre el origen del conocimiento toma  
diversas formas. Una de ellas es la hipótesis de Condillac  
sobre la estatua que va adquiriendo uno tras otro los dife-  
rentes sentidos y, de esta forma, se va creando en su inte-  
rior un mundo de ideas (Tratado de las sensaciones,  
1754). Carta sobre los ciegos para uso de los que ven  
(1749) y Carta sobre los sordomudos para uso de los que  
oyen y hablan (1751), de Diderot, representan otros inten-  
tos similares. Diderot decide utilizar un testimonio singu-  
lar, el de quienes carecen de uno de los cinco sentidos,  
para postular la estrecha dependencia de nuestras ideas  
con respecto a la experiencia sensible. De esta manera,  
contribuye a la refutación iniciada por Locke (Ensayo so-  
bre el entendimiento humano, 1690) a la teoría cartesiana  
de las ideas innatas. No nacemos con los conceptos de  
Dios, de alma, de figuras geométricas...

Pero, además, a la elaboración estrechamente vincula-  
da con los datos aportados por personas ciegas, Diderot,  
con su personal estilo, agrega hipótesis arriesgadas de una  
sensibilidad y audacia de pensamiento sorprendentes. Esta  
osadía no es de extrañar en un siglo en que se practica una  
epistemología genética de carácter intelectualista (3) que  
intenta reconstruir el origen de la conciencia humana a  
través de la simulación de experiencias sobre el origen del  
conocimiento (artificio de la estatua de Condillac, primer  
hombre de Buffon).

Los datos recogidos por cirujanos que realizaban las  
primeras operaciones de cataratas a personas que habían  
perdido la vista en la infancia y no recordaban haber go-  
zado de ella permiten a Diderot hacer suposiciones sobre  
la manera en que vamos adquiriendo la capacidad de dis-  
tinguir los objetos, la distancia que nos separa de ellos,  
etcétera. Sostiene que en este proceso el tacto tiene un pa-  
pel muy importante. Los sentidos se complementan y, lejos  
de nacer con una reserva de nociones a priori, obtenemos

1. Ver Gusdorf, Georges: Les principes de la pensée au siécle des  
   Lumiéres, París, Payot, 1971, pp. 240-249.

todas las ideas de la experiencia. Este análisis de la géne-  
sis del conocimiento se inserta en una polémica preceden-  
te: el científico irlandés William Molyneux (1656-1698),  
dedicado especialmente a los temas de óptica, mantuvo  
contacto con Locke a través de una correspondencia que  
influyó en la elaboración del Ensayo sobre el conocimiento  
humano de este filósofo. El «problema de Molyneux» al  
que se refiere Diderot está expuesto en una carta de este  
científico dirigida a Locke con fecha del 2 de marzo de  
1693. Molyneux se preguntaba si un ciego de nacimiento  
que recuperara la vista podría reconocer visualmente y  
distinguir, sin tocarlos, una esfera y un cubo. Tanto Locke  
como Molyneux consideraban que esto sería imposible, ya  
que las nociones no proceden de ideas innatas sino de la  
experiencia sensible, y la experiencia del tacto no puede  
ser transmitida directamente a la de la vista. Diderot y  
Condillac compartirán esta opinión.

El interés de Diderot por las artes —como crítico dejó  
interesantes comentarios sobre los Salones que cada dos  
años organizaba la Real Academia de pintura y escultura  
en el Louvre— le ofrece la ocasión de hacer pertinentes  
reflexiones sobre la capacidad de las personas ciegas de  
apreciar la belleza artística. Su particular pasión por las  
estatuas (4) le sugiere algunas observaciones sobre la rela-  
ción entre ceguera y escultura que, de alguna manera,  
anuncian doscientos años antes los fundamentos de las  
tendencias actuales en museística para acercar el arte a  
los ciegos. Así, William Rowland, consejero de la South  
African National Gallery en los años setenta de nuestro si-  
glo (5), señala, a partir de su propia experiencia de la ce-  
guera, que la escultura es la forma del arte «visual» más  
accesible a las personas invidentes, las cuales, a la inversa  
de las videntes, no parten de una impresión de conjunto,

1. Furbank, P. N.: Diderot. Biografia critica, trad. Maria Teresa  
   del Valle, Barcelona, Emecé éd., 1994.
2. Rowland, William: «On dirait une fleur. Dossier sur les aveu-  
   gles», Nouvelles de l’ICOM, vol. 26, n. ° 3, 1973, pp. 97-101.

sino que realizan una síntesis de las impresiones parciales  
obtenidas por el tacto. Hoy en día, el principio ilustrado de  
igualdad y los avances en el conocimiento sobre la percep-  
ción impulsan importantes proyectos para permitir a los  
ciegos y deficientes visuales disfrutar del arte (6).

En los textos seleccionados de Carta sobre los ciegos,  
las consideraciones sobre la ceguera y la música demues-  
tran cuán lejos estaba Diderot de ser afectado por las críti-  
cas, a menudo basadas en un conocimiento superficial de  
la Ilustración, al seco racionalismo ajeno a la sensibilidad  
y al arrebato de las pasiones: según Diderot, la música su-  
pera a las palabras en la expresión de las vivencias del yo.

Una de las metáforas más empleadas por los pensado-  
res de la Ilustración es la que comparaba la razón con la  
luz y la ignorancia con las tinieblas. Las luces del saber  
eran la desacralización de la luz de la tradición religiosa  
occidental. Sus orígenes conocidos nos llevan al platonis-  
mo y al neoplatonismo. La teología medieval había recibi-  
do esta metáfora a través de San Agustín. En su transfor-  
mación secular e ilustrada, conocer es iluminar (7) y estar  
dominado por los prejuicios equivale a estar sumido en la  
oscuridad, carecer de visión.

Diderot, pensador original, utilizará este contraste de  
luz y tinieblas de una manera peculiar. Amante de las pa-  
radojas, de los matices y de los repliegues del pensamien-  
to, elige como epígrafe de su obra Sobre la interpretación  
de la Naturaleza (1753) una cita de De rerum natura, de  
Lucrecio, libro fundamental para el epicureismo ilustrado,  
«Quae sunt in luce tuemur E tenebris»: la oscuridad per-  
mite vislumbrar mejor lo que está iluminado. Sobre esta  
posición privilegiada de quien está en las tinieblas ya se

1. Ver TV. A.: Museos abiertos a todos los sentidos. Acoger me-  
   jor a las personas minusválidas, Fondation de France, trad. Carmen  
   Pérez de Andrés y Antonia Ramos Fuentes, ONCE, Ministerio de Cul-  
   tura, 1994. Consultar también García Lucerga, María Asunción: El ac-  
   ceso de las personas deficientes visuales al mundo de los museos,  
   ONCE, 1993.
2. Ver Gusdorf, G.: op. cit., Tercera parte, cap. 1.

había expresado extensamente en Carta sobre los ciegos  
(texto que por su audacia le valió ser encarcelado), donde  
invoca el antiguo prestigio del ciego como sabio que ve en  
la oscuridad para presentar sus propias teorías filosóficas.

¿En qué residía la heterodoxia de la Carta sobre los  
ciegos? Podemos decir que en casi todos los temas trata-  
dos. Sin embargo, los que desencadenarán la reacción del  
poder no serán los de gnoseología, sino los de metafísica:  
Diderot exponía su materialismo inspirado en Lucrecio,  
esbozaba una teoría evolucionista de los seres vivos y re-  
batía los argumentos probatorios de la existencia de Dios  
utilizados por los teólogos de la época. Para ello se valía  
de la figura de Saunderson, célebre catedrático de Cien-  
cias ciego. Este profesor de la Universidad de Cambridge  
había fallecido hacía poco tiempo. Diderot aprovecha esta  
circunstancia para añadir a los datos de su biografía un  
diálogo filosófico imaginario con un sacerdote en el mo-  
mento de su muerte.

El director de la Enciclopedia parte de la idea de que la  
ceguera había facilitado a Saunderson elevarse a un pen-  
samiento más abstracto, menos distraído por las imágenes  
que impresionan a los videntes. Pone, así, en boca del an-  
ciano profesor sus propias teorías filosóficas sobre la ca-  
pacidad de la materia de organizarse a partir de un caos  
originario y de producir seres sensibles e inteligentes. El  
argumento teleológico del espectáculo del orden providen-  
cial del Universo como prueba de la existencia de Dios no  
convence al matemático ciego. Guiado por la razón, se re-  
monta al comienzo de los tiempos con la misma facilidad  
con que da lecciones de Optica en la Universidad basándo-  
se únicamente en los principios de la Geometría.

Podemos imaginar el peligro que entrañaba exponer  
doctrinas que negaban la creación divina y el orden de la  
Providencia en ese Antiguo Régimen en que el trono y el  
altar se hallaban sólidamente unidos por las teorías pa-  
triarcalistas que fundaban el poder absoluto del monarca  
en la voluntad divina. La respuesta de las autoridades reli-  
giosas y políticas no se hará esperar y sólo los denodadosesfuerzos del editor de la Enciclopedia, que invocará la  
necesidad absoluta de contar con el filósofo como director  
del magno proyecto, lograrán sacarlo de la prisión de  
Vincennes. Por ello, el resumen y comentario que realiza  
D’Alembert de la obra de Diderot en su artículo «Ciego»  
(Aveugle) de la Enciclopedia elimina casi por completo los  
temas de metafísica y moral, limitándose a presentar pru-  
dentemente una clara exposición de la cuestión gnoseo-  
lógica.

La psicología empirista de Diderot fundamenta un rela-  
tivismo moral que en otras obras se verá temperado por la  
adhesión a las teorías de Shafftesbury sobre las tenden-  
cias afectivas naturales del ser humano hacia la solidari-  
dad. Su veta libertina, tan claramente manifestada en la  
novela satírica Las joyas indiscretas (1748), le lleva a sos-  
tener que los ciegos carecen del sentimiento del pudor.  
Quiere, de esta manera, mostrar que el pudor no es inna-  
to, como se sostenía tradicionalmente, sino que es produ-  
cido por la educación. El mismo objetivo guiaba a Fonte-  
nelle en su Carta sobre la desnudez de los salvajes, reco-  
gida en el capítulo que esta antología dedica a la figura del  
buen salvaje.

Como bien expresa el título completo, Carta sobre los  
ciegos tiene por objetivo servir a los que ven, sacarlos de  
la cómoda y vulgar satisfacción de los prejuicios incuestio-  
nados. Para ello, la experiencia de quienes viven con un  
sentido menos pero con un desarrollo mayor de los res-  
tantes presenta la ventaja de una interrogación oblicua so-  
bre la propia identidad. ¿Cómo surgen los sentimientos  
morales? ¿La visión cercana del sufrimiento nos hace más  
compasivos? Por carecer de visión, responde Diderot, los  
ciegos son menos compasivos. Muchos años más tarde, en  
el Suplemento a la Carta sobre los ciegos (1782), un mejor  
conocimiento de la experiencia de la ceguera, gracias a la  
relación con la sobrina de su amiga Sophie Volland, le  
hace rectificar su primera aserción: en una persona ciega  
la compasión nacerá con igual o incluso mayor fuerza gra-  
cias a la excepcional capacidad de percibir el sonido: elllanto, los gemidos, la misma voz, son tanto o más elo-  
cuentes para suscitar la piedad hacia el que sufre.

Pero esta rectificación no afecta en absoluto la tesis  
empirista central de Diderot: los sentidos son nuestros  
maestros. De esta manera, radicaliza la teoría de Locke y  
trasciende el ámbito gnoseológico para pasar al moral y  
metafísico, es decir, a un pensamiento con posibilidad de  
importantes consecuencias sociales.

A estas alteraciones del orden establecido se refiere  
Corneille-Frangois de Nelis, obispo de Anvers, en una obra  
de reacción contra la Ilustración, una obra de las «Anti-  
Luces». El ciego de la montaña: Diálogos filosóficos (1795)  
es un intento de responder a los filósofos ilustrados con  
argumentos no extraídos de la Revelación. Nuevamente, el  
prestigio del ciego como aquel capaz de traspasar las ti-  
nieblas inspira la figura del sabio solitario que, privado de  
la vista y ajeno a las pasiones e intereses mundanos, pre-  
viene a la humanidad sobre sus errores. Pero ahora el  
mensaje es contrario al de Diderot. El ciego de la montaña  
advierte sobre los peligros de la crítica ilustrada a la reli-  
gión. Curiosa aunque no inexplicablemente, la argumenta-  
ción sufre cierto contagio del pensamiento utilitarista  
avant la lettre del siglo XVIII: se admite que la felicidad es  
la meta. El ateísmo, afirma, no conduce a la felicidad, ya  
que el ser humano nunca podrá alcanzarla sin la garantía  
de subsistir tras la muerte. ¿Acaso puede disfrutar del pla-  
cer momentáneo si piensa que la muerte implicará la diso-  
lución en la nada? Así, la religión aparece como seguro de  
vida eterna que permite disfrutar plenamente de la terre-  
na. Por otra parte, se le asigna claramente un objetivo de  
freno sociopolítico que tampoco estaba ausente en algunos  
artículos de la misma Enciclopedia (artículos «Ateísmo»,  
«Cristianismo»): la abolición de la jerarquía divina implica  
una exigencia de igualdad entre todos los hombres. Esta  
abre las puertas de la venganza y la violencia contra los  
más privilegiados.

El ciego del obispo de Anvers señala las consecuencias  
del discurso de los filósofos. El «ciego de la montaña», cre-yente, sabio y profeta, reverente con la divinidad, y los fi-  
lósofos escépticos invidentes de Diderot encarnan la gran  
polémica del siglo XVIII entre la apologética religiosa, los  
deístas a la manera de Voltaire y los materialistas ateos  
como el barón d’Holbach y el mismo Diderot.

Conectada con la investigación sobre el origen, posibi-  
lidad y límites del conocimiento, encontramos otra figura  
de la diferencia que en el siglo XVIII suscita un gran inte-  
rés: el genio. ¿En qué consiste su naturaleza y cuál es su  
origen? Las discusiones de la época se apoyan en las teo-  
rías de Platón y Aristóteles sobre el tema, oscilando así en-  
tre el concepto de genio como locura divina del primero y  
la capacidad inventiva no intrínsecamente opuesta a la ra-  
zón del segundo.

El texto de Vauvenargues que se incluye opone «genio»  
(génie) e «ingenio» (esprit), anticipando claramente las  
teorías de la Crítica del Juicio en las que Kant definirá al  
genio como «disposición mental innata mediante la cual  
la Naturaleza da la regla al arte». Según Vauvenargues,  
mientras que el ingenio se limita a crear obras de buen  
gusto que se acomodan a las reglas dadas por el arte de su  
época, el genio está vinculado a la Naturaleza. El ingenio o  
talento (esprit) no implica la capacidad de crear produ-  
ciendo sus propias reglas, como lo hace el genio.

Se ha visto en Vauvenargues (8) un predecesor de  
Nietzsche, entre otras razones por negar la posibilidad de  
una moral racional universal, alegando la diversidad de  
caracteres y la desigualdad de niveles de genio entre los  
hombres. Según sus teorías, el genio, ser excepcional, se  
caracteriza por la capacidad de armonizar y unificar dife-  
rentes cualidades.

Vauvenargues no se limita a considerar el genio desde  
un enfoque exclusivamente estético, sino que atiende tam-  
bién a otras manifestaciones de la genialidad en la política, en la guerra...

1. Señalamos que Luc de Clapiers, marqués de Vauvernaques  
   (1715-1747), maestro en el análisis de las pasiones, se dedicó a la fi-  
   losofía porque sus problemas físicos frustraron su vocación militar.

Lo mismo hace el marqués de Saint  
Lambert (1716-1803), célebre poeta considerado en su  
época un exquisito hombre de mundo, en su artículo «Ge-  
nio» de la Enciclopedia, del cual esta antología reproduce  
algunos fragmentos. En su artículo resulta interesante  
destacar el temor y la desconfianza manifestados ante las  
invenciones del genio en política. Afirma el autor que el fi-  
lósofo no perjudica a nadie al poner sobre el papel sus  
teorías, mientras que la traducción política de las produc-  
ciones del pensamiento genial puede provocar grandes  
desdichas. Encontramos, así, en este enciclopedista una  
reflexión que anticipa las críticas postmodernas a las uto-  
pías de la razón: una prueba más de la complejidad y ri-  
queza del pensamiento ilustrado no reductible a fórmulas  
abstractas y esquemas racionalistas nefastos, como a me-  
nudo se le quiere presentar.

En la oposición entre imitación e invención, gusto y  
originalidad, ingenio y genio, se perfila la creación de una  
figura impugnadora del orden presente: la del hombre in-  
novador que anticipa el futuro y lo hace realidad introdu-  
ciéndolo de manera abrupta en la monotonía repetitiva  
de lo cotidiano y ya conocido. En todos los textos recogi-  
dos se advierte el germen de la posterior exaltación ro-  
mántica del genio: su carácter excepcional; su desinterés  
por las formas y conveniencias sociales, que puede inclu-  
so llevarle a ser huraño, como en el caso de Rousseau; su  
mirada penetrante, que le permite ver más allá que el co-  
mún de los hombres; su intuición opuesta a la sistematici-  
dad del artista de mero buen gusto o a la tarea esforzada  
del erudito.

Observemos que esta noción de genio tiene también  
una lectura de género-sexo. Puede descubrirse en ella un  
rasgo marcadamente androcéntrico. Si las «preciosas» ya  
en el siglo XVII habían conquistado para las mujeres el po-  
der de determinar lo que era de buen o mal gusto en el  
arte y en las maneras, el genio, como figura varonil de  
ruptura, monstruo intempestivo, se arroga el derecho de  
violar las reglas y suplantar las ya existentes por otras. Elartista de ingenio o mero talento aparece, así, como «afe-  
minado» producto de la educación y la cultura, en tanto  
que el genio se manifiesta (al menos en su condición bási-  
ca) como una viril generación espontánea producida por  
la Naturaleza. El par ingenio y genio dará lugar en Kant a  
la contraposición entre lo bello (femenino) y lo sublime  
(exclusivamente masculino) (9).

La Refutación de Helvecio de Diderot muestra una sin-  
gular polémica entre dos materialistas. Mientras que Hel-  
vecio, en una línea que más tarde retomará el marxismo,  
atribuye exclusivamente la aparición del genio a factores  
externos tales como la organización político-social y la  
educación, Diderot, influido por sus lecturas del médico  
Pierre Roussel, disminuye el poder otorgado por Helvecio  
a tales factores, insistiendo en la preexistencia de elemen-  
tos constitucionales, biológicos, que serían condición sine  
qua non del genio.

En estos textos de Diderot podemos apreciar un rasgo  
particular de su pensamiento: la capacidad de matizar y de  
admitir una multiplicidad causal. Esta cualidad, no siem-  
pre presente en la Filosofía, es evidente en las correcciones  
que introduce a las afirmaciones rotundas y tajantes de  
Helvecio: el «dice Helvecio» y el consejo de Diderot «Decid»  
permiten medir la distancia que separa dos maneras de fi-  
losofar y dos temperamentos distintos. El matiz integrador  
es, quizás, un elemento muy importante para explicar la  
renovación actual del interés por la obra de Diderot.

El diferente no siempre lo es por la excelencia. Una de  
las figuras del Otro por antonomasia es el extranjero, per-  
cibido como extraño por sus ropas, sus rasgos, sus costum-  
bres, su lengua y sus hábitos mentales. Esta percepción  
puede provocar admiración, xenofobia o paternalismo, se-  
gún las circunstancias. En las obras filosóficas y literarias  
del XVIII, la figura del extranjero es en gran parte una ficción, y los

1. Sobre el tratamiento de los sexos en la filosofía de Kant y su si-  
   militud con hermenéuticas alemanas actuales, ver Posada Kubissa,  
   Luisa: «Cuando la razón práctica no es tan pura», en Isegoría. Revista  
   de Filosofía Moral y Política, n. ° 6, nov. 1992, pp. 17-36.

autores lo saben. Si, por ejemplo, comparamos  
algunos textos de Voltaire entre sí, o de Diderot, podemos  
constatar que no se llaman totalmente a engaño en cuanto  
a las cualidades humanas excelsas que adjudican al habi-  
tante de otros países y otras culturas elegidas como para-  
digma de la razón. Pero el modelo extranjero tiene un obje-  
tivo político (en el sentido amplio de este término): cambiar  
la misma sociedad francesa proponiéndole modelos que le  
convenzan acerca de la posibilidad real de mejorar la vida  
humana a través de la tolerancia religiosa, la organización  
racional de los recursos, la mejora de las leyes, la abolición  
de la esclavitud o la introducción de mejoras sanitarias.

Inglaterra ocupa el lugar de honor de las naciones ad-  
miradas. Su organización política, la monarquía constitu-  
cional, es la preferida por los ilustrados, con la clara ex-  
cepción de Rousseau, que, como es sabido, se decanta por  
la democracia directa de los cantones suizos. Inglaterra,  
en la vía de una temprana revolución industrial, ofrece el  
espectáculo de una clase media emergente con nuevos  
gustos y costumbres: en la «polémica del lujo» que tiene  
lugar en Francia, el ideal inglés de confort sustituye a la  
ostentación aristocrática. El confortable interior inglés u  
holandés representado por la pintura de la época corres-  
ponde a un nuevo tipo humano elogiado por los filósofos.  
La moderación epicúrea en el placer preconizada por las  
Luces tiene su principal correlato socioeconómico en la In-  
glatera visitada por Voltaire.

Esa Inglaterra de los primeros free-thinkers, «país de  
filósofos y pragmáticos», en palabras de Diderot, es, junto  
con América, la tierra de la libertad de cultos —libertad de  
la que no goza Francia—. Si, en la geografía volteriana de  
la intolerancia, Portugal y España ocupan los primeros  
puestos por la pervivencia de la Inquisición, el filósofo no  
deja de señalar que Francia está muy lejos de igualarse a  
los países anglosajones en este punto. El caso de la tortura  
y ejecución del caballero de la Barre da fe de ello. Voltaire  
señala que Francia se contenta con destacar entre las na-  
ciones europeas por sus peluqueros, sus modistos y suscocineros, sin preocuparse por mejorar su legislación, po-  
niéndola a la altura de las más progresistas.

No se puede dejar de subrayar la importancia de esta  
crítica a las opiniones e instituciones propias comparán-  
dolas con las ajenas: cuando una cultura comienza a girar  
exclusivamente sobre sí misma y deja de mirar al exterior  
concentrándose sólo en sus logros, satisfecha y convencida  
de su superioridad, se inicia la decadencia. El relativo es-  
tancamiento intelectual y social de la Francia actual tiene  
mucho que ver con este fenómeno de fácil autocomplacen-  
cia. La construcción de una identidad estática fijada en las  
propias tradiciones sin pasar por el tamiz de la razón es  
un peligro siempre presente en todas las culturas.

Oriente también despertó el interés de los ilustrados.  
En el siglo XVIII comienzan los estudios de lenguas hasta  
aquel momento enteramente desconocidas. Se comentan y  
se traducen algunas de las grandes obras religiosas y filo-  
sóficas de la India y de China. En este aspecto, la labor de  
los jesuítas es pionera, dada la información de primera  
mano que obtienen de sus misiones. Las Cartas edifican-  
tes y curiosas (el primer volumen aparece en 1702 y el úl-  
timo en 1776), muy leídas en su época, darán a conocer  
en Europa el pensamiento, la organización social y las  
costumbres chinas. En el momento de la supresión de la  
Compañía de Jesús en Pekín (1775) y su sustitución por  
los Lazaristas, comienzan a publicarse las Memorias sobre  
la Historia, las Ciencias, las Artes, las Costumbres y los  
Usos de los Chinos (1776-1791), cuyos principales autores  
son los padres Amiot y Cibot. Cuando los filósofos se inte-  
resan por estos materiales, los convierten en armas de lu-  
cha contra la tradición. Uno de sus objetivos al exaltar la  
cultura de Oriente será combatir el discurso eurocéntrico  
cristiano de autores como Bossuet, lo cual no impide que  
se elabore una nueva forma de eurocentrismo (10). En  
efecto, el oriental, como el salvaje, serán a menudo los portavoces de

1. Ver Renaud, Jean: La littérature française du XVIII siècle, Pa-  
   ris, Armand Colin, 1994.

la filosofía, alter ego de los ilustrados, dife-  
rencia que remite a la unidad de la razón.

Uno de los artificios literarios utilizados por los autores  
para hacer del extranjero un agente de irracionalización  
de las costumbres francesas es convertirlo en asombrado  
visitante. Tal es el caso del persa en París de Montesquieu.  
La mirada del Otro transforma lo cotidiano en extraño, lo  
más usual en fenómeno curioso, permitiendo a la concien-  
cia europea un alejamiento y una reflexividad propicios  
para el cambio.

Esta mirada nueva, inocente y desplazada, es también  
la del salvaje confrontado a la civilización occidental. Cabe  
recordar aquí el interés que suscitaban los casos de descu-  
brimiento de «niños salvajes», no influenciados por la  
educación. La atención que se les prestaba se relaciona  
con la epistemología genética a la que ya he hecho refe-  
rencia: distinguir lo innato de lo adquirido y precisar las  
formas de su adquisición.

Pero, más allá del intento de investigar el origen del  
conocimiento, varias discusiones de la época se concen-  
tran en la figura del primitivo habitante de tierras remo-  
tas: la bondad o maldad de la naturaleza humana, el pro-  
greso o la degeneración producidos por la Historia, la  
multiplicidad y el carácter relativo de las normas morales,  
la castidad cristiana frente a la liberalización de las cos-  
tumbres sexuales...

Indudablemente, la multiplicación de las expediciones  
a tierras ignotas y los relatos de los viajeros impulsaban la  
aparición de la figura del salvaje en la Filosofía. El Suple-  
mento al viaje de Bougainville de Diderot aprovecha el  
material etnográfico sobre Tahiti para pintar una sociedad  
en la que una moral sexual menos rígida da mayor felici-  
dad y favorece la natalidad. Recordemos que esto último  
era un objetivo de los fisiócratas, los cuales veían en la po-  
blación una de las claves de la riqueza.

También Fontenelle, ese iniciador de la Ilustración  
francesa, había utilizado relatos de viajeros para tratar la  
cuestión del tabú de los cuerpos y de su sexualidad. Su Carta sobre

la desnudez de los salvajes demuestra el ca-  
rácter adquirido, relativo y convencional del pudor.

Por su parte, Rousseau, en su Discurso sobre el origen  
de la desigualdad, basándose quizás, como algún comen-  
tarista ha aventurado, por la similitud con las costumbres  
del orangután, en descripciones no ya de los salvajes sino  
de animales (11), imagina un estado natural en que los  
hombres viven en soledad y no conocen la propiedad. La  
civilización sólo habría traído corrupción, vicios y degene-  
ración de la especie. No faltan referencias críticas a La fá-  
bula de las abejas o los vicios privados hacen a la prospe-  
ridad pública, de Bernard Mandeville, editada, en inglés,  
por primera vez en 1729. El amor propio aparecía en esta  
obra como el sentimiento fundamental que genera las pa-  
siones del orgullo y la vergüenza, las cuales, a su vez, ge-  
neran la mayoría de las virtudes. Se sostenía que el Estado  
ha de ser tolerante con los vicios, ya que la industria de un  
país se desarrolla gracias al orgullo, la lujuria y otros vi-  
cios que incitan a destruir lo producido y a querer siempre  
más. El mal es el cimiento de la sociedad, es «el gran prin-  
cipio que hace de nosotros seres sociables» si los políticos  
saben manejarlo con habilidad. En el Ensayo sobre la ca-  
ridad, Mandeville prevenía contra los excesos de la com-  
pasión que llevarían a dar educación a los pobres. Afirma-  
ba que éstos no deben recibirla porque la ignorancia es  
necesaria para abaratar los costes de producción. Tam-  
bién las mujeres debían ser excluidas de la educación por-  
que ésta disminuye la «diligencia, aplicación y asiduidad».  
En esta última exclusión concordaba con Rousseau. El teó-  
rico de la igualdad no otorga los derechos de la ciudada-  
nía al colectivo femenino, sino que lo relega al ámbito do-  
méstico, en el que ha de ocuparse del cuidado del marido  
y de la crianza de los hijos (12). Ante las particulares características

1. Ver Martínez Contreras: «La naturaleza de la naturaleza hu-  
   mana», en Thiebault, Carlos: La herencia ética de la Ilustración, Bar-  
   celona, Crítica, 1991, pp. 73-90.
2. Ver Cobo, Rosa: Fundamentos del patriarcado moderno.  
   Jean-Jacques Rousseau, Cátedra, 1995.

de la exaltación del estado de naturaleza en  
Rousseau, la ironía demoledora de Voltaire no se hará es-  
perar. Sus Diálogos entre un salvaje y un bachiller han de  
ser leídos con el contexto del enfrentamiento entre Rous-  
seau y los philosophes como telón de fondo. De ahí su in-  
sistencia en que la vida en sociedad y la propiedad son  
también patrimonio de los salvajes. Pero el texto de Voltai-  
re no se reduce al escarnio de Rousseau, sino que dirige  
sus dardos contra las argumentaciones extravagantes de  
la escolástica de la época. El buen sentido del salvaje pone  
en ridículo los absurdos razonamientos del bachiller, mos-  
trando que la instrucción universitaria del momento sólo  
sirve para deformar las aptitudes naturales del intelecto.

Con un tono más grave, en el Ensayo sobre las costum-  
bres y el espíritu de las naciones, Voltaire relativiza la no-  
ción de «salvaje», denunciando la situación de ignorancia,  
superstición, miseria y abandono de las masas campesi-  
nas europeas, olvidadas por los «sibaritas» de las ciuda-  
des. ¿Quién posee una humanidad superior?

Como ya he señalado, la Ilustración se caracteriza por  
aplicar la razón crítica no sólo a los problemas teóricos  
planteados por el conocimiento, sino a la realidad social  
de la época. Así, Celia Amorós (13) destaca que el giro de  
la razón del siglo XVII a la razón de crítica político-social  
del XVIII se realiza con el filósofo cartesiano Poulain de la  
Barre y su tratamiento de un tema que, según este autor,  
es el paradigma mismo del prejuicio: el de la diferencia  
entre los sexos.

Como buen cartesiano, Poulain considera que lo que  
iguala a hombres y mujeres es la capacidad de razonar. La  
facultad de la razón era un elemento clave en el enfrenta-  
miento entre el derecho natural y el derecho histórico  
enarbolado por los nobles para justificar sus privilegios.  
Así, la desigualdad social aparecía como carente de fundamento -

1. Amorós, C.: «El feminismo: senda no transitada de la Ilustra-  
   ción», Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política, n. ° 1, mayo  
   1990, CSIC, pp. 139-150.

legitimador. Poseer la capacidad de razonar iguala-  
ba a todos los hombres; ya no tenía sentido la discrimina-  
ción en función del estamento al que pertenecían (nobles o  
plebeyos), el color de su piel (europeos blancos y negros  
esclavos) o... su sexo. Estas características aparecen como  
variantes externas de un núcleo invariable de pertenencia  
a la especie humana: la razón. Y en virtud de tal pertenen-  
cia común se articularán las reivindicaciones de igualdad  
que desembocan, tiempo después, en la Revolución fran-  
cesa, en la abolición de la esclavitud y en los distintos mo-  
vimientos feministas de la Historia moderna y contempo-  
ránea (14).

Cuando Poulain escribe, la polémica de los sexos era  
ya muy antigua. Pero con él toma un cariz diferente en  
base al nuevo paradigma ilustrado de igualdad. Su peque-  
ño tratado Sobre la igualdad de los sexos, de 1673, no  
emplea, como era habitual en las obras sobre este tema,  
largas listas de mujeres de la Biblia o de la Antigüedad  
clásica famosas por su virtud o su valentía para contrapo-  
nerlas a mujeres malvadas y corruptas inevitablemente ci-  
tadas por los misóginos. Eva y María como principales fi-  
guras de estas series son dejadas de lado. Ya no se trata  
de probar la superioridad de las mujeres, como solían ha-  
cer los defensores de las damas cuando dedicaban su libro  
a alguna princesa mecenas en desagravio a los siempre  
más numerosos detractores del «bello sexo». Ahora, el au-  
tor parte del principio de la igualdad de hombres y muje-  
res por la capacidad de razonar: las diferencias corporales  
necesarias para la reproducción no afectan las estructuras  
lógicas del pensar comunes a ambos sexos.

1. Resulta interesante destacar que, actualmente, el principio de  
   la igualdad de oportunidades entre los sexos lleva a prestar atención,  
   dentro de un grupo de características particulares, a los problemas  
   peculiares de las mujeres. Así, por ejemplo, se reconoce que las muje-  
   res ciegas viven experiencias específicas que merecen ser considera-  
   das. Ver Arcediano, M. a Luz, ONCE: «Mujer y ceguera», Jornadas Fe-  
   ministas Juntas y a por todas, Madrid, Federación de Organizaciones  
   Feministas del Estado Español, 1994, pp. 65-69.

Esta afirmación de igualdad no excluye algunas obser-  
vaciones muy acertadas sobre ciertas ventajas de las mu-  
jeres en algunos campos. Para poder apreciar estos argu-  
mentos con justeza es necesario recordar que el filósofo  
fue contemporáneo del movimiento intelectual de las «pre-  
ciosas» (15), esas damas que refinaron la sociedad france-  
sa, pulieron la lengua y elevaron las costumbres y el nivel  
de conocimientos con la actividad intelectual desplegada  
en los salones literarios que presidían.

De hecho, las «preciosas» acogieron con entusiasmo  
esta obra de Poulain que les rendía un merecido homenaje  
en sus referencias a la extraordinaria plasticidad de la  
conversación de las damas cultas y a la apertura de espíri-  
tu que mostraban. El cultivo posterior de una «filosofía de  
damas» como forma de la filosofía popular (16) por auto-  
res tan célebres como Fontenelle se basa en esta misma  
observación: la vivacidad y audacia del pensamiento no  
están en las Escuelas dominadas por las teorías tradicio-  
nales, sino en ese germen de opinión pública que comien-  
za a desplegarse bajo el cuidado y la protección de las da-  
mas ilustradas nobles y burguesas.

En el siglo XVII, existe una fuerte resistencia a la filoso-  
fía cartesiana por parte de la Escolástica. En ese sentido,  
Poulain considera una ventaja de las mujeres el poseer un  
«buen sentido» no deformado por los estudios. Esto no  
significa que no reivindique el derecho del colectivo feme-  
nino a acceder a ellos: el reconocimiento de las diferencias  
no está acompañado en Poulain de la trampa del ghetto  
para la minoría discriminada.

Recibir la instrucción escolástica constituía un privile-  
gio varonil, pero a los ojos de un cartesiano el resultado

1. Sobre el significado social del movimiento de las preciosas,  
   ver Oliva Blanco: «La Querelle féministe en el siglo XVII: la ambigüe-  
   dad de un término: del elogio al vituperio», en Amorós, Celia: Actas  
   del Seminario Permanente Feminismo e Ilustración, Universidad  
   Complutense de Madrid, 1992, pp. 73-83.
2. Ver Jauch, Ursula Pía: Filosofía de damas y moral masculina,  
   trad. Luisa Posada Kubissa, Madrid, Alianza Universidad, 1995.

era sólo una disminución de la capacidad de razonar li-  
bremente e incluso una pérdida de la natural curiosidad  
intelectual. En vez de analizar, sin ideas preconcebidas,  
cualquier tema que se discutiera, los varones instruidos  
tendían a aplicar mecánicamente términos oscuros, lati-  
nismos que no aclaraban la cuestión pero daban una ima-  
gen de ciencia. En numerosas ocasiones, Poulain hace re-  
ferencia a la utilización de un lenguaje esotérico, pseudo-  
científico, como medio de autoafirmación de una identidad  
masculina asociada a la dominación.

Así, resulta apasionante comprobar la extrema luci-  
dez del filósofo, que no se limita a reivindicar el acceso  
de las mujeres a los puestos, las tareas y los honores re-  
servados a los varones, sino que inicia una sutil crítica de  
algunas costumbres, conductas y valores masculinos.  
Presenta interesantes y plausibles hipótesis sobre el ori-  
gen de la jerarquización de lo femenino y lo viril relacio-  
nándola con la guerra en los primeros tiempos de la hu-  
manidad. Observemos que la antropología actual confir-  
ma esta sugerencia de Poulain al destacar la correlación  
entre la escasa valoración de las mujeres, la necesidad de  
combatientes, el infanticidio femenino, el carácter marca-  
damente patriarcal de diferentes usos y costumbres y la  
continua práctica de la guerra preindustrial en pueblos  
etnológicos.

De esta manera, el inmemorial prestigio de lo masculi-  
no se habría originado en la utilidad para las acciones bé-  
licas, en las que se necesita fuerza física y dureza afectiva,  
desvalorizándose todas aquellas cualidades humanas que  
no sirven para la dominación.

El principio de la igualdad le permite a Poulain relativi-  
zar la jerarquía androcéntrica de valores, mostrando su  
pseudouniversalidad y su falsa neutralidad. ¿Qué merece  
el nombre y el rango de lo propiamente humano? ¿Por  
qué las mujeres han sido pensadas por los filósofos como  
algo monstruoso o deficiente? ¿No serán más bien una  
contrafigura que impugna la identificación acrítica de lo  
humano con lo masculino?

El porvenir de igualdad deseado por Poulain es tam-  
bién un mañana de deconstrucción de las identidades de  
sexo. Como señalará más tarde Condorcet, la desigualdad  
de derechos y los prejuicios sobre los sexos han de ser  
destruidos si se quiere avanzar hacia la felicidad general.  
Los privilegios del dominador tienen efectos funestos en  
su propia identidad (17). Pero los pensadores de la igual-  
dad entre los sexos, como Poulain de la Barre, D’Alem-  
bert, Olimpia de Gouges o Condorcet, no serán los más es-  
cuchados. Por el contrario, en el seno mismo de la Ilustra-  
ción, tendrá lugar una renovación del antiguo discurso  
excluyente de la mujer como lo Otro absoluto, determina-  
da por su naturaleza biológica y por la utilidad social a las  
tareas domésticas, despojada de derechos tan elementales  
como el voto (18).

Afirmar la total alteridad de aquel a quien se desea do-  
minar y explotar es un viejo recurso humano. Incluso un  
pensador tan sutil como Aristóteles negó el estatus real-  
mente humano a los esclavos y a las mujeres; la relación  
de esta teoría del Estagirita con la sociedad a la que perte-  
necía es bastante evidente. Sostener la correspondencia  
armónica entre la naturaleza del oprimido y el estado de  
dominación en que se encuentra es la forma principal de  
legitimación.

Todavía en el siglo XVIII no faltaba quien afirmara que  
había ciertos grupos humanos que no eran aptos para la  
libertad. Un particular temperamento o pigmentación de  
la piel los predestinaba a trabajar bajo las órdenes de  
otros. La existencia de la esclavitud estaba en contradic-  
ción evidente con los ideales de igualdad, libertad y frater-  
nidad ilustrados. Los negros de las colonias constituyen la  
cara oculta de las naciones europeas de la Modernidad.

1. Condorcet, De Gouges, De Lambert y otros: La Ilustración olvi-  
   dada. La polémica de los sexos en el siglo XVIII, ed. Alicia H. Puleo,  
   Anthropos, 1993, pp. 107-108.
2. Sobre la ambigüedad de la Ilustración al respecto, consultar  
   Molina Petit, Cristina: Dialéctica feminista de la Ilustración, Barcelo-  
   na, Anthropos, 1994.

Así lo sugiere Voltaire en su célebre cuento filosófico Cán-  
dido. Las denuncias de los ilustrados se multiplican. Mon-  
tesquieu señala, en El espíritu de las leyes, que la sola  
existencia de la esclavitud impide a los pueblos de Europa  
autoproclamarse cristianos.

La patética figura del esclavo se yergue como impugna-  
ción de la conciencia civilizada. En Cándido, la elección de  
una colonia holandesa, Surinam, para pintar la atroz si-  
tuación de los negros de las plantaciones no es inocente:  
Holanda, país pionero en la tolerancia, la libertad y la hu-  
manidad, limita estos frutos de la Ilustración a la metrópo-  
li. Más allá de ésta, la práctica de la amputación de miem-  
bros como castigo al cimarrón constituye una prueba de la  
falta de universalidad en la aplicación de sus principios fi-  
lantrópicos.

El texto de Condorcet Reflexiones sobre la esclavitud  
de los negros (1781) se enmarca dentro de un incremento  
de la lucha activa y de las propuestas prácticas para con-  
seguir la prohibición de la esclavitud. Las sociedades abo-  
licionistas surgen en el último tercio del siglo, primero en  
Inglaterra, impulsadas por los cuáqueros; luego en Fran-  
cia, en torno a algunas logias masónicas y al salón presidi-  
do por la señora Helvecio. En 1788 se funda la Sociedad  
de Amigos de los Negros, entre cuyos miembros se en-  
cuentra Condorcet.

Desde el primer intento de legislación abolicionista  
para las colonias por parte de la Asamblea Constituyente  
en 1791, anulada poco tiempo después, hasta la supresión  
total en 1848, la lucha será muy larga. Michéle Duchet (19)  
ha restado importancia a las protestas ilustradas contra la  
trata de negros y lo ha considerado un reformismo pater-  
nalista determinado por las necesidades económicas y por  
la convicción de los franceses metropolitanos de que sua-  
vizar las condiciones de explotación sería más rentable.  
En apoyo de esta tesis, cita informes de gobernadores del Caribe que

1. Duchet, M.: Antropología e historia en el siglo de las luces,  
   México, Siglo XXI, 1975.

criticaban la dureza de los colonos como un  
error económico. En efecto, hoy en día nos choca el pater-  
nalismo de algunos párrafos del mismo Condorcet. Sin  
embargo, nos parece excesivamente reduccionista hacer  
de la inspiración filantrópica y del ideal de justicia una  
mera traducción de la falta de interés económico de la me-  
trópoli con respecto a las colonias del Caribe. Este desinte-  
rés de la burguesía no impidió la existencia de un discurso  
de legitimación de la esclavitud y la abolición de ésta exi-  
gió enormes esfuerzos. ¿Se puede reducir siempre el  
anhelo de justicia, la solidaridad y la compasión a simple  
reflejo de intereses económicos?

Volvemos, de esta manera, a la cuestión de la capaci-  
dad de autocrítica de la razón. Si en cuestiones como la le-  
gitimidad de la esclavitud parece que la sociedad occiden-  
tal del siglo xx ha llegado a un consenso total y en la de la  
igualdad de derechos entre los sexos a una admisión de  
principio, otros temas abiertos en el XVIII son todavía hoy  
una asignatura pendiente. Este es el caso de la relación  
entre humanos y animales, la similitud o diferencia de  
ambos, la legitimidad del dominio, etc.

La polémica sobre la existencia de un alma en los ani-  
males fue muy viva en los siglos XVII y XVIII. ¿Por qué sus-  
citaba tanto interés? La razón principal estribaba en el  
influjo que tal discusión filosófica pudiera ejercer en la  
concepción del mismo ser humano. Como lo expresa cla-  
ramente Condillac en el comienzo de su Tratado sobre los  
animales (1755), citando al naturalista Buffon, la aten-  
ción que los filósofos de unas y otras tendencias ponían  
en éstos se basaba en la similitud que, en tanto seres vi-  
vos, tenían con los humanos y en la consecuente posibili-  
dad de comprender los mecanismos del conocimiento de  
estos últimos a partir de la observación y análisis de los  
primeros.

Por lo tanto, las principales discusiones en torno a la  
figura del animal serán de índole gnoseológica y metafísi-  
ca. Sólo unos pocos pensadores se interesarán seriamente  
por su aspecto ético.

En la polémica, los aspectos gnoseológico y metafísico  
estarán estrechamente unidos: ¿los animales son capaces  
de adquirir conocimientos como los seres humanos?; ¿sus  
facultades son similares a las de éstos? El dualismo carte-  
siano que oponía mente y cuerpo, espíritu y materia, esta-  
blecía un abismo infranqueable entre seres vivos humanos  
y no humanos. Los primeros eran capaces de razonar, en  
virtud de la sustancia espiritual que les diferenciaba de los  
animales. Estos eran máquinas capaces de movimiento  
pero reducidos a mera extensión, carentes de esa sustan-  
cia espiritual que se consideraba que hace posible el pen-  
samiento.

Esta teoría tendrá, como apunta Maupertuis (20) en  
una de las Cartas que he seleccionado, dos tipos de adver-  
sarios: los teólogos y los empiristas. Supone sutilmente  
Maupertuis que quizás Descartes había querido agradar a  
los teólogos, siguiendo la tradición cristiana antropocéntri-  
ca que consagra, por medio de una división y jerarquía di-  
vinas absolutas, al hombre como elegido de Dios y centro  
de la Creación. Observemos, además, que esta teoría de  
Descartes solucionaba el problema teológico de explicar la  
causa del sufrimiento de seres que no eran culpables del  
pecado original. A pesar de esta ventaja y de la coinciden-  
cia arriba señalada, los teólogos percibieron en la teoría  
del animal-máquina la posibilidad de una futura deriva  
materialista y mecanicista de la concepción del hombre  
mismo. Por ello, atacaron a los cartesianos y elaboraron  
complicadas teorías sobre el alma de los animales, distinta  
de la humana, inferior, pero no por ello menos existente.

Los otros adversarios de la teoría del animal-máquina  
serán los empiristas, con Locke a la cabeza, y los materia-  
listas como Diderot. Estos filósofos ven sólo una diferencia

1. Pierre Louis Moreau de Maupertuis (1698-1759) fue matemá-  
   tico de reconocido prestigio y director de la Academia de Berlín y de  
   expediciones científicas al Ecuador y a Laponia. Se le considera pre-  
   cursor del concepto de homeostasis en los seres vivos, así como de la  
   ética utilitarista.

de grado en los procesos cognoscitivos de animales y hu-  
manos. Afirman la sensibilidad, la memoria y la capacidad  
de juzgar de los animales frente al automatismo cartesia-  
no. Fieles a la exigencia de observación previa a todo filo-  
sofar, estos pensadores acudirán a los datos de la expe-  
riencia. A este respecto, resultan reveladores los comenta-  
rios que Diderot hace al margen de Lettre sur l’homme et  
ses raports (21), que su autor, el filósofo dualista y espiri-  
tualista holandés Hemsterhuis, le obsequiara cortésmente.  
Hemsterhuis afirmaba que los animales «sólo pueden pen-  
sar y hacer proyectos sobre las ideas de los objetos que  
coexisten realmente delante de ellos» (esta frase iba acom-  
pañada de una nota con una cita de Cicerón que decía:  
«Entre el hombre y la bestia existe esta diferencia esen-  
cial, que la bestia sólo se mueve en la medida en que sus  
sentidos la mueven y se adapta sólo a lo que está presente  
en el espacio y el tiempo ya que tiene muy poco sentido  
del pasado o del futuro»). Diderot apunta que entre el  
hombre y el animal sólo es cuestión de un más y un me-  
nos. Con ironía, desestima la autoridad de Cicerón seña-  
lando que, con toda seguridad, no fue cazador y, por lo  
tanto, carecía de datos de la experiencia irrefutables: la  
docilidad prueba que «cuando el animal vuelve a ver un  
objeto, su presencia excita en él dos cosas: la sensación  
del objeto y el recuerdo de haber experimentado esa sen-  
sación; en ausencia del objeto, puede acordarse y se  
acuerda del objeto. Prueba de ello: los sueños del perro de  
caza. Prueba de ello: las necesidades que lo conducen in-  
faliblemente a los objetos análogos a sus necesidades. Las  
bestias no son tan bestias como se piensa. Quizás juzguen  
tan mal sobre nosotros como nosotros sobre ellas».

Las conductas de animales domésticos como el perro  
servirán de apoyo a las tesis empiristas: los animales son capaces de

1. Hemsterhuis, François: Lettre sur l'homme et ses rapports.  
   Avec le commentaire inédit de Diderot, texte établi, présenté et anno-  
   té par Georges May, New Haven, Yale University Press, PUF, Paris,  
   1964.

aprender, experimentan dolor físico y psíquico,  
emociones diversas, alegría...; en definitiva, casi todos los  
estados internos humanos excepto el pensamiento abstrac-  
to. Estas afirmaciones estaban cargadas de significados  
cruciales para la autocomprensión humana y el modelo de  
Naturaleza que se impondría en el mundo contemporáneo.  
El empirismo suprime la diferencia absoluta entre huma-  
nos y no humanos, reemplazándola por una gradación de  
complejidad. Pero, como observa Val Plumwood (22) desde  
una perspectiva sumamente crítica con respecto al proyec-  
to de la Modernidad, del dualismo espíritu/materia se pasa  
a una epistemología que reduce todo ente, incluso huma-  
no, a la extensión, con lo cual, en vez de concebir respeto  
por los no humanos, se marcha hacia una manipulación  
creciente de todos los individuos.

Si bien las observaciones de Plumwood son acertadas  
en lo que respecta al pensamiento hegemónico sobre el  
tema, me parece importante destacar, incluso en este ám-  
bito, las potencialidades emancipatorias de la Ilustración.  
Junto a los problemas gnoseológicos y metafísicos en jue-  
go, encontramos también la cuestión ética y la aparición  
de una nueva sensibilidad que enlaza razón y sentimiento.  
Así lo manifiesta el título de la Carta VI de Maupertuis:  
Acerca del derecho sobre los animales. El dualismo men-  
te/cuerpo (res cogitans/res extensa) de Descartes negaba  
a los animales no sólo la aptitud para el conocimiento,  
sino incluso la capacidad de sentir. El animal había sido  
reducido por el autor del Discurso del Método a una mera  
máquina. La práctica de la vivisección en Port Royal des-  
pertó las críticas, patentes en el artículo «Bestias», de Vol-  
taire, que recoge esta antología. Los gritos de dolor de las  
víctimas eran considerados simple chirriar de una maqui-  
naria similar a un reloj. La polémica sobre «el alma de las  
bestias» permite una primera elaboración de un tema éti-  
co contemporáneo: los derechos de los animales.

1. Ver el capitulo dedicado a Descartes y Locke en Plumwood,  
   Val: Feminism and the Mastery of Nature, London and New York,  
   Routledge, 1993.

El pensamiento ilustrado se halla fuertemente anclado  
en la idea de razón como fundamento de derecho. En el  
caso de los esclavos y de las mujeres, esta idea de igualdad  
de todos los integrantes de la especie humana por la facul-  
tad de razonar hizo posible la aparición de reivindicaciones  
contra la explotación o la discriminación. La filantropía y  
los sentimientos de benevolencia hacia la humanidad ente-  
ra son uno de los frutos de la Ilustración, relacionados con  
el paso de una teodicea a una antropodicea. Evidentemen-  
te, en este sentido, el concepto de razón no es operativo  
para la defensa de los animales. Pero sí lo es en tanto fuer-  
za crítica aplicada a los prejuicios y como capacidad de unl-  
versalizar extendiendo en círculos cada vez más amplios  
las ideas de respeto, tolerancia y los sentimientos de simpa-  
tía que las acompañan. Así, según Jesús Mosterín (23), la  
crueldad hacia los animales sería el producto de una Ilus-  
tración incompleta y del pesado fardo de la tradición antro-  
pocéntrica judeo-cristiana-islámica y sus versiones secula-  
rizadas, entre las que destaca la ética kantiana.

El filósofo inglés Jeremy Bentham, heredero directo de  
la Ilustración muy influenciado por el pensamiento de ma-  
terialistas como Helvecio, es considerado el primero en  
haber formulado el problema en términos modernos. En  
su obra Los principios de la moral y la legislación (1789)  
dice: «Quizás llegue el día en que el resto de los animales  
adquieran los derechos de los que nunca pudieron ser pri-  
vados excepto por la mano de la tiranía. Los franceses ya  
han descubierto que la negrura de la piel no es razón para  
abandonar a un ser humano al capricho de su torturador.  
Quizá llegue el día en que se reconozca que el número de  
patas, la pilosidad de la piel o la terminación del hueso sa-  
cro son razones igualmente insuficientes para abandonar  
a un ser sensitivo al mismo destino (... ) La cuestión no es  
¿pueden razonar?, o ¿pueden hablar?, sino ¿pueden su-  
frir? » (24). Resulta interesante comprobar que encontramos este

1. Mosterín, Jesús: Los derechos de los animales, Madrid,  
   Ed. Debate, Col. Dominós, 1995.
2. Citado en Mosterín, J.: op. cit., p. 27.

mismo razonamiento en la Carta VI de Mauper-  
tuis. No se trata de demostrar que Bentham lo hubiera to-  
mado del pensador francés, sino —cuestión más intere-  
sante— que se hallaba en las potencialidades mismas del  
pensamiento y la sensibilidad ilustradas. Formaría parte  
de esa «Ilustración olvidada» que fue vencida por la razón  
positivista, por esa razón de la dominación técnica sobre  
la Naturaleza que vivimos hoy en toda su plenitud, en un  
momento en que nos acercamos al deterioro de las condi-  
ciones de vida y al autoexterminio de la especie humana  
por destrucción de las condiciones ecológicas de su subsis-  
tencia. Hoy, el filósofo de raigambre ilustrada ha de ser  
capaz de superar el androcentrismo y el antropocentrismo  
gracias a la capacidad de autocrítica de la razón.

He señalado más arriba que en muchos casos el Otro  
era un simple portavoz del filósofo ilustrado. En ese senti-  
do habría una falsificación de la diferencia, la cual estaría  
—como se suele hoy denunciar— en última instancia redu-  
cida a lo Uno, que no sería sino el filósofo que escribe. Si  
bien podemos y debemos reconocer los Límites y las defor-  
maciones que implica esta función de alter ego atribuida al  
Otro, también es necesario destacar la grandeza de ese re-  
conocimiento de lo mismo en lo aparentemente distinto.  
La identificación del filósofo con el Otro puede ser leída  
como la necesaria asunción de las marginalidades en un  
proyecto gnoseológico y ético que contiene, al menos en  
potencia, la superación de dualismos insostenibles, un pro-  
fundo sentido de la justicia (incrementado con el paso del  
elitismo de los filósofos de principios de siglo a una mayor  
conciencia social del último tercio) y, fenómeno no menos  
importante, una nueva educación de los sentimientos.

Así, el retrato ideal que hace Dumarsais (25) del filóso-  
fo nos pinta un pensador animado por la benevolencia. Es evidente

1. César Chesneau Dumarsais (1676-1756), gramático conocido  
   especialmente por un Tratado sobre los tropos, fue elegido por Dide-  
   rot para realizar los temas de Gramática de la Enciclopedia. D’Alem-  
   bert lo consideraba un filósofo profundo y lo llamaba «el La Fontaine  
   de los filósofos», por su facilidad para expresarse claramente.

que el autor responde aquí a las acusaciones de  
libertinaje emitidas por los «devotos» contra el esprit fort.  
Recordemos que el adjetivo «filosófico» aplicado a un libro  
podía significar «pornográfico» (la existencia de obras  
como Thérèse philosophe, del marqués d’Argens, o Les bi-  
joux indiscrets, de Diderot, daban argumentos para esta  
identificación). Detrás del artículo «Filósofo» subyace la  
cuestión de la posibilidad de una moral atea, tan debatida  
en aquel siglo. En un fragmento de Reflexiones sobre la  
esclavitud de los negros, con irónicas alusiones a las críti-  
cas recibidas por los filósofos, Condorcet expone algunas  
de las actuaciones de los ilustrados en el terreno social:  
propuesta de mejoras sanitarias, eliminación de la tortura,  
supresión del trabajo obligatorio que los campesinos de-  
bían a su señor, críticas a la exclusión de los protestantes  
del derecho de ciudadanía...

He enfatizado uno de los aspectos del tratamiento del  
Otro: aquel que permite que la sociedad europea en este  
caso —y en general todo ser humano— pueda mirarse crí-  
ticamente. El Otro aparece como un espejo en el que el  
hombre occidental puede observarse sin los cristales defor-  
mantes habituales. El Otro se erige en —o hace posible la  
emergencia de— una conciencia crítica por su situación  
particular de marginalidad o de simple diferencia. Pero  
también hemos visto que podía ser la ocasión de una lla-  
mada a la igualdad de derechos o, al menos, a la benevo-  
lencia. Como destaca Gusdorf, la consigna de Bentham de  
«la mayor felicidad para el mayor número» es un eje no  
explícitamente formulado pero vertebrador del pensamien-  
to moral del siglo XVIII. Beneficencia, humanidad, progreso  
(perfectibilité) serán las nuevas virtudes preconizadas. La  
diferencia no es únicamente objeto de curiosidad intelec-  
tual, posibilidad de ampliar el saber más allá de los cauces  
habituales, o instrumento de crítica a las costumbres. Así,  
si la ceguera puede interesar como modo de aproximarse a  
las formas del conocimiento humano, también es necesario  
recordar que será en 1784 cuando Valentin Haüy abra en  
París la primera escuela para jóvenes ciegos y que cuaren-  
ta años más tarde, en el seno de esta misma institución,nacerá el sistema Braille de lectura (26). Ya me he referido  
a la actividad del marqués de Condorcet con vistas a la  
abolición de la esclavitud. Noble pero revolucionario giron-  
dino, presentará, como diputado de la Asamblea Legislati-  
va, un proyecto para otorgar el voto a las mujeres. El inte-  
rés ilustrado por la diferencia no desemboca en el relativis-  
mo cultural, el reconocimiento de la diferencia no es  
obstáculo para la exhortación a la igualdad.

Espero que la selección de textos que aquí se presenta  
aporte algunos ejemplos pertinentes de estos dos aspectos  
del tratamiento del Otro en la Ilustración francesa. He ele-  
gido fragmentos que indican distintas sensibilidades y ten-  
dencias e incluso he insertado un escrito contrario a los  
philosophes (El ciego de la montaña) para mostrar la con-  
tinuidad de la polémica a lo largo del siglo y algunos de los  
valores en juego. Somos herederos de la Ilustración; por lo  
tanto, leer estos textos es recordar nuestra Historia. Y en  
tanto, irremisiblemente, somos los sujetos de un presente  
que teje futuro, nos plantean el desafío de completar la  
Ilustración.

No quiero terminar estas páginas sin expresar mi agra-  
decimiento a Javier Muguerza por animarme a continuar la  
investigación sobre los filósofos de la Ilustración francesa, a  
Jean Renaud por sus sugerencias bibliográficas, a Teo Sanz  
por las observaciones críticas a mi traducción de los textos  
y a Ricardo de la Fuente por la confianza que depositó en  
este libro. Finalmente, quiero manifestar mi deuda respecto  
a Celia Amorós, que con la creación del Seminario Perma-  
nente «Feminismo e Ilustración», en la Universidad Com-  
plutense de Madrid, abrió nuevas vías de interpretación y  
renovó el interés por el legado del «Siglo de las Luces».

Alicia H. Puleo

1. Sobre los esfuerzos infructuosos de Valentín Haüy para crear  
   un sistema de lectura y de notación musical destinado a los ciegos,  
   ver el prefacio de Pierre Henri a la obra de Haüy, V.: Essay sur l’édu-  
   cation des aveugles, Paris, Editions Archives Contemporaines, Bi-  
   bliothèque du CNAM, 1985.

SELECCION DE TEXTOS

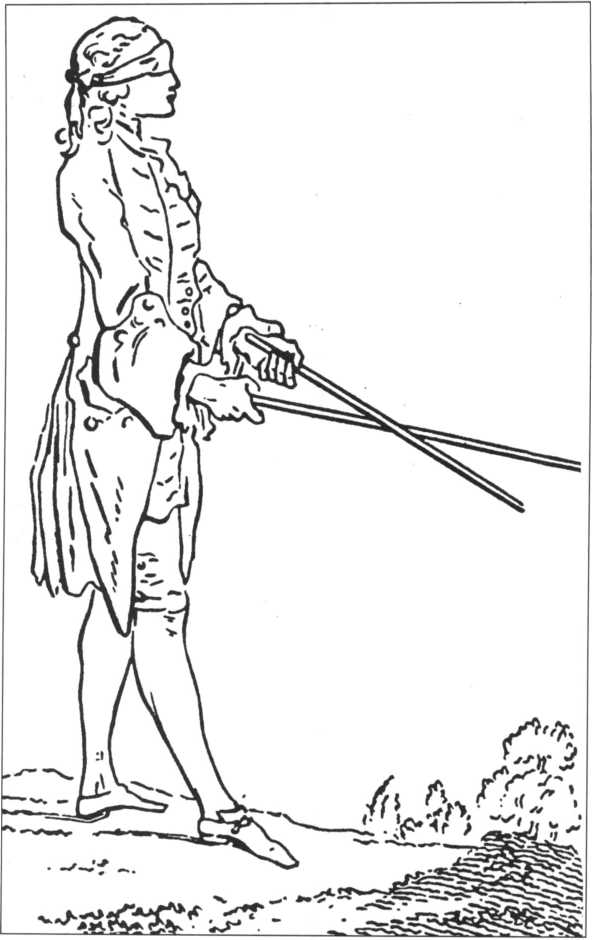


Ilustración de la Dioptique de Descartes (Oeuvres, 1724)  
reproducida en Carta sobre los ciegos, de Diderot.

EL CIEGO

Como jamás he dudado de que el estado de nues-  
tros órganos y de nuestros sentidos tenga mucha in-  
fluencia en nuestra metafísica y en nuestra moral y  
que nuestras ideas más puramente intelectuales, por  
así llamarlas, tengan una relación muy estrecha con la  
conformación de nuestro cuerpo, me dediqué a interro-  
gar a nuestro ciego sobre los vicios y las virtudes.

Diderot

En cuanto a los Filósofos cuyas opiniones contradigo  
y que debería temer se eleven contra mí, mi Teógenes,  
no me producen miedo. Mi oscuridad y el silencio son  
mis baluartes y les desafío a que me acorralen en ellos.  
Por otro lado, ¿por qué les interesarían los discursos  
de un pobre Ciego cuya intención no podría ser calum-  
niar su gloria y que no va a romper sus estatuas con  
mano audaz?

De Nelis, Obispo de Anvers

CARTA SOBRE LOS CIEGOS  
PARA USO DE LOS QUE VEN

De **Diderot**

La ceguera y el arte

El ejemplo de este ilustre ciego prueba que el tacto  
puede ser más delicado que la vista cuando está perfec-  
cionado por el ejercicio; ya que, al recorrer con las manos  
una serie de medallas, diferenciaba las verdaderas de las  
falsas, aunque éstas estuvieran tan bien falsificadas como  
para engañar a un conocedor con buena vista. Juzgaba  
sobre la exactitud de un instrumento de matemáticas ha-  
ciendo pasar la extremidad de sus dedos por sus divisio-  
nes. Estas son cosas más difíciles de hacer que estimar  
por el tacto el parecido de un busto con la persona repre-  
sentada. Vemos, así, que un pueblo de ciegos podría tener  
escultores y extraer de las estatuas los mismos beneficios  
que nosotros: perpetuar la memoria de las buenas accio-  
nes y de las personas queridas. Incluso, no tengo dudas  
de que el sentimiento que experimentarían al tocar las es-  
tatuas sería mucho más vivo que el que sentimos viéndo-  
las. ¡Qué goce para el que hubiera amado tiernamente pa-  
sear sus manos por esos encantos que reconocería cuan-  
do la ilusión, que debe actuar más fuertemente en los  
ciegos que en los que ven, viniera a animarlos! Quizás  
cuanto más placer tuviera en ese recuerdo, menos pesar  
experimentaría.

Saunderson compartía con el ciego de Puisaux la ca-  
racterística de ser afectado por el mínimo cambio que se  
produjera en la atmósfera y percibir, sobre todo en tiem-  
po calmo, la presencia de los objetos de los que estaba se-  
parado por algunos pasos. Cuentan que un día que asistía  
a unas observaciones astronómicas que se hacían en un  
jardín, las nubes que ocultaban de vez en cuando a losobservadores el disco del sol ocasionaban una alteración  
bastante sensible en la acción de los rayos sobre su ros-  
tro, como para indicarle los momentos favorables o desfa-  
vorables a las observaciones. Creeréis quizás que se pro-  
ducía en sus ojos alguna sensación capaz de advertirle la  
presencia de la luz pero no la de los objetos. Yo habría  
creído lo mismo si no hubiera estado seguro de que Saun-  
derson no sólo estaba privado de la vista, sino también  
del órgano.

Por lo tanto, Saunderson veía por la piel; ese envolto-  
rio era en él, pues, de una sensibilidad tan exquisita que  
podemos asegurar que con un poco de hábito habría con-  
seguido reconocer el retrato de uno de sus amigos si un  
dibujante se lo hubiera trazado en la mano y que habría  
dicho, a partir de las sensaciones excitadas por el lápiz:  
es fulano de tal. Hay, entonces, una pintura para los cie-  
gos, aquella para la que su propia piel serviría de tela.  
Estas ideas son tan poco quiméricas que no dudo de que,  
si alguien os trazara en la mano la boquita de M..., la re-  
conocerías al momento. Reconoced, sin embargo, que  
para un ciego de nacimiento sería más fácil que para vos,  
a pesar de la costumbre que tenéis de verla y de encon-  
trarla encantadora, ya que en vuestro juicio entran dos o  
tres cosas: la comparación de la pintura que harían en  
vuestra mano con la que se ha hecho en el fondo de vues-  
tro ojo; la memoria de la manera en que somos afectados  
por las cosas que sentimos y aquella en que somos afecta-  
dos por las cosas que nos contentamos con ver y admirar;  
finalmente, la aplicación de estos datos al interrogante  
que os plantea el dibujante cuando os pregunta, al trazar  
una boca sobre la piel de vuestra mano con la punta de  
su lápiz: ¿a quién pertenece la boca que dibujo? Mientras  
que la suma de sensaciones excitadas por una boca sobre  
la mano de un ciego es la misma que la suma de sensa-  
ciones sucesivas despertadas por el lápiz del dibujante  
que la representa.

Superioridad de la música (1)

Le apasionaba la lectura y le enloquecía la música.  
«Creo, decía, que nunca me cansaré de escuchar cantar o  
tocar magistralmente un instrumento, y si fuera la única  
felicidad que hubiera en el cielo, la única de que se pudie-  
ra gozar, no me importaría estar ahí. Estabais en lo justo  
cuando afirmabais que la música era la más poderosa de  
las bellas artes, incluyendo a la poesía o a la elocuencia;  
que ni Racine mismo se expresaba con la delicadeza de un  
arpa; que su melodía era pesada y monótona en compara-  
ción con la de un instrumento, y que habíais deseado a  
menudo dar a vuestro estilo la fuerza y la ligereza de los  
tonos de Bach. Estimo que es la más bella de las lenguas  
que conozco. En las lenguas habladas, cuanto mejor se  
pronuncia, mejor se articulan las sílabas; mientras que en  
la lengua musical, los sonidos más alejados del grave al  
agudo y del agudo al grave son seguidos y pasan de unos  
a otros imperceptiblemente; es, por así decirlo, una única  
y larga sílaba que a cada instante cambia de inflexión y de  
expresión. Mientras que la melodía lleva esta sílaba a mi  
oído, la armonía la ejecuta sin confusión, en una multitud  
de instrumentos diversos, dos, tres, cuatro o cinco, todos  
contribuyen a fortificar la expresión de la primera y las  
partes cantadas son intérpretes de los que prescindiría  
cuando el sinfonista es un hombre de genio y sabe dar ca-  
rácter a su canto.

Es sobre todo en el silencio de la noche cuando la mú-  
sica es expresiva y deliciosa. »

«Estoy persuadida de que, distraídos por sus ojos, los  
que ven no pueden ni escuchar ni oír como yo escucho y  
oigo. ¿Por qué el elogio que hacen de la música me parece  
pobre y débil? ¿Por qué nunca he podido hablar como he  
sentido? ¿Por qué me detuve mientras hablaba buscando

1. Este y los subtítulos que siguen son nuestros. Este fragmento  
   sobre la música pertenece a Suplemento a la Carta sobre los ciegos,  
   que Diderot agregó con vistas a la edición de sus obras completas  
   (N. de la T. ).

palabras que expresaran mi sensación sin encontrarlas?  
¿Quizás aún no las han inventado? Sólo podría comparar  
el efecto de la música con la sensación embriagadora que  
experimento cuando, tras una larga ausencia, me precipi-  
to en brazos de mi madre y me falta la voz, me tiemblan  
las piernas y los brazos, se me caen las lágrimas y mis ro-  
dillas flaquean. Me siento como si fuera a morir de pla-  
cer. »

(... )

Le habían enseñado la música con caracteres en relie-  
ve que colocaba en líneas sobresalientes en la superficie  
de una gran mesa. Leía los caracteres con la mano; los  
ejecutaba en su instrumento y en muy poco tiempo de es-  
tudio aprendía a tocar parte de la obra más larga y com-  
plicada.

Hacia una epistemología empirista

Se está intentando devolver la vista a los ciegos de na-  
cimiento. Pero si observáramos más de cerca esta cues-  
tión, creo que encontraríamos que se sacaría el mismo  
provecho para la filosofía interrogando a un ciego de buen  
sentido. Se aprendería así cómo suceden las cosas en él,  
se las compararía con la manera en que suceden en noso-  
tros y de esta comparación se extraería la solución a las  
dificultades que hacen tan complicada e incierta la teoría  
de la visión (... ).

¿El ciego de nacimiento verá inmediatamente después  
de la curación del órgano? Los que pretenden que no, di-  
cen: «Desde el momento en que el ciego de nacimiento  
goza de la facultad de servirse de sus ojos, toda la escena  
que tiene en perspectiva va a pintarse en el fondo de su  
ojo. Esta imagen, compuesta de infinidad de objetos reu-  
nidos en un pequeñísimo espacio, sólo es un cúmulo con-  
fuso de figuras que no podrá distinguir entre sí. Estamos  
casi de acuerdo en que sólo la experiencia puede ense-  
ñarle a juzgar sobre la distancia de los objetos y que in-cluso necesita aproximarse a ellos, tocarlos, alejarse,  
acercarse y volver a tocarlos para asegurarse que no for-  
man parte de sí mismo, que son extraños a su ser y que  
en un momento está cerca y en otro lejos de ellos: ¿por  
qué la experiencia no sería necesaria para percibirlos?  
Sin la experiencia, el que percibe los objetos por primera  
vez debería imaginar, cuando se alejan de él, o él de ellos,  
más allá del alcance de la vista, que han cesado de exis-  
tir; ya que sólo la experiencia que tenemos de los objetos  
permanentes, de los que encontramos en el mismo lugar  
donde los habíamos dejado, nos convence de su existen-  
cia continuada en la lejanía. Quizás por eso los niños se  
consuelan tan pronto cuando se les quitan los juguetes.  
No podemos decir que los olvidan al instante, ya que si  
tenemos en cuenta que hay niños de dos años y medio  
que conocen una parte considerable de palabras de una  
lengua y que les cuesta más pronunciarlas que acordarse  
de ellas, nos persuadiremos de que el tiempo de la infan-  
cia es el de la memoria. ¿Acaso no sería más natural su-  
poner entonces que los niños imaginan que lo que han  
dejado de ver ya no existe? Tanto más cuanto que su ale-  
gría parece mezclarse con la admiración cuando los obje-  
tos que han perdido de vista vuelven a aparecer. Las no-  
drizas los ayudan a adquirir la noción de los seres ausen-  
tes ejercitándolos en un pequeño juego que consiste en  
cubrirse y mostrar de improviso el rostro. De esta mane-  
ra, tienen cien veces en un cuarto de hora la experiencia  
de que lo que ya no aparece no deja por ello de existir.  
Podemos concluir entonces que la noción de existencia  
continuada de los objetos la debemos a la experiencia.  
Por el tacto adquirimos la de su distancia. Quizás es nece-  
sario que el ojo aprenda a ver como la lengua a hablar;  
no sería sorprendente que la ayuda de uno de los senti-  
dos fuera necesaria a otro, y que el tacto, que nos asegura  
la existencia de los objetos fuera de nosotros cuando es-  
tán presentes ante nuestros ojos, es quizás el sentido al  
cual corresponde constatar no sólo sus figuras y otras  
modificaciones, sino incluso su presencia. »

A estos razonamientos se agregan las famosas expe-  
riencias de Cheselden. El joven a quien este hábil ciruja-  
no extirpó las cataratas no distinguió, durante mucho  
tiempo, ni tamaños, ni distancias, ni ubicaciones, e inclu-  
so ni siquiera figuras. Un objeto de una pulgada puesto  
delante de su ojo de manera que tapara una casa le pare-  
cía tan grande como la casa. Tenía todos los objetos con-  
tra sus ojos y le parecían aplicados sobre este órgano  
como los objetos del tacto lo son sobre la piel. No podía  
distinguir lo que había juzgado redondo con ayuda de sus  
manos de lo que había juzgado angular, ni discernir con  
los ojos que lo que le había parecido estar arriba o abajo  
estuviera, en efecto, arriba o abajo. Consiguió, aunque  
con gran esfuerzo, percibir que su casa era más grande  
que su habitación, pero de ninguna manera logró conce-  
bir cómo el ojo podía darle esta idea. Necesitó un gran  
número de experiencias reiteradas para asegurarse que  
la pintura representaba cuerpos sólidos. Y cuando, a  
fuerza de mirar cuadros, se convenció de que no veía sólo  
superficies, llevó hacia ellos la mano y se sorprendió de  
encontrar únicamente un plano liso sin ningún relieve:  
preguntó entonces quién le engañaba, si el sentido del  
tacto o el de la vista. (... )

Estas son las pruebas que da el abate de Condillac al  
final de su Ensayo sobre el origen de los conocimientos  
humanos, en el que se plantea como objeción las experien-  
cias realizadas por Cheselden y narradas por Voltaire. Los  
efectos de la luz sobre un ojo que es afectado por ella por  
primera vez y las condiciones requeridas en los humores  
de este órgano, la córnea, el cristalino, etc., se exponen  
con mucha claridad y fuerza y apenas permiten dudar que  
la visión sea muy imperfecta en un niño que abre los ojos  
por primera vez o en un ciego que acaba de sufrir una  
operación.

Es necesario, pues, reconocer que debemos percibir en  
los objetos una infinidad de cosas que ni el niño ni el ciego  
de nacimiento perciben, aunque se pinten de la misma  
manera en el fondo de sus ojos; que no es suficiente conque los objetos nos impresionen, sino que es necesario  
también que estemos atentos a sus impresiones; que, en  
consecuencia, la primera vez que nos servimos de los ojos  
no vemos nada; que en los primeros instantes de visión  
sólo somos afectados por una multitud de sensaciones  
confusas que sólo se aclaran con el tiempo y con la refle-  
xión habitual sobre lo que ocurre en nosotros; que única-  
mente la experiencia nos enseña a comparar las sensacio-  
nes con lo que las ocasiona; que como las sensaciones no  
tienen nada que se parezca esencialmente a los objetos, la  
experiencia debe instruirnos sobre analogías que parecen  
ser de pura educación: en una palabra, no se puede dudar  
de que el tacto sirva mucho para dar al ojo un conoci-  
miento preciso de la conformidad del objeto con la repre-  
sentación que recibe; y pienso que si todo no se ejecutara  
en la naturaleza de acuerdo a leyes infinitamente genera-  
les; si, por ejemplo, el pinchazo de ciertos cuerpos duros  
fuera doloroso y el de otros se acompañara de placer, mo-  
riríamos sin haber recogido la cien millonésima parte de  
las experiencias necesarias para la conservación de nues-  
tro cuerpo y para nuestro bienestar. (... )

Relativismo y moral

Como jamás he dudado de que el estado de nuestros  
órganos y de nuestros sentidos tenga mucha influencia en  
nuestra metafísica y en nuestra moral y que nuestras  
ideas más puramente intelectuales, por así llamarlas, ten-  
gan una relación muy estrecha con la conformación de  
nuestro cuerpo, me dediqué a interrogar a nuestro ciego  
sobre los vicios y las virtudes. Me di cuenta en primer lu-  
gar que tenía una profunda aversión contra el robo; ésta  
era producida por dos causas: la facilidad con que se le  
podía robar sin que se diera cuenta y, aún más, quizás, de  
la facilidad de ser visto cuando robaba. Sabe cuidarse del  
sentido que reconoce que poseemos en ventaja sobre él y  
conoce la manera de ocultar bien un robo. No le da muchaimportancia al pudor: si no fuera por las inclemencias del  
tiempo de las que nos protege la ropa, no comprendería el  
uso de ésta; y confiesa con franqueza que no adivina por  
qué razón cubrimos una parte del cuerpo más que otra y  
menos todavía por qué extravagancia se da preferencia a  
ciertas partes cuyo uso e indisposiciones exigirían llevar  
descubiertas. Aunque vivamos en un siglo de espíritu filo-  
sófico que nos ha liberado de gran número de prejuicios,  
no creo que lleguemos a desconocer las prerrogativas del  
pudor con la perfección de nuestro ciego. Para él, Dióge-  
nes no habría sido un filósofo (2).

Dado que de todas las demostraciones exteriores que  
despiertan en nosotros la conmiseración y las ideas de do-  
lor, los ciegos sólo son afectados por los quejidos, sospe-  
cho que, en general, son inhumanos. ¿Qué diferencia exis-  
te, para un ciego, entre un hombre que orina y otro que,  
sin quejarse, se desangra? ¿Acaso nosotros mismos no de-  
jamos de sentir compasión cuando la distancia y la peque-  
ñez de los objetos produce el mismo efecto sobre nosotros  
que la privación de la vista en los ciegos? ¡Hasta tal punto  
dependen nuestras virtudes de nuestra manera de sentir y  
del grado en el que las cosas exteriores nos afectan! De  
esta manera, no dudo de que, sin el temor al castigo, para  
mucha gente sería más fácil matar a un hombre a una dis-  
tancia en que lo vieran como una golondrina que degollar  
a un buey con sus manos. ¿No nos determina este mismo  
principio a sentir compasión por el caballo que sufre y  
aplastar a una hormiga sin escrúpulo alguno? ¡Ah, seño-  
ra!, ¡cuán diferente es la moral de los ciegos de la nuestra!  
¡Qué distinta de la de un ciego sería la de un sordo! ¡Qué  
imperfecta —por no decir algo peor— encontraría nuestra  
moral un ser que tuviera un sentido más que nosotros!

Nuestra metafísica no concuerda tampoco con la suya.  
¡Cuántos principios suyos son absurdos para nosotros y

1. Diógenes de Sínope (ca. 413-327 A. C. ), filósofo de la escuela cí-  
   nica, la cual se caracterizaba por el desprecio hacia las convenciones  
   sociales (N. de la T. ).

recíprocamente! Al respecto, podría entrar en detalles que  
os divertirían, sin duda, pero que cierta gente que ve crí-  
menes en todo no dejaría de acusar de irreligiosos, como  
si yo pudiera hacer percibir a los ciegos las cosas de ma-  
nera diferente de lo que las perciben. Me limitaré a obser-  
var una cosa con la que creo que todo el mundo estará de  
acuerdo: ese gran razonamiento por el que se concluyen  
maravillas de la naturaleza es muy débil para los ciegos.  
(... ) Ese globo luminoso que avanza de Oriente a Occidente  
les sorprende menos que un pequeño fuego que pueden  
aumentar o disminuir: como ven la materia de manera  
mucho más abstracta que nosotros, están más cerca de  
creer que piensa.

Rectificación sobre el tema del pudor  
en el **Suplemento**

De todas las personas privadas de la vista casi al nacer,  
la más sorprendente que haya existido y existirá fue Ma-  
demoiselle Mélanie de Salignac. pariente del señor de La  
Fargue, teniente general del ejército del rey, anciano que  
acaba de morir a la edad de noventa y un años, cubierto  
de heridas y colmado de honores. Ella era hija de Madame  
de Blacy, que vive todavía y que no deja pasar un día sin  
lamentar la pérdida de una hija que llenaba de felicidad  
su vida y provocaba la admiración de todos los que la co-  
nocían. Madame de Blacy es una mujer distinguida por la  
eminencia de sus cualidades morales y puede preguntár-  
sele a ella sobre la veracidad de mi relato. Bajo su dictado  
recojo las particularidades de la vida de Mademoiselle de  
Salignac que podrían habérseme escapado durante la re-  
lación que tuve con ella y con su familia en 1760 y que  
duró hasta 1763, año de su muerte.

Tenía gran profundidad en su razonar, una dulzura en-  
cantadora, una fineza de ideas poco común e inocencia.  
(... ) El sonido de la voz presentaba para ella la misma se-  
ducción o repugnancia que la fisonomía para el que ve.

Uno de sus parientes, recaudador general de impuestos,  
tuvo con la familia un mal proceder que ella no esperaba y  
decía con sorpresa: «¡Quién lo hubiera creído con una voz  
tan dulce! » Cuando oía cantar, distinguía voces «morenas»  
y voces «rubias».

Cuando le hablaban, juzgaba la altura por la dirección  
del sonido que le llegaba de arriba hacia abajo, si la per-  
sona era alta, o de abajo hacia arriba, si era baja. (... )

No me perdonaba haber escrito que los ciegos, priva-  
dos de los síntomas del sufrimiento, debían ser crueles.  
«Creéis, me decía, que vos escucháis los quejidos como  
yo? —Hay desdichados que saben sufrir sin quejarse. —Yo  
creo, agregaba, que enseguida lo habría adivinado y los  
compadecería aún más. » (... )

Tenía un sentimiento muy delicado del pudor; cuando  
le preguntaba por qué, me decía: «es el efecto de las ense-  
ñanzas de mi madre; tantas veces me ha repetido que la  
vista de ciertas partes del cuerpo invitaba al vicio; y os  
confesaré, si me atreviera, que hace poco tiempo que lo  
comprendí y que tal vez ha sido necesario que dejara de  
ser inocente».

(... ) Era poco sensible a los encantos de la juventud y le  
molestaban poco las arrugas de la vejez. Decía que sólo  
podía temer las cualidades del corazón y del intelecto. Era  
otra de las ventajas de carecer de la vista, sobre todo para  
las mujeres. Jamás, decía, un hombre guapo me volverá  
loca. (... )

(La señorita Salignac) Era fatalista; pensaba que los es-  
fuerzos que hacíamos para escapar a nuestro destino sólo  
servían para conducirnos a él. ¿Cuáles eran sus opiniones  
religiosas? Lo ignoro; era un secreto que guardaba por  
respeto hacia una madre piadosa. (... )

Murió a la edad de veintidós años. Con una memoria  
inmensa y una sutileza que igualaba a su memoria, ¡qué  
progresos no habría hecho en las ciencias si se le hubiera  
concedido una vida más larga! Su madre le leía Historia y  
era una ocupación igualmente útil y agradable tanto para  
una como para la otra.

Refutación de argumentos de los teólogos en la **Carta**

A la historia del ciego de Puisaux y de Saunderson po-  
dría añadir la de Dídimo de Alejandría, Eusebio el Asiáti-  
co, Nicasio de Méchlin y algunos otros que parecieron ele-  
varse tanto por encima del resto de los hombres, con un  
sentido menos, que los poetas habrían podido imaginar,  
sin exageración, que los dioses, celosos, les habían priva-  
do de él por temor a que algunos mortales fueran iguales  
a ellos. Ya que, ¿acaso Tiresias, que había leído en los se-  
cretos de los dioses y poseía el don de predecir el porvenir,  
no era un filósofo ciego cuya memoria ha sido conservada  
por los mitos? Pero volvamos a Saunderson y sigamos a  
este hombre extraordinario hasta la tumba.

Cuando estaba a punto de morir, llamó a un sacerdote  
muy hábil, el señor Gervasio Holmes; mantuvieron juntos  
un diálogo sobre la existencia de Dios del que nos quedan  
algunos fragmentos que os traduciré lo mejor que pueda,  
ya que vale la pena. El sacerdote comenzó objetándole las  
maravillas de la naturaleza: «¡Eh, señor, le decía el filósofo  
ciego, dejad tranquilo todo ese bello espectáculo que ja-  
más ha sido hecho para mí! Fui condenado a pasar mi  
vida en las tinieblas y vos me citáis prodigios que no com-  
prendo y que sólo son pruebas para vos y para los que ven  
como vos. Si queréis hacerme creer en Dios, tenéis que  
hacérmelo tocar.

»—Señor, replicó hábilmente el sacerdote, poned las  
manos sobre vos mismo y encontraréis la divinidad en el  
mecanismo admirable de vuestros órganos.

»—Señor Holmes, retorcó Saunderson, os lo repito,  
todo esto no es tan bello para mí como para vos. Aunque  
el mecanismo animal fuera tan bello como pretendéis, y  
deseo creerlo ya que sois un hombre honesto incapaz de  
engañarme, ¿qué tiene que ver con un ser soberanamente  
inteligente? Si os sorprende es quizás porque tenéis la cos-  
tumbre de considerar un prodigio todo lo que os parece  
por encima de vuestras fuerzas. Tantas veces he sido un  
objeto de admiración para vos que tengo una triste opi-nión de lo que os sorprende. He atraído de las regiones  
más lejanas de Inglaterra gente que no podía comprender  
cómo me dedicaba a la geometría: estaréis de acuerdo  
conmigo en que esa gente no tenía una noción muy exacta  
de la posibilidad de las cosas. En cuanto un fenómeno  
está, según vuestra opinión, por encima del hombre, in-  
mediatamente decimos “es la obra de Dios”. Nuestra vani-  
dad no se contenta con menos. ¿No podríamos poner en  
nuestros discursos un poco menos de orgullo y un poco  
más de filosofía? Si la naturaleza nos ofrece un nudo difí-  
cil de desatar, dejémoslo como está y no empleemos para  
cortarlo la mano de un ser que se convierte enseguida  
para nosotros en un nuevo nudo más indisoluble que el  
primero. Preguntad a un Indio por qué el mundo está sus-  
pendido en los aires, os responderá que lo lleva un elefan-  
te en su lomo; ¿y sobre qué se apoya el elefante?, sobre  
una tortuga, ¿y quién sostendrá a la tortuga?... Ese Indio  
os da lástima; sin embargo, os podrían decir como a él:  
Señor Holmes, amigo mío, confesad en primer lugar vues-  
tra ignorancia y ahorradme el elefante y la tortuga. »

Saunderson se detuvo un momento. Aparentemente, es-  
peraba que el sacerdote le respondiera. Pero ¿cómo atacar  
a un ciego? El señor Holmes invocó la buena opinión que  
Saunderson tenía de su probidad y de la inteligencia de  
Newton, de Leibniz, de Clarke y de algunos de sus compa-  
triotas, los primeros genios del mundo: todos ellos se ha-  
bían sentido sorprendidos por las maravillas de la naturale-  
za y habían reconocido que su autor era un ser inteligente.  
Era, indiscutiblemente, lo más contundente que el sacerdo-  
te podía objetar a Saunderson. De esta manera, el buen cie-  
go admitió que sería temerario negar lo que un hombre  
como Newton no había desdeñado admitir: dijo, sin embar-  
go, al sacerdote que el testimonio de Newton no era tan  
concluyente para él como el de la naturaleza entera para  
Newton; y que Newton creía en la palabra de Dios, mientras  
que él se hallaba reducido a creer en la palabra de Newton.

«¡Considerad, señor Holmes, agregó, cuánta confianza  
debo tener en vuestra palabra y en la de Newton! No veonada; sin embargo, admito que todo tiene un orden admi-  
rable, pero espero que no exijáis aún más. Os doy la razón  
sobre el estado actual del universo para obtener, en contra-  
partida, la libertad de pensar lo que me plazca sobre su an-  
tiguo y primer estado, sobre el cual sois tan ciego como yo.  
Aquí no tenéis testigos para oponerme y vuestros ojos no os  
son de ninguna ayuda. Imaginad, pues, si queréis, que el  
orden que os sorprende ha existido siempre, pero dejadme  
creer que no es así; y que si nos remontáramos al surgi-  
miento de las cosas y de los tiempos y sintiéramos la mate-  
ria moverse y el caos ordenarse, encontraríamos una multi-  
tud de seres informes entre unos pocos bien organizados.  
Si no tengo nada que objetaros sobre la condición presente  
de las cosas, puedo al menos interrogaros sobre su condi-  
ción pasada. Puedo preguntaros, por ejemplo, quién os ha  
dicho, a vos, a Leibniz, a Clarke y a Newton, que en los pri-  
meros instantes de la formación de los animales unos no  
carecían de cabeza y otros de pies. Puedo sostener que  
unos no tenían estómago y los otros no poseían intestinos;  
que a los que un estómago, un paladar y unos dientes pare-  
cían prometer larga duración, murieron por algún defecto  
del corazón o de los pulmones; que los monstruos se extin-  
guieron sucesivamente; que todas las combinaciones defec-  
tuosas de la materia desaparecieron y sólo quedaron aque-  
llas cuyo mecanismo no implicaba ninguna contradicción  
importante y podían subsistir por sí mismas y perpetuarse.

»Supuesto esto, si el primer hombre hubiera tenido la  
laringe cerrada, le hubieran faltado los alimentos necesa-  
rios, hubiera carecido de órganos reproductores, no hu-  
biera encontrado compañera o se hubiera acoplado a otra  
especie, señor Holmes, ¿en qué se hubiera convertido el  
género humano? Habría sido incluido en la depuración ge-  
neral del universo; y ese ser orgulloso que se llama hom-  
bre, disuelto y disperso entre las moléculas de la materia,  
habría quedado, quizás para siempre, entre el número de  
los posibles. » (... )

Luego, tomando un tono más firme, agregó: «Mi hipóte-  
sis es, pues, que en el comienzo en que la materia en fer-mentación hacía surgir el universo, mis semejantes eran  
bastante comunes. Pero ¿por qué no aseguraría de los  
mundos lo que creo de los animales? ¿Cuántos mundos de-  
fectuosos y fallidos se han disipado, se vuelven a formar y  
se disipan quizás a cada instante en espacios lejanos que  
yo no puedo tocar y vos no podéis ver, pero en los que el  
movimiento continúa y continuará combinando cúmulos de  
materia hasta que hayan conseguido algún orden en el que  
puedan perseverar? ¡Oh, filósofos!, transportaos conmigo a  
los confines de este universo, más allá de donde toco y de  
donde veis seres organizados, pasead en este nuevo océa-  
no y buscad a través de su agitación irregular algunos ves-  
tigios de ese ser inteligente cuya sabiduría admiráis.

»Pero ¿para qué sacaros de vuestro medio? ¿Qué es  
este mundo, señor Holmes? Un compuesto sometido a  
cambios que indican una tendencia continua a la destruc-  
ción; una sucesión rápida de seres que se siguen unos a  
otros, se empujan y desaparecen: una simetría pasajera,  
un orden momentáneo. Os reprochaba hace un momento  
que estimabais la perfección de las cosas por vuestra ca-  
pacidad; podría acusaros ahora de medir su duración por  
la de vuestra vida. Juzgáis sobre la existencia sucesiva del  
mundo como la efímera mosca del vuestro. El mundo es  
eterno para vos, como vos sois eterno para el ser que sólo  
vive un instante: incluso el insecto es más razonable que  
vos. ¡Qué serie prodigiosa de generaciones de efímeros da  
testimonio de vuestra eternidad! ¡Qué tradición inmensa!  
Sin embargo, pasaremos todos sin que se pueda fijar ni la  
extensión real que ocupamos ni el tiempo preciso que ha-  
bremos durado. El tiempo, la materia y el espacio quizás  
sólo son un punto. »

Saunderson se agitó en este diálogo un poco más de lo  
que su estado le permitía. Le sobrevino un acceso de deli-  
rio que duró algunas horas y del que sólo salió para excla-  
mar: «¡Oh, Dios de Clarke y de Newton, apiádate de mí! »,  
y murió.

Así terminó sus días Saunderson.

**EL CIEGO DE LA MONTAÑA (3)**

De Corneille-Franqois de Nelis,  
Obispo de Anvers

AVISO DEL TRADUCTOR

*Ofrezco a intelectos no vulgares una obra que, por su  
tema así como por su desarrollo y por la manera en que  
se presenta, despertará un verdadero interés. Esto se de-  
muestra fácilmente y, por así decirlo, a primera vista. En  
cuanto al fondo de razonamientos y a la verdad de los  
dogmas filosóficos, es necesario dejar que los lectores juz-  
guen por sí mismos. ¿Tendrá muchos lectores esta obra?  
Sería difícil responder a esta pregunta. Todo lo que pode-  
mos decir es que el autor no parece haberse inquietado  
mucho por ello, y el traductor debería seguir su ejemplo.*

*Este abandono filosófico aparece en la sentencia o di-  
visa que el autor ha juzgado conveniente para encabezar  
su Primer Diálogo:* Philosophia paucis contenta indicibus  
multitudinem consulto fugiens. *Se evidencia aún más en  
las palabras con que termina el Diálogo mismo, notables  
palabras que no pueden sino darnos una idea favorable  
del corazón de nuestro buen Filósofo. He aquí estas pala-  
bras: «En cuanto a los Filósofos cuyas opiniones contradi-  
go y que debería temer se eleven contra mí, mi Teógenes,  
no me producen miedo. Mi oscuridad y el silencio son mis  
baluartes y les desafío a que me acorralen en ellos. Por  
otro lado, ¿por qué les interesarían los discursos de un  
pobre Ciego cuya intención no podría ser calumniar su  
gloria y que no va a destruir sus estatuas con mano au-  
daz? Lejos del ruido de las Academias y del eco de las ciu-  
dades, sentado a la sombra de un plátano solitario, con-  
versa apaciblemente con un joven discípulo de la verdad,*

1. El obispo de Anvers se presenta como simple traductor de este  
   texto que ataca las teorías de filósofos ilustrados como Diderot por las  
   consecuencias nefastas que considera acarrean en el plano psicológi-  
   co y social (N. de la T. ).

*habla como piensa, y sobre los temas en que tantas veces  
le ha resultado grato pensar. Es casi el único placer que le  
queda. ¿Seríamos tan bárbaros como para prohibírselo? »*

*Lo que agrega es también muy notable y servirá como  
respuesta a lo que ciertas personas* *—que no comprende-  
rán bien sus razonamientos ni sus principios o que no  
querrán comprenderlos (y habrá seguramente algunos de  
esta clase*)— *dirán contra él: «Después de todo, aunque  
se equivocara, qué males provocaría? ¿Su error sería ca-  
paz de ofender al Soberano Señor de la Naturaleza al dis-  
minuir entre los hombres la fe, el amor, el respeto y esta  
sincera y entera sumisión que le deben? Dios no quiera,  
Teógenes, que yo sea la ocasión de esta desgracia o que la  
impiedad nazca en mi corazón. Deseo mil veces que la  
lengua se pegue a mi paladar antes que destilar una doc-  
trina perniciosa. »*

*Toda la obra está escrita en este tono, con una* nobleza  
y una altura de ideas difíciles de alcanzar. *Hago mías es-  
tas palabras de la única persona que vio la obra conmigo.  
Me las escribió hace algunos años. Un día publicaré su  
carta. Es una persona muy conocida por todos* (4) *cuya  
opinión no será rechazada ni por la sombra de los gran-  
des escritores ni por los filósofos, o al menos aquellos a  
quienes les gusta ser calificados así.*

*Me harán muchas preguntas, debo esperarlo. Pero  
todo lo que podré responder se reduce más o menos a  
esto: la obra cuya traducción presento parece haber sido  
escrita originariamente en griego, aunque mi traducción  
haya sido hecha del latín, según el único texto que he  
conseguido. No diré si lo encontré entre los manuscritos  
de la biblioteca de Oxford o del Vaticano o entre los del di-  
funto señor Askew, a quien yo conocía, y que fueron ven-  
didos hace algún tiempo en Londres. Todo esto no tiene  
que ver con el mérito de la obra y no sería importante  
para la satisfacción de mis lectores. Les pido, por lo tan-  
to, que respeten al menos por cierto tiempo mi secreto. No  
lo pediría si la obra de que se trata fuera de Historia.*

1. El hombre célebre de que se trata vivía todavía cuando esto fue  
   escrito, en 1775. Ahora ya ha fallecido.

**Diálogo VII**

Dios

Esa gran verdad física

¡Qué me importa la Tierra, en la que mi corazón se atormenta!  
¡Qué me importa el Universo, si mi Dios se ausenta!

¡El Universo no es nada, pero su Autor es Todo para mí!

*(Himno de la mañana)*

Hijo mío, hace ya largo tiempo que nuestros pretendi-  
dos sabios habrían querido prescindir de Dios en la fabri-  
cación de su mundo. Dios les pesaba. Como habían dejado  
de elevarse hasta él, de conversar con él con esa dulce fa-  
miliaridad que inspira la bondad soberana y que da una  
relación íntima de oraciones y de buenas acciones, quisie-  
ron bastarse a sí mismos. Creyeron que no eran suficien-  
temente libres si continuaban dependiendo de un poder  
invisible y superior. Dijeron, ¡los ingratos!, aunque ese  
Dios exista, ¿qué necesidad tenemos de él? ¿Acaso el  
mundo no sigue leyes inviolables? El sol sale y se pone  
para nosotros todos los días como en la época de nuestros  
padres. La tierra produce todos los años sus frutos, los  
animales, sus semejantes. El verano sucede a la primave-  
ra, el invierno al otoño. Todo tiene su origen físico y su fi-  
nal, sus reglas y su medida. Todo es causa y efecto y siem-  
pre ha sido así. ¿Para qué necesitamos una causa prime-  
ra? No injuriemos a los que piensan o al menos se atreven  
a hablar de esta manera. Tengamos pena de ellos. Son  
bastante desdichados.

Sólo porque son desdichados, y desdichados sin recur-  
so, es fácil probar que están en un error. El hombre no ha  
sido hecho para la desdicha, ninguna criatura ha podido  
tener este destino. Si así fuera, no seríamos obra de la na-  
turaleza, ni de Dios, ni siquiera del azar, sino de un ser  
malvado, y esto es imposible. El hombre está hecho para  
la felicidad, para los goces tranquilos del alma, para la cal-  
ma y el contento del espíritu. Su alma debe estar en armo-  
nía perfecta con lo que la rodea; debe poder decirse: «Es-toy bien y mañana también lo estaré». Si no puede decirse  
esto no es feliz. Ahora bien, si el Dios del Universo no  
existe o no somos obra suya, lejos de poder hablar de esta  
manera, debemos exhalar continuamente nuestra alma en  
suspiros, en quejas, en quejas amargas.

Al no reconocer un poder por encima de nosotros, nin-  
guna inteligencia superior, cada uno debe considerarse  
como el rey o, al menos, como el igual de toda la natura-  
leza.

Pero si soy el igual de alguien cuya felicidad demasiado  
cercana o deslumbrante me ofusca y me importuna,  
¿cómo no sentirse envidioso? ¿Acaso podría dejar de pre-  
guntarme con mal humor, incluso con ira, por qué mi veci-  
no, por qué ese hombre posee esas riquezas, esa brillante  
salud, esa juventud que no tengo? ¿Por qué tiene tanta  
erudición e ingenio y goza de tanta consideración por par-  
te de sus semejantes? ¿Soportaría eso, yo, su igual? ¿Po-  
dría decir que estoy bien, que soy feliz? No, no. Lejos de  
sentir calma y paz, experimentaría la guerra de todas mis  
pasiones, sería presa de mil buitres que me carcomerían  
mil veces más que el de Prometeo. Siento todos los tor-  
mentos de la vida, todos los desgarramientos del odio y de  
la desesperación. Y todos estos tormentos me son tanto  
más insoportables cuanto que los acentos de mi dolor no  
son escuchados, cuanto que mi odio es impotente. Pues,  
¿a quién puedo interesar por mi suerte? ¿A quién puedo  
hacer responsable de mi infortunio? ¿Será el azar? Pero  
sería acusar a la nada. Serías tú, monstruo, que reúnes en  
tu cabeza todo aquello de que carezco y que cometes la  
falta, la imperdonable falta, de ser feliz. ¡Pero tú debías  
ser mi hermano! No importa. Tú eres un hijo de la felici-  
dad y yo no lo soy. ¡Muere! ¡Y que al hundir el mismo pu-  
ñal en mi corazón libere a la vez a la Tierra del peso de un  
ser feliz y de uno desdichado!

Ese es el cuadro horrible pero fiel de un alma bajo el  
imperio del azar y que no tiene lo que desea. Al no reco-  
nocer ningún principio padre del orden y de todos los hu-  
manos, se agita de esta manera siempre que se cree des-dichada. Y sus sentimientos apenas respiran un poco más  
de calma o anuncian un alma más satisfecha cuando se  
cuenta entre los felices del siglo. Satisfechos (supongo) con  
nuestra porción de felicidad, en medio de nuestra plenitud  
y de esa variedad de placeres que llueven sobre nosotros  
en la ebriedad de nuestras pasiones, ¿no sentimos vacío?  
¿Cuántos momentos hay en que nos domina el aburri-  
miento y el hastío? ¿Esto es todo?, se dice a sí misma el  
alma en cada momento. Apelo a todos los afortunados de  
la tierra sin excepción: a los voluptuosos en sus ruidosas  
orgías, al hombre de mundo en esas diversiones tranqui-  
las que ofrece una compañía grata y amable y que no re-  
chaza ni la virtud más rígida; que, en todas las situaciones  
de su vida, el filósofo de buena fe se interrogue en él se-  
creto de su alma como ese necio de Atenas lo hacía tan  
tontamente al acercarse a su vecino y preguntarle: ¿Sien-  
to, pues, placer? ¿Cuál será la respuesta? ¡Oh, qué fácil es  
adivinarla! Pero, dejando de lado ese vacío y ese disgusto  
y atendiendo en general al hombre contento que se atreve  
a decir: «Estoy bien», ¿podrá agregar-, «mañana también  
lo estaré»? O más bien la seguridad opuesta, que mil  
acontecimientos imprevistos pueden en cada instante tur-  
bar su alegría, cortar la trama de su goce, destruir su feli-  
cidad. La certidumbre de que la muerte, la implacable  
muerte, debe necesariamente ponerles un fin para reem-  
plazarlos por la nada o por el dolor. ¿Acaso este pensa-  
miento no basta para hacerle infeliz? Nada es tan seguro  
bajo el ciego destino. Bajo el azar, nuestros goces más dul-  
ces están envenenados por el temor, nuestros males son  
totalmente incurables, todos los corazones están ulcera-  
dos. La felicidad se convierte en algo imposible.

En cambio, cuando se sustituyen esas pretendidas  
combinaciones fortuitas, esas palabras vacías de sentido,  
por una Providencia eterna, cuando rompemos finalmente  
la página en que el insensato —el hombre siempre desdi-  
chado a partir del momento en que se equivoca— ha es-  
crito de manera tan corrupta: «No hay Dios», nos abrimos  
a doctrinas más consoladoras. Entonces, el que puedetodo se presenta ante nuestra mirada y nos asegura que  
no odia nada de lo que ha creado y nos ofrece los bienes  
de que su mano está llena. En ese mismo instante, la dulce  
esperanza, y su hija, la alegría pura, comienzan a brillar  
en nuestros ojos. La calma ya ha llegado a nuestros cora-  
zones y la desdicha se desvanece de la faz de la tierra  
como un sueño ligero que no deja ninguna impresión de  
dolor, de miedo o de inquietud, Dios existe y mi felicidad  
con él. Dios existe y todo existe en él y por él: él crea en  
cada instante la acción y el pensamiento.

**ARTICULO «CIEGO»  
DE LA ENCICLOPEDIA**

**De D’Alembert**

Ciego: adj. tomado como sustantivo. Se dice de una perso-  
na privada de la vista. (... ) Se puede ser ciego de naci-  
miento o convertirse en ciego por un accidente o una en-  
fermedad. Nuestro objetivo aquí no es tratar las enferme-  
dades o causas que ocasionan la pérdida de la vista y que  
pueden encontrarse en este Diccionario en sus artículos  
respectivos: nos contentaremos con hacer algunas refle-  
xiones filosóficas sobre la ceguera, sobre las ideas de que  
nos priva, sobre la ventaja que los otros sentidos pueden  
sacar de ella, etc.

En primer lugar, es evidente que puesto que el sentido  
de la vista es apropiado para distraernos por la cantidad  
de objetos que nos presenta a la vez, los que están priva-  
dos de ella deben naturalmente, y en general, poner más  
atención en los objetos que afectan sus otros sentidos. De-  
bemos atribuir principalmente a esta causa la fineza del  
tacto y del oído que puede observarse en algunos ciegos,  
más que a una superioridad real de esos sentidos por la  
que la naturaleza habría querido compensarlos de la pri-  
vación de la vista. Esto es tan verdadero que una persona  
que se queda ciega por accidente, encuentra a menudo en  
la ayuda de los sentidos que le restan recursos que no  
imaginaba antes. Lo cual proviene únicamente de que esta  
persona, al estar menos distraída, es más capaz de aten-  
ción. Pero principalmente en los ciegos de nacimiento  
pueden observarse, si se me permite la expresión, los mi-  
lagros de la ceguera.

Un autor anónimo ha publicado sobre este tema, en  
1749, una pequeña obra muy filosófica titulada Carta so-  
bre los ciegos para uso de los que ven con este epígrafe:  
possunt, nec posse videntur, que hace alusión a los prodi-gios de los ciegos de nacimiento. En este artículo haremos  
un resumen de esa carta cuya metafísica es muy fina y  
verdadera, si exceptuamos algunos pasajes que no tienen  
una relación directa con el tema y que pueden molestar  
los oídos piadosos.

El autor menciona en primer lugar a un ciego de naci-  
miento que conoció y que, aparentemente, todavía vive.  
Este ciego, que habita en Puisaux, en Gatinois, es químico  
y músico. Hace leer a su hijo con caracteres en relieve.  
Juzga con mucha exactitud las simetrías, pero podemos  
imaginar que la idea de simetría, que para nosotros  
es pura convención en muchos sentidos, lo es aún más  
para él.

Su definición del espejo es curiosa. Es, dice, una má-  
quina por la que las cosas son puestas en relieve fuera de  
sí mismas. Esta definición puede ser absurda para un ton-  
to con ojos; pero un filósofo, incluso muy perspicaz, debe  
encontrarla muy sutil y sorprendente. «Si Descartes hubie-  
ra sido ciego de nacimiento, dice nuestro autor, habría de-  
bido, me parece, congratularse de ello. En efecto, ¡qué su-  
tileza de pensamiento ha sido necesaria para llegar a ella!  
Nuestro ciego sólo tiene conocimiento por el tacto; sabe,  
por lo que le cuentan otros, que por medio de la vista se  
conoce los objetos como éstos le son conocidos por el tac-  
to, al menos es la única noción que puede formarse de  
ello; sabe, además, que no puede ver su propio rostro,  
aunque pueda tocarlo. La vista, debe concluir, es entonces  
una especie de tacto que sólo se extiende a objetos dife-  
rentes de nuestro rostro y alejados de nosotros. Por otro  
lado, el tacto sólo le da la idea del relieve. Entonces, agre-  
ga, un espejo es una máquina que nos pone en relieve fue-  
ra de nosotros mismos. » Observad que las palabras en re-  
lieve no están de más. Si el ciego hubiera dicho, simple-  
mente, nos pone fuera de nosotros mismos, habría dicho  
un absurdo más: pues ¿cómo concebir una máquina que  
pueda duplicar un objeto?; la palabra relieve sólo se apli-  
ca a la superficie; así, ponernos en relieve fuera de noso-  
tros mismos es poner solamente la representación de lasuperficie de nuestro cuerpo fuera de nosotros. El ciego ha  
debido sentir por el razonamiento que el tacto sólo le re-  
presenta la superficie de los cuerpos y que, así, esta espe-  
cie de tacto que llamamos vista sólo da la idea del relieve  
o la superficie de los cuerpos sin dar la de su solidez, la  
palabra relieve designa aquí la superficie. Confieso que la  
definición del ciego, incluso con esta restricción, es toda-  
vía un enigma para él: pero al menos se ve que ha busca-  
do disminuir el enigma lo más posible.

Creemos que todos los fenómenos de espejos o crista-  
les que aumentan o disminuyen, o multiplican los objetos,  
son para él misterios impenetrables. «Preguntó si la má-  
quina que aumenta los objetos era más corta que la que  
los hace más pequeños; si la que los acerca era más corta  
que la que los aleja; y al no comprender cómo ese otro no-  
sotros mismos que, según él, el espejo repite en relieve,  
escapa al sentido del tacto, decía: éstos son dos sentidos  
que una pequeña máquina pone en contradicción; una  
máquina más perfecta quizás los pondría de acuerdo; qui-  
zás una tercera aún más perfecta y menos pérfida todavía  
los haría desaparecer y nos advertiría del error. » ¡Cuántas  
conclusiones filosóficas un ciego de nacimiento puede sa-  
car de ello contra el testimonio de los sentidos!

Definió los ojos como un órgano sobre el cual el aire  
tiene el efecto de un bastón sobre la mano. El autor obser-  
va que esta definición es bastante parecida a la de Descar-  
tes, quien en la Dióptrica compara el ojo a un ciego que  
toca los cuerpos de lejos con su bastón: los rayos de luz  
son el bastón de los videntes. Conserva la memoria de los  
sonidos en un grado sorprendente y la diversidad de voces  
es tan patente para él como la que nosotros observamos  
en los rostros.

La ayuda que obtiene de los demás sentidos y el uso  
singular que hace de ellos, hasta el punto de sorprender a  
quienes le rodean, lo hace bastante indiferente con respec-  
to a la privación de la vista. Siente que en ciertos aspectos  
tiene ventajas sobre los que ven, y dice que, si pudiera, en  
vez de tener ojos preferiría tener brazos más largos.

Este ciego se dirige por el ruido y la voz con mucha se-  
guridad. Estima la proximidad del fuego según el grado de  
calor, lo lleno de los vasos por el ruido que hacen al caer  
los licores que echa, y la cercanía de los cuerpos por la ac-  
ción del aire en su rostro. Distingue una calle de un calle-  
jón sin salida, lo que prueba que el aire jamás está para él  
en reposo perfecto, y que su cara siente hasta los mínimos  
cambios de la atmósfera. Aprecia extraordinariamente el  
peso de los cuerpos y las capacidades de los recipientes y  
ha convertido sus brazos en las básculas más precisas y  
sus dedos en compases casi infalibles. El pulido de los  
cuerpos tiene para él tantos matices como el sonido de la  
voz. Juzga sobre la belleza por el tacto y, cosa singular, in-  
cluye en este juicio la pronunciación y el sonido de la voz.  
Fabrica pequeños objetos en el torno y con la aguja, nivela  
con la escuadra, monta y desmonta máquinas comunes,  
interpreta un fragmento musical del que se le dice las no-  
tas y los valores; calcula con mucha mayor precisión que  
nosotros la duración del tiempo por la sucesión de accio-  
nes y pensamientos.

Su aversión por el robo es prodigiosa, sin duda a causa  
de la dificultad que tiene de percibir cuándo le roban. No  
tiene el concepto del pudor, sólo considera la ropa como  
apropiada para protegerse de los rigores del clima, y no  
comprende por qué hay que cubrirse ciertas partes del  
cuerpo más que otras. Diógenes, dice el autor que estamos  
resumiendo, no habría sido un filósofo para nuestro ciego.  
Finalmente, las apariencias exteriores fastuosas que im-  
presionan tanto a los demás hombres no le causan ningún  
efecto. Esta ventaja no es de las menores.

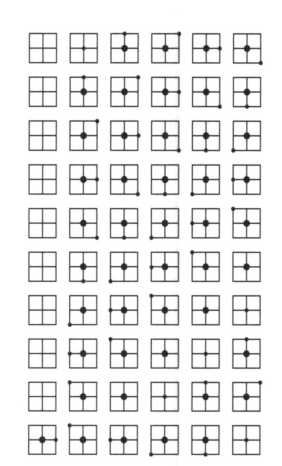
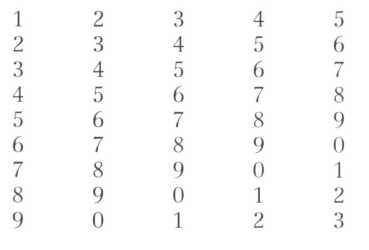
Dejaremos de lado un gran número de reflexiones muy  
sutiles que hace el autor de la carta para pasar a lo que  
dice de otro ciego muy célebre: el famoso Saunderson, pro-  
fesor de Matemáticas en Cambridge, Inglaterra, fallecido  
hace algunos años. La viruela le hizo perder la vista en la  
más tierna infancia, hasta el punto de que no recordaba  
haber visto nunca y no tenía más ideas sobre la luz que las  
de un ciego de nacimiento. A pesar de esta privación, hizo

progresos tan sorprendentes en las Matemáticas que le die-  
ron la cátedra de Ciencias en la Universidad de Cambridge.  
Sus lecciones eran de una claridad extrema. En efecto,  
hablaba a sus alumnos como si estuvieran privados de la  
vista. Ahora bien, un ciego que se expresa claramente  
para ciegos debe ganar mucho con gente que ve. Veamos  
cómo hacía los cálculos y enseñaba a sus discípulos.

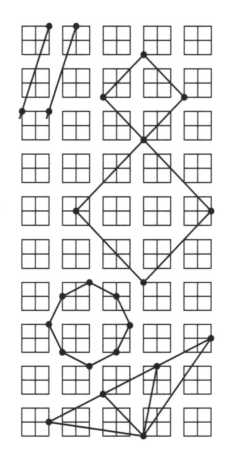
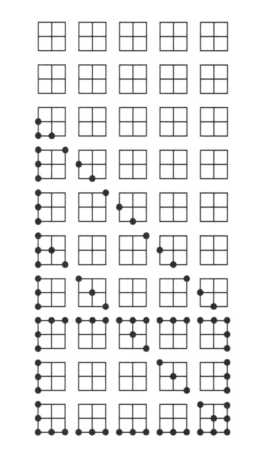
Imaginad un cuadrado de madera (Pl. arit. et algébriq.  
fig. 14) dividido por Líneas perpendiculares en cuatro otros  
pequeños cuadrados; suponed este cuadrado con nueve  
agujeros capaces de recibir agujas de una misma longitud  
y grosor, pero unas con la cabeza más gruesa que las  
otras.

Saunderson tenía gran número de esos pequeños cua-  
drados, trazados sobre una gran tabla. Para designar la  
cifra 0, ponía un alfiler de cabeza gruesa en el centro de  
uno de esos cuadrados y nada en los demás agujeros. Para  
designar el número 1, ponía un alfiler de cabeza pequeña  
en el centro de un pequeño cuadrado. Para designar el nú-  
mero 2, colocaba un alfiler de cabeza gruesa en el centro y  
arriba, en la misma línea, un pequeño alfiler en el agujero  
correspondiente. Para designar el 3, el alfiler grueso en el  
centro y el pequeño en el agujero de arriba a la derecha; y  
así sucesivamente (... ) Así, Saunderson, al poner el dedo  
sobre un pequeño cuadrado, veía enseguida el número  
que representaba. Si miramos la figura 16, veremos cómo  
hacía las adiciones por medio de estos cuadraditos.

Esta figura 16 representa la suma siguiente:



Ejemplo de suma



Formación de figuras geométricas

Al pasar sucesivamente los dedos sobre cada fila verti-  
cal de arriba a abajo, hacía la adición a la manera ordina-  
ria y marcaba el resultado con las agujas puestas en los  
cuadraditos, abajo de los números susodichos.

Esta misma tabla llena de cuadraditos le servía para  
hacer demostraciones de Geometría. Disponía los alfileres  
de cabeza gruesa en los agujeros de manera que tuvieran  
la dirección de una línea recta o formaran un polígono,  
etcétera.

Saunderson dejó también algunos artefactos que le fa-  
cilitaban el estudio de la Geometría, pero se desconoce el  
uso que hacía de ellos.

Nos legó elementos de Algebra. No se ha publicado  
nada superior a ellos en esta materia. Pero, como observa  
el autor, elementos de Geometría hechos por él habrían  
sido todavía más interesantes. Sé por una persona que lo  
conoció que las demostraciones de las propiedades de los  
sólidos, que normalmente cuestan tanto trabajo a causa  
del relieve de las partes, no eran sino un juego para él. En  
una pirámide, en un icosaedro, pasaba de un ángulo a  
otro con extrema facilidad. Imaginaba en esos sólidos dife-  
rentes planos y cortes sin ningún esfuerzo. Quizás por esta  
razón, las demostraciones que habría podido dar habrían  
sido más difíciles de entender que si no hubiera estado  
privado de la vista. Pero sus demostraciones sobre las fi-  
guras planas habrán sido probablemente muy claras y  
quizás muy singulares para beneficio de los que se inicia-  
ban en el estudio y de los filósofos.

Era curioso que diera lecciones de Optica, pero esto  
sólo parecerá sorprendente a los legos. Los Filósofos con-  
cebirán fácilmente que un ciego, sin tener idea de la luz y  
de los colores, pueda dar lecciones de Optica tomando,  
como hacen los Geómetras, los rayos de luz como líneas  
rectas que deben estar dispuestas siguiendo ciertas leyes  
para producir los fenómenos de la visión o los de los espe-  
jos y cristales.

Al recorrer con sus manos una serie de medallas,  
Saunderson descubría las fallas, incluso cuando habíansido tan bien falsificadas como para engañar los ojos de  
un conocedor. Apreciaba la exactitud de un instrumento  
de matemáticas pasando sus dedos sobre las divisiones.  
Los mínimos cambios de la atmósfera le afectaban, como  
al ciego del que hemos hablado, y percibía, sobre todo  
cuando el tiempo estaba calmo, la presencia de objetos  
poco alejados de él. Un día en que asistía en un jardín a  
observaciones astronómicas distinguió, por la impresión  
del aire en su rostro, el momento en que el sol estaba cu-  
bierto por nubes, lo cual es tanto más curioso cuanto que  
no sólo estaba privado de la vista, sino también del órgano.

Debo advertir que la pretendida historia de los últimos  
momentos de Saunderson impresa en inglés, según el au-  
tor, es totalmente imaginaria. Esta suposición que muchos  
eruditos miran como un crimen de lesa erudición sólo se-  
ría una broma si el tema no fuera tan serio.

Después el autor hace referencia, en pocas palabras, a  
muchos otros ilustres ciegos que, a pesar de tener un sen-  
tido menos, han llegado a conocimientos sorprendentes.  
Observa, lo cual es verosímil, que Tiresias, que se había  
vuelto ciego por haber leído los secretos de los dioses y  
que predecía el porvenir, era, aparentemente, un gran filó-  
sofo ciego del que los mitos han conservado la memoria.  
¿No podría ser quizás un astrónomo muy famoso que pre-  
decía los eclipses (lo que debía parecer muy raro a pue-  
blos ignorantes) y que se quedó ciego hacia el final de sus  
días por haber cansado demasiado sus ojos en observacio-  
nes sutiles y numerosas, como Galileo y Cassini?

A veces ocurre que se restituye la vista a ciegos de na-  
cimiento, como lo prueba ese joven de trece años a quien  
el señor Cheselden, célebre Cirujano de Londres, extirpó  
las cataratas que lo hacían ciego desde su nacimiento. Ha-  
biendo observado la manera en que comenzaba a ver, el  
señor Cheselden publicó en el n. ° 402 de las Transaccio-  
nes filosóficas y en el 55. e artículo del Tatler (es decir, del  
Charlatán) las observaciones que había hecho sobre este  
tema. Estas son sus observaciones, extraídas del 3. er volu-  
men de la Historia natural de los señores Buffon y D’Au-benton: este joven, aunque ciego, podía distinguir el día de  
la noche, como todos los que están ciegos por cataratas.  
Distinguía incluso con luz fuerte el negro, el blanco y el es-  
carlata. Pero no discernía la forma de los cuerpos. Prime-  
ro se le practicó la operación en un solo ojo: en el momen-  
to en que comenzó a ver, todos los objetos le parecieron  
pegados contra sus ojos. Los objetos que le parecían agra-  
dables, sin que pudiera decir por qué, eran los de forma  
regular. No reconocía los colores que había distinguido  
con luz fuerte cuando era ciego; no distinguía ningún obje-  
to de otro, por más diferentes que fueran las formas.  
Cuando le presentaban objetos que ya conocía por el tacto,  
los consideraba con atención para reconocerlos de nuevo,  
pero pronto olvidaba todo por ser demasiadas cosas para  
recordar. Estaba muy extrañado de no encontrar más be-  
llas que las demás a las personas que más había querido.  
Pasó largo tiempo sin reconocer que los cuadros represen-  
taban cuerpos sólidos, los miraba como planos con dife-  
rentes colores. Pero cuando lo descubrió y al pasar la  
mano sólo encontró superficies, preguntó si lo engañaba  
la vista o el tacto. Estaba sorprendido de que se pudiera  
hacer caber en un pequeño espacio la pintura de un objeto  
más grande que ese espacio; por ejemplo, un rostro en  
una miniatura; y esto le parecía tan imposible como poner  
un celemín en una pinta. Primero sólo soportaba una luz  
muy tenue y veía todos los objetos muy grandes, pero los  
primeros empequeñecían a medida que veía otros más  
grandes. Aunque sabía muy bien que la habitación en la  
que estaba era más pequeña que la casa, no podía com-  
prender cómo la casa podía parecer más grande que la  
habitación. Antes de que le devolvieran la vista no tenía  
demasiada prisa por adquirir ese nuevo sentido, no cono-  
cía lo que le faltaba y se daba cuenta de que en ciertos as-  
pectos tenía ventajas sobre los demás hombres. Pero ape-  
nas comenzó a ver claramente, se sintió transportado de  
alegría. Un año después de la primera operación le hicie-  
ron la del otro ojo, la cual también fue exitosa. Primero vio  
con ese segundo ojo los objetos más grandes que con elotro, pero menos grandes, sin embargo, de lo que los ha-  
bía visto con el primero. Cuando miraba al mismo objeto  
con los dos ojos a la vez, decía que este objeto le parecía el  
doble de grande que con su primer ojo solo.

El señor Cheselden habla de otros ciegos de nacimien-  
to a quienes les había quitado las cataratas y en los que  
había observado los mismos fenómenos, aunque menos  
detalladamente. Como no tenían necesidad de mover los  
ojos durante la ceguera, sólo poco a poco aprendían a ha-  
cerlos girar hacia los objetos.

Podemos concluir de esas experiencias que el sentido  
de la vista se perfecciona en nosotros poco a poco; que  
este sentido es primero muy confuso y que aprendemos a  
ver más o menos como a hablar. Un niño recién nacido  
que abre sus ojos por primera vez a la luz experimenta,  
sin duda, las mismas cosas que acabamos de observar en  
el ciego de nacimiento. El tacto y el hábito rectifican el jui-  
cio de la vista. Ver Tacto.

Volvamos ahora al autor de la Carta sobre los ciegos:  
«Se está intentando, dice, devolver la vista a los ciegos de  
nacimiento para examinar cómo se produce la visión; pero  
yo creo que serviría para el mismo fin interrogar a un cie-  
go de buen sentido... Si se quisiera dar alguna certidum-  
bre a estas experiencias, sería necesario al menos que el  
sujeto estuviera preparado de antemano y quizás que lo  
transformaran en filósofo... Sería muy conveniente no co-  
menzar las observaciones sino mucho tiempo después de  
la operación: para ello, habría que tratar al enfermo en la  
oscuridad, asegurarse bien de que su herida está curada y  
sus ojos están sanos. No me parece que se lo deba expo-  
ner inmediatamente al pleno día... Finalmente, sería algo  
todavía muy delicado sacar partido de un sujeto así prepa-  
rado e interrogarlo con bastante sutileza como para que  
sólo diga lo que sucede en él... Ni los más hábiles o inteli-  
gentes son bastante aptos para una experiencia filosófica  
tan delicada. »

Terminemos este artículo con el autor de la Carta so-  
bre la célebre cuestión del señor Molineux. Suponiendo unciego de nacimiento que haya aprendido por el tacto a dis-  
tinguir una esfera de un cubo, se pregunta si, cuando se le  
restituya la vista, distinguirá inmediatamente la esfera del  
cubo sin tocarlos. El señor Molineux cree que no, el señor  
Locke es de su misma opinión porque el ciego no puede  
saber que el ángulo saliente del cubo, que hace presión en  
la mano de una manera desigual, debe aparecer a sus ojos  
como aparece en el cubo.

El autor de la Carta sobre los ciegos, apoyándose en la  
experiencia de Cheselden, cree con razón que el ciego de  
nacimiento primero verá sólo de manera muy confusa y  
que, muy lejos de distinguir la esfera del cubo, ni siquiera  
verá claramente las dos figuras: cree, por lo tanto, que a  
la larga y sin ayuda del tacto, llegará a ver con claridad  
las dos figuras; la razón que aduce, y a la que nos parece  
difícil responder, es que como el ciego no tiene necesidad  
de tocar para distinguir unos de otros los colores, a la lar-  
ga, los límites de los colores le bastarán para discernir la  
figura o el contorno de los objetos. Verá entonces una es-  
fera o un cubo, o, si se quiere, un círculo y un cuadrado,  
pero como el sentido del tacto no tiene ninguna relación  
con el de la vista, no adivinará que a uno de los dos cuer-  
pos se lo llama esfera y al otro cubo; y la visión no le re-  
cordará de ninguna manera la sensación recibida por el  
tacto. Supongamos ahora que se le dice que uno de los  
cuerpos es el que llamaba esfera por el tacto y el otro el  
que llamaba cubo. ¿Sabrá distinguirlos? El autor respon-  
de primero que un hombre grosero y sin conocimientos se  
decidirá al azar; que un metafísico, sobre todo si es geó-  
metra, como Saunderson, examinará esas figuras y, al su-  
poner ciertas líneas trazadas, verá que puede demostrar  
de una (de las figuras) todas las propiedades del círculo  
que el tacto le ha permitido conocer; y que puede demos-  
trar de la otra figura todas las propiedades del cuadrado.  
Estaría entonces tentado de concluir: éste es el círculo,  
éste es el cuadrado. Sin embargo, si es prudente, suspen-  
derá aún su juicio, ya que podría decir: «quizás cuando  
aplique mis manos en estas dos figuras, se transformenuna en la otra de manera que la misma figura podría ser-  
virme para demostrar a los ciegos las propiedades del  
círculo y, a los que ven, las propiedades del cuadrado.  
Pero no, habría dicho Saunderson, me equivoco, aquellos  
a quienes demostraba las propiedades del círculo y del  
cuadrado y en quienes la vista y el tacto concordaban me  
entendían muy bien, aunque no tocaran las figuras sobre  
las que yo hacía mis demostraciones y se contentasen con  
verlas. Por lo tanto, no veían un cuadrado cuando yo sen-  
tía un círculo porque de otra manera no nos habríamos  
entendido nunca. Pero como todos me comprendían, por  
lo tanto, todos los hombres ven como los demás, así, yo  
veo cuadrado lo que ellos ven cuadrado y, en consecuen-  
cia, siento cuadrado; y por la misma razón veo como  
círculo lo que siento como círculo».

Aquí hemos sustituido con el autor la esfera por el cír-  
culo y el cubo por el cuadrado porque, aparentemente, el  
que se sirve de sus ojos por la primera vez sólo ve superfi-  
cies y no sabe lo que es un saliente de un cuerpo, ya que  
éste consiste en que algunos puntos parecen más próxi-  
mos a nosotros que los demás: ahora bien, apreciamos las  
distancias por la experiencia unida al tacto y no por la vis-  
ta sola.

De todo lo que hemos dicho hasta aquí sobre la esfera  
y el cubo o sobre el círculo y el cuadrado, concluimos con  
el autor que hay casos en que el razonamiento y la expe-  
riencia de los demás pueden aclarar la vista por relación  
con el tacto y asegurar, si se puede decir así, al ojo que  
está de acuerdo con el tacto.

La Carta termina con algunas reflexiones sobre lo que  
le sucedería a un hombre que hubiera visto desde el naci-  
miento y que no hubiera tenido el sentido del tacto; y a un  
hombre en quien los sentidos de la vista y del tacto se con-  
tradijeran continuamente. Remitimos a nuestros lectores a  
esas reflexiones. Nos recuerdan otra más o menos de la  
misma especie que hace el autor en la Carta: «Si un hom-  
bre, dice, que sólo hubiera visto durante uno o dos días, se  
encontrara confundido en un pueblo de ciegos, más le val-dría que tomara el partido de callarse o el de pasar por  
loco. Cada día les anunciaría un nuevo misterio, que sólo  
sería misterio para ellos, y que los librepensadores esta-  
rían muy contentos de no creer. ¿Los defensores de la reli-  
gión no podrían extraer gran partido de una incredulidad  
tan pertinaz, tan justa desde cierto punto de vista y, sin  
embargo, tan poco fundada? » Terminaremos este artículo  
con esta reflexión, capaz de compensar otras que se en-  
cuentran repartidas en la obra y que no son totalmente or-  
todoxas. (0) (5).

1. La «O» era el signo que identificaba los artículos de D’Alem-  
   bert en la Enciclopedia (N. de la T. ).

EL GENIO

*Creo que el genio depende en gran parte de nues-  
tras pasiones.*

Vauvenargues

*Las reglas y las leyes del buen gusto son trabas  
para el* genio; *él las rompe para volar hacia lo sublime,  
lo patético, lo grande.*

Saint Lambert

**INTRODUCCION AL CONOCIMIENTO  
DEL INTELECTO HUMANO**

De Vauvenargues

**Sobre el genio** y **el ingenio («Du génie et de l’esprit»)**

Creo que no hay genio sin actividad. Creo que el genio  
depende en gran parte de nuestras pasiones. Pienso que  
se forma por la conjunción de muchas cualidades diferen-  
tes y de la concordancia secreta de nuestras inclinaciones  
con nuestro conocimiento. Cuando falta alguna de estas  
condiciones necesarias no hay genio o sólo existe de ma-  
nera imperfecta y no le otorgan ese nombre.

Lo que forma, pues, el genio de las negociaciones, o el  
de la poesía, o el de la guerra, etc., no es un único don de  
la naturaleza, como podría creerse. Son varias cualidades,  
tanto del intelecto como del corazón, inseparable e íntima-  
mente unidas.

Así, la imaginación, el entusiasmo, el talento al descri-  
bir no bastan para hacer un poeta: es necesario, además,  
que haya nacido con una extrema sensibilidad para la ar-  
monía, con el genio de su lengua y el arte de los versos.

Así, la previsión, la fecundidad, la celeridad del intelec-  
to en asuntos militares no formarían a un gran capitán si  
la seguridad en el peligro, el vigor del cuerpo en las opera-  
ciones laboriosas de su oficio y, finalmente, una actividad  
infatigable no acompañaran sus demás talentos.

Parece que esta necesidad de que concurran tantas  
cualidades independientes unas de otras hace que el genio  
no abunde. Se diría que es una especie de azar cuando la  
naturaleza combina estos diversos méritos en un mismo  
hombre. Afirmaría de buen grado que le cuesta menos  
formar a un hombre ingenioso porque para ello no necesi-  
ta poner entre sus talentos esta correspondencia indispen-  
sable para el genio.

Sin embargo, encontramos a menudo gente ingeniosa  
más ilustrada que algunos brillantes genios. Bien porque  
dividen su aplicación entre sus distintas inclinaciones o  
porque la debilidad de su alma les impide emplear la fuer-  
za de su intelecto, vemos que se quedan muy lejos con res-  
pecto a los que emplean todos sus recursos y toda su acti-  
vidad con vistas a un único objeto.

Este ardor del genio y este amor por su objeto le per-  
miten imaginar e inventar sobre este mismo objeto. Así,  
según la tendencia de su alma y el carácter de su intelecto,  
unos tienen la invención del estilo, los otros la del razona-  
miento o el arte de formar sistemas. Algunos grandes ge-  
nios parecen haber tenido sólo la invención del detalle. Tal  
es el caso de Montaigne. La Fontaine, con un genio muy  
diferente del de este filósofo, es, sin embargo, otro ejemplo  
de lo que digo. Descartes, por el contrario, tenía el espíritu  
sistemático y la invención del dibujo. Pero le faltaba, creo,  
esa imaginación en la expresión que embellece los pensa-  
mientos más comunes.

A esta invención del genio está ligada, como se sabe,  
un carácter original que en ciertas ocasiones nace de ex-  
presiones y sentimientos de un autor; en otras, de sus pla-  
nes, de su arte, de su manera de enfocar y disponer los  
objetos. Pues un hombre que se halla dominado por la  
tendencia de su intelecto y por las impresiones particula-  
res y personales que recibe de las cosas no puede ni quie-  
re sustraer su carácter a los que lo espían.

Sin embargo, no debemos creer que este carácter ori-  
ginal excluya el arte de imitar. No conozco ningún gran  
hombre que no haya adoptado modelos. Rousseau imitó a  
Marot, Comedle a Lucano y Séneca, Bossuet a los Profe-  
tas, Racine a los Griegos y a Virgilio; y Montaigne dice en  
alguna parte que hay en él «una condición de alguna ma-  
nera simiesca e imitadora». Pero estos grandes hombres,  
al imitar, siguieron siendo originales porque tenían más o  
menos el mismo genio que los que tomaban como modelo;  
de manera que cultivaban su propio carácter con estos  
maestros que consultaban y a los que sobrepasaban a ve-ces. En cambio, los que sólo tienen ingenio siempre son  
copistas mediocres de modelos mejores y jamás alcanzan  
su arte. Prueba incontestable de que hace falta genio para  
imitar bien (... ).

La primera ventaja del genio es sentir y concebir más  
vivamente los objetos de que se ocupa que lo que esos  
mismos objetos son sentidos y percibidos por el resto de  
los hombres.

**ARTICULO «GENIO»  
DE LA ENCICLOPEDIA**

De Saint Lambert

Genio (Literatura y Filosofía): la amplitud de la inteligen-  
cia, la fuerza de la imaginación y la actividad del alma;  
eso es el genio. (... ) El hombre de genio es aquel cuya alma  
más amplia, impresionada por las sensaciones de todos  
los entes, interesada por todo lo que hay en la naturaleza,  
no recibe una idea sin que ésta despierte un sentimiento,  
todo lo anima y todo se conserva en ella.

Cuando el alma ya no es afectada por el objeto mismo,  
aún lo está por el recuerdo; pero en el hombre de genio, la  
imaginación va más lejos; recuerda ideas con un senti-  
miento más vivo de lo que las ha recibido porque a esas  
ideas se unen miles de otras, más apropiadas para hacer  
nacer el sentimiento.

El genio rodeado de los objetos de los que se ocupa no  
se acuerda, sino que ve; no se limita a ver, está emociona-  
do: en el silencio y la oscuridad de su gabinete, goza de  
esa campiña risueña y fecunda; está aterido por el viento  
que sopla; quemado por el sol, atemorizado por las tem-  
pestades. El alma goza con estos sentimientos momentá-  
neos; le conceden un placer que aprecia mucho; se aban-  
dona a todo lo que pueda aumentarlo; querría, por medio  
de colores verdaderos y trazos imborrables, dar cuerpo a  
esas fantasías que la transportan y la divierten.

¿Quiere pintar algunos de estos objetos que la agitan?  
Ora los seres se despojan de sus imperfecciones, los cua-  
dros sólo presentan lo sublime, lo agradable; entonces el  
genio pinta todo color de rosa; ora sólo ve en los aconteci-  
mientos más trágicos las circunstancias más terribles; y el  
genio aplica en ese momento los colores más sombríos, las  
expresiones enérgicas de la queja y del dolor; anima la  
materia, colorea el pensamiento: en el calor del entusias-mo no controla la naturaleza ni la sucesión de sus ideas;  
es transportado a la situación de los personajes a los que  
hace actuar; ha adoptado su carácter. Si experimenta en el  
más alto grado las pasiones heroicas, tales como la con-  
fianza de un alma grande que el sentimiento de sus fuer-  
zas eleva por encima de todo peligro, como el amor a la  
patria lleva hasta el olvido de sí mismo, crea lo sublime, el  
yo de Medea, el que muera del viejo Horacio, el soy cónsul  
de Roma de Bruto; transportado por otras pasiones, hace  
decir a Hermione, ¿quién te lo ha dicho?; a Orosmane, yo  
era amado; a Tiestes, reconozco a mi hermano. (... )

El genio no siempre es genio; a veces es más amable  
que sublime; siente y pinta menos en los objetos lo bello  
que lo gracioso; experimenta y siente menos la exaltación  
que una dulce emoción.

En ocasiones, en el hombre de genio la imaginación es  
alegre; se ocupa de las ligeras imperfecciones de los hom-  
bres, de las faltas y las locuras ordinarias; para ella, lo  
contrario del orden sólo es ridículo; pero de una manera  
tan nueva que parece que la mirada de un hombre de ge-  
nio ha puesto en el objeto lo ridículo que en realidad sólo  
ha descubierto en él: la imaginación alegre de un genio  
amplio expande el campo de lo ridículo; mientras que el  
hombre vulgar lo ve y lo siente en lo que choca con los  
usos establecidos, el genio lo descubre y lo siente en lo que  
atenta contra el orden universal.

A menudo el buen gusto se halla separado del genio. El  
genio es un puro don de la naturaleza; lo que produce es  
resultado de un momento; el gusto es resultado del estudio  
y del tiempo; depende del conocimiento de una multitud  
de reglas establecidas o supuestas; produce bellezas que  
sólo son de convención. Para que una cosa sea bella según  
las reglas del gusto, tiene que ser elegante, terminada, tra-  
bajada sin parecerlo; para que sea de genio, a veces es ne-  
cesario que sea descuidada, que tenga un aire irregular,  
intrincado, salvaje. Lo sublime y el genio brillan en Sha-  
kespeare como relámpagos en una larga noche, y Racinees siempre bello; Homero está colmado de genio, y Virgilio  
de elegancia.

Las reglas y las leyes del buen gusto son trabas para el  
genio; él las rompe para volar hacia lo sublime, lo patéti-  
co, lo grande. El amor de ese bello eterno que caracteriza  
a la naturaleza, la pasión de que sus cuadros se confor-  
men a no sé qué modelo que ha creado y según el cual tie-  
ne las ideas y los sentimientos de lo bello, son el buen gus-  
to del hombre de genio. La necesidad de expresar las pa-  
siones que lo agitan se halla continuamente dificultada por  
la Gramática y por el uso: a menudo el idioma en el que  
escribe le niega la expresión de una imagen que sería su-  
blime en otro idioma. Homero no podía encontrar en su  
dialecto las expresiones apropiadas a su genio; Milton vio-  
la a cada momento las reglas de la lengua y va a buscar  
expresiones enérgicas en tres o cuatro idiomas diferentes.  
Finalmente, la fuerza y la abundancia, un no sé qué de ru-  
deza, la irregularidad, lo sublime, lo patético, ésos son los  
caracteres del genio en las artes; no emociona débilmente,  
no gusta sin asombrar, asombra incluso por sus errores.

En la Filosofía, en la que siempre es necesaria una  
atención escrupulosa, una moderación, un hábito de refle-  
xión que poco concuerdan con el calor de la imaginación,  
y menos todavía con la confianza que da el genio, su mar-  
cha es distinguida como en las artes; en ella inspira fre-  
cuentemente grandes errores; a veces grandes éxitos. En  
la Filosofía es necesario buscar lo verdadero con ardor y  
esperarlo con paciencia. Se necesitan hombres que pue-  
dan regular el orden y la serie de sus ideas, seguir la cade-  
na de pensamientos para concluir o interrumpirla para  
dudar: se necesita investigación, discusión, lentitud; no se  
tienen estas cualidades ni en el tumulto de las pasiones ni  
en los arrebatos de la imaginación. (... ) Hay muy pocos  
errores en Locke y muy pocas verdades en milord Shaff-  
terbury (1): sin embargo, el primero sólo es un intelecto

1. Conde de Shaffterbury (Londres, 1671-1713); educado por  
   Locke, es el representante más destacado de la «moral del sentimien-amplio, penetrante y preciso; el segundo es un genio de  
   primer orden. Locke ha visto; Shaffterbury ha creado, cons-  
   truido, edificado. A Locke le debemos grandes verdades  
   fríamente percibidas, metódicamente seguidas, secamente  
   anunciadas; a Shaffterbury, sistemas brillantes a menudo  
   con poco fundamento, plenos, sin embargo, de verdades  
   sublimes; y en sus momentos de error, sigue agradando y  
   persuadiendo por los encantos de su elocuencia.

El genio acelera, sin embargo, los progresos de la Filo-  
sofía por medio de los descubrimientos más felices e ines-  
perados: se eleva con vuelo de águila hacia una verdad  
luminosa, fuente de mil verdades a las que llegará más  
tarde arrastrándose la tímida multitud de prudentes ob-  
servadores. Pero, junto a esta verdad luminosa, pondrá lo  
que sólo es obra de su imaginación; incapaz de marchar  
en la carrera y recorrer sucesivamente los intervalos, par-  
te de un punto y se lanza hacia el objetivo; extrae un prin-  
cipio fecundo de las tinieblas, es raro que siga la cadena  
de las consecuencias, es un espontáneo, para servirme de  
la expresión de Montaigne. Imagina más de lo que vio,  
produce más que lo que descubre, más que conducir  
arrastra: anima a los Platón, Descartes, Malebranche, Ba-  
con, Leibniz, y según que la imaginación haya dominado  
más o menos en estos grandes hombres, hizo florecer sis-  
temas brillantes o hizo descubrir grandes verdades.

En esas ciencias inmensas y todavía poco profundiza-  
das del gobierno, el genio tiene un carácter y unos efectos  
tan fáciles de reconocer como en las Artes y en la Filoso-  
fía; pero dudo de que el genio, que a menudo ha compren-  
dido de qué manera deben ser conducidos los hombres en  
ciertos temas, sea él mismo capaz de conducirlos. Algunas  
cualidades del espíritu, como algunas del corazón, se rela-  
cionan con unas y excluyen otras. En los más grandes  
hombres todo anuncia inconvenientes o límites.

to». Consideraba que el sentido moral era innato y dependía de una  
tendencia natural de la especie humana. La armonía entre amor pro-  
pio y simpatía hacia los demás era el ideal preconizado. Tuvo gran in-  
fluencia en Diderot (N. de la T. ).

La sangre fría, esa cualidad tan necesaria en los que  
gobiernan, sin la cual raramente se haría una justa aplica-  
ción de los medios a las circunstancias, sin la cual se care-  
cería de presencia de espíritu; la sangre fría que somete la  
actividad del alma a la razón y que en todos los aconteci-  
mientos preserva del temor, de la exaltación, de la precipi-  
tación, ¿no es acaso una cualidad que no puede existir en  
los hombres dominados por la imaginación?, ¿esta cuali-  
dad no es absolutamente opuesta al genio? (... ) Los siste-  
mas son más peligrosos en Política que en Filosofía: la  
imaginación que confunde al filósofo sólo le hace cometer  
errores; la imaginación que confunde al hombre de Estado  
le hace caer en faltas y producir la desdicha de los hom-  
bres.

Por lo tanto, que en la guerra y en el consejo el genio  
similar a la divinidad recorra de un vistazo la multitud de  
posibilidades, vea la mejor y la ejecute; pero que no mane-  
je por largo tiempo los asuntos en los que se necesita aten-  
ción, combinaciones, perseverancia. Que Alejandro y Con-  
dé sean dueños de los acontecimientos y parezcan inspira-  
dos el día de una batalla, en esos instantes en que no hay  
tiempo para deliberar y hace falta que la primera idea sea  
la mejor; que decidan en esos momentos en que hay que  
descubrir de un solo vistazo las relaciones de una posición  
y de un movimiento con las propias fuerzas, con las del  
enemigo y con el objetivo propuesto; pero debe preferirse  
a Turenne y a Marlborough cuando haya que dirigir las  
operaciones de una campaña entera.

En las Artes, en las Ciencias, en los asuntos públicos,  
el genio parece cambiar la naturaleza de las cosas; su ca-  
rácter se extiende a todo lo que toca; y como su inteligen-  
cia se lanza más allá del pasado y del presente, ilumina el  
porvenir; él va más allá de su siglo que sólo puede seguir-  
lo, deja muy detrás de sí al espíritu que lo critica con ra-  
zón pero que en su marcha regular nunca sale de la uni-  
formidad de la naturaleza. (... )

**REFUTACION DE HELVECIO**

**De Diderot**

**Página 8** (2). «¿Qué hace un maestro? ¿Qué desea? Recor-  
tar las alas del genio. »

Entonces, el genio es anterior a la educación.

«Los Antiguos conservarán sobre los Modernos, tanto  
en moral como en política y en legislación, una superiori-  
dad que deberán no a la constitución física, sino a la edu-  
cación. »

¿Y eso qué prueba? —Que una nación difiere poco de  
otra nación. —¿Quién os lo niega? —¿Que los franceses,  
educados como los romanos, tendrían también su César,  
su Escipión, su Pompeyo, su Cicerón? —¿Por qué no? ¡En-  
tonces, en cualquier nación, la buena educación haría un  
gran hombre, un Aníbal, un Alejandro, un Aquiles. de un  
Tersites, de un individuo cualquiera! Convenced de eso a  
quien queráis, pero a mí no.

¿Por qué esos nombres ilustres son tan raros incluso  
en esas naciones en que todos los ciudadanos recibían la  
educación que preconizáis?

Señor Helvecio, una pequeña pregunta: Acaban de na-  
cer quinientos niños. Os los van a dejar para que los edu-  
quéis según vuestro criterio. Decidme. ¿Cuántos genios  
nos devolveréis? ¿Por qué no quinientos? Examinad bien  
vuestras respuestas y encontraréis que en última instancia  
se resolverán en la diferencia de constitución física, fuente  
primitiva de la pereza, de la liviandad de carácter, de la  
obcecación y de otros vicios y pasiones.

1. Este número de página corresponde al libro Sobre el hombre,  
   de Helvecio, comentado por Diderot. Las frases entrecomilladas son  
   de Helvecio, les siguen las observaciones críticas de Diderot (N. de  
   la T. ).

Página 66. «¡Cuántos genios son producidos por casuali-  
dad! »

Los genios me parece que son más bien contados; y los  
acontecimientos casuales estériles innumerables. Porque  
estos accidentes no producen nada; como el pico del obre-  
ro que excava las minas de Golconda no produce el dia-  
mante que saca a la luz.

Seas quien seas, genio o estúpido, hombre de bien o  
malvado, retrocede lo más que puedas en la historia de tu  
vida y encontrarás siempre en el origen de los aconteci-  
mientos que te han llevado a la felicidad o a la desgracia,  
al conocimiento o a la ignorancia, alguna circunstancia frí-  
vola a la que achacarás tu destino. Pero si eres tonto, es-  
tad bien seguro de que, abstracción hecha de esta circuns-  
tancia, habrías llegado al desprecio por otro camino; si  
eres malvado, no dudes de que, abstracción hecha de este  
incidente que maldices, habrías caído en la desdicha por  
algún otro lado. Pero si eres un genio, no te conoces si  
piensas que es el azar el que te hizo; todo su mérito es ha-  
berte mostrado; ha corrido la cortina que ocultaba la obra  
maestra de la naturaleza a ti mismo y a los demás. Al ge-  
nio y a la estupidez, al vicio y a la virtud sólo les falta el  
tiempo para obtener su verdadera posibilidad.

«No se nace con tal o cual genio particular. » —Esta  
verdad es muy nueva, si es una verdad; ya que se ha pen-  
sado y dicho hasta el presente que el genio era un don  
particular de la naturaleza que arrastraba al hombre a tal  
o cual función que se cumplía mediocremente o mal sin él,  
Invita Minerva (3). Desgraciadamente, las escuelas están  
llenas de niños ansiosos de gloria, estudiosos y aplicados  
que no progresan por más que se esfuerzan, se atormen-  
tan y lloran a veces por la escasez de sus avances. Mien-  
tras que otros, junto a ellos, poco serios, inconstantes, dis-  
traídos, libertinos, perezosos, destacan disfrutando. No  
me olvidaré de ti, pobre Garnier: tus padres eran indigen-

1. A pesar de Minerva, Horacio: Arte poética, v. 385.

tes, tú te hacías encerrar en las iglesias de la ciudad, baja-  
bas la lámpara que alumbraba el altar, la santa mesa te  
servía de pupitre, desgastabas tus ojos y tu salud durante  
toda la noche; sin embargo, yo dormía profundamente y  
tú nunca me quitaste el lugar de honor ni a mí ni a otros  
tres o cuatro. Si Helvecio hubiera ejercido la desdichada  
profesión de maestro de una cincuentena de alumnos ha-  
bría sentido pronto lo pretencioso de su sistema. No hay  
un solo profesor en nuestros colegios a quien sus ideas in-  
geniosas no le hagan encogerse de hombros de lástima.

«La atención puede aplicarse igualmente a todo. » —No,  
señor, no. Os equivocáis. Nadie ha dejado de sentir esa re-  
pugnancia que con justicia llamamos natural, porque está  
fundada en un defecto de aptitud que nos vemos forzados  
a confesar por la violencia de los esfuerzos y su poco éxito;  
pobre de vos si no la conocéis: igualmente apto para todo,  
no seríais verdaderamente apto para nada. El galgo de pa-  
tas largas y cuerpo estilizado está hecho para seguir a la  
liebre en su carrera, jamás le haréis ventear; el perro ras-  
trero, de grueso hocico, para ojear la llanura, el hocico al  
viento o abajo; el braco de pelo corto y tupido, para atra-  
vesar la espesura de los setos y desafiar las puntas de los  
espinos; el perro de aguas para lanzarse al río; y si os pro-  
ponéis desviar su conducta, emplearéis en ello mucho  
tiempo y correas, gritaréis y haréis chillar mucho a esos  
animales y no obtendréis sino malos perros. El hombre es  
una especie animal; su razón es sólo un instinto perfecti-  
ble y perfeccionado y en la carrera de las ciencias y las ar-  
tes hay tantos instintos diversos como perros en una jau-  
ría de caza. (... )

«¿Por qué los genios son más numerosos bajo buenos  
gobiernos? » —Porque los hijos de padres ricos eligen con  
más libertad su condición y pueden seguir su gusto natu-  
ral: el genio es un germen cuyo desarrollo se acelera con  
la beneficencia. La miseria pública, compañera de la tira-  
nía, lo ahoga o retrasa. Bajo el despotismo, el genio expe-

rimenta quizás más que otros el abatimiento general de  
los espíritus. (... )

Dice: «El azar produce los genios». Decid: «Les coloca  
en circunstancias favorables».

Dice: «No hay nada que no pueda lograrse con la apli-  
cación del intelecto y con trabajo». Decid: «Se logran mu-  
chas cosas».

Dice: «La educación es la única fuente de la diferencia  
entre los intelectos». Decid: «Es una de las principales».

Dice: «No puede hacerse de un hombre nada que no  
pueda hacerse de otro». Decid: «En ocasiones me parece».

Dice: «La influencia del clima es nula en los intelec-  
tos». Decid: «Se le otorga demasiada importancia». (... )

EL EXTRANJERO

*Seguiré escribiéndote y te informaré sobre cosas  
muy alejadas del carácter y del genio persas. Aunque  
es la misma Tierra la que nos lleva a todos, los hom-  
bres del país donde estoy y los del país en el que estás  
son muy diferentes.*

Montesquieu

*Salgamos de nuestro pequeño mundo y examinemos  
el resto del globo.*

Voltaire

*Inglaterra es el país de los filósofos, de los curio-  
sos, de los sistemáticos.*

Diderot

**CARTAS PERSAS**

De Montesquieu

**CARTA XXIV**

Rica a Ibben, en Esmirna

Hace un mes que estamos en París y no hemos dejado  
de movernos. Hay que hacer muchas diligencias antes de  
poder alojarse, de encontrar a la gente que nos habían re-  
comendado y proveerse de todas las cosas necesarias.

París es tan grande como Ispahan. Las casas son aquí  
tan altas que parece que estuvieran habitadas por astrólo-  
gos. Puedes imaginar que una ciudad construida en el  
aire, que tiene seis o siete casas superpuestas, está extre-  
madamente poblada y que, cuando todo el mundo des-  
ciende a la calle, se produce una gran confusión.

Tal vez no lo creas: ya hace un mes que estamos aquí y  
todavía no hemos visto caminar a nadie. No hay nadie en  
el mundo que le saque mejor partido al cuerpo que los  
Franceses: corren, vuelan. Los lentos coches de Asia, el  
paso regular de nuestros camellos les darían un síncope.  
Yo, que no estoy hecho para ese ritmo y que a menudo voy  
a pie sin cambiar de paso, a veces me pongo rabioso como  
un Cristiano: ya que, vaya y pase que me salpiquen de los  
pies a la cabeza, pero no puedo perdonar los codazos que  
recibo regular y periódicamente. Un hombre que viene de-  
trás de mí y me adelanta, me hace dar media vuelta; otro,  
que se me cruza del otro lado, me vuelve a poner donde el  
otro me había encontrado; y cuando aún no he dado cien  
pasos ya estoy tan deshecho como si hubiera recorrido  
diez leguas.

No creas que puedo, por ahora, hablarte a fondo de los  
usos y costumbres europeos: sólo he adquirido una ligera  
idea de ellos y apenas he tenido tiempo de sorprenderme.

El rey de Francia es el más poderoso príncipe de Eu-  
ropa. No tiene minas de oro como el rey de España, su  
vecino; pero tiene más riquezas que él, ya que las extrae  
de la vanidad de sus súbditos, más inagotable que las mi-  
nas. Se lo ha visto emprender y sostener grandes guerras  
sin tener otros fondos que los títulos de honor en venta y,  
por un prodigio del orgullo humano, sus tropas se encon-  
traron pagadas, sus guarniciones provistas y sus flotas  
equipadas.

Por otro lado, este rey es un gran mago: ejerce su im-  
perio sobre el espíritu mismo de sus súbditos; les hace  
pensar como quiere. Si sólo tiene un millón de escudos en  
su tesoro y necesita dos, le basta con persuadirlos de que  
un escudo vale dos y ellos lo creen. Si debe sostener una  
guerra difícil y carece de dinero, le basta con meterles en  
la cabeza que un pedazo de papel es dinero y ellos ense-  
guida se convencen. Llega hasta a hacerles creer que los  
cura de todo tipo de males con sólo tocarles, tan grande es  
la fuerza y el poder que tiene sobre sus espíritus.

Lo que te digo de este príncipe no debe extrañarte: hay  
otro mago, más poderoso que él, que ejerce tanto poder  
sobre su espíritu como él sobre el de los demás. Este mago  
se llama el Papa. Ora les hace crer que tres son sólo uno,  
que el pan que se come no es pan, o que el vino que se  
bebe no es vino, y mil otras cosas parecidas.

Y para tenerlo siempre en vilo y no dejarle perder la  
costumbre de creer, le da de vez en cuando, para ejercitar-  
lo, algunos artículos de fe. Hace dos años le envió un gran  
escrito que llamó Constitución (1), y quiso obligar, bajo  
grandes penas, a este príncipe y a sus súbditos, a creer  
todo lo que contenía. Lo consiguió respecto al príncipe,  
que se sometió enseguida y dio el ejemplo a sus súbditos.  
Pero algunos de ellos se rebelaron y dijeron que no que-  
rían creer nada de ese escrito. Las mujeres fueron las pro-

1. Ordenanza del papa Clemente XI que, en 173, condenó el jan-  
   senismo. Esta bula papal comenzaba con la palabra Unigenitus, por lo  
   que es conocida por este nombre (N. de la T. ).

motoras de toda esa rebelión que divide la Corte, todo el  
reino y todas las familias. Esta Constitución les prohíbe  
leer un libro que todos los Cristianos dicen haber traído  
del Cielo: es propiamente su Corán. Las mujeres, indigna-  
das del ultraje hecho a su sexo, sublevan a todos contra la  
Constitución. Han puesto a los hombres de su parte ya  
que, en esta ocasión, ellos no quieren tener privilegios. Sin  
embargo, debemos confesar que este mufti no razona mal  
y, por el gran Alí, es necesario que haya sido instruido en  
los principios de nuestra santa ley. Ya que, puesto que las  
mujeres pertenecen a una creación inferior a la nuestra y  
nuestros profetas nos dicen que nunca entrarán en el Pa-  
raíso, ¿para qué tendrían que ponerse a leer un libro que  
sólo está hecho para enseñar el camino del Paraíso?

He oído contar del rey cosas prodigiosas y me imagino  
que dudarás en creerlas. (... )

Seguiré escribiéndote y te informaré sobre cosas muy  
alejadas del carácter y del genio persas. Aunque es la  
misma Tierra la que nos lleva a todos, los hombres del  
país donde estoy y los del país en el que estás son muy di-  
ferentes.

De París, el 4 de la luna de Rebiab 2, 1712.

**CARTA LVII**

Usbek a Rhédi, en Venecia

Aquí los libertinos mantienen un número infinito de  
meretrices, y los devotos, un número incontable de dervi-  
ches. Estos derviches hacen tres votos: obediencia, pobre-  
za y castidad. Dicen que el primero es el más observado  
de todos; en cuanto al segundo, te digo que no lo es en ab-  
soluto; juzga por ti mismo sobre el tercero.

Sin embargo, por muy ricos que estos derviches sean,  
nunca abandonan su calidad de pobres; nuestro gloriososultán renunciaría antes a sus magníficos y sublimes títu-  
los. Tienen razón: ya que ese título de pobres les impide  
serlo.

Los médicos y algunos de esos derviches que se llaman  
confesores aquí son siempre o demasiado estimados o de-  
masiado despreciados; sin embargo, dicen que los herede-  
ros se las arreglan mejor con los médicos que con los con-  
fesores.

El otro día fui a un convento de esos derviches. Uno de  
ellos, venerable por sus blancos cabellos, me acogió muy  
bien; me enseñó la casa entera; entramos en el jardín y  
nos pusimos a conversar. «Padre mío, le dije, qué función  
tenéis en la comunidad? —Señor, me respondió con un  
aire muy satisfecho por mi pregunta, soy casuista. —¿Ca-  
suista?, repliqué; desde que estoy en Francia no he oído  
hablar de este cargo. —¡Cómo! ¿No sabéis lo que es un ca-  
suista? ¡Pues bien! Escuchad: os lo explicaré de manera  
que no os queden dudas. Hay dos tipos de pecado: los  
mortales, que excluyen totalmente del Paraíso; y los venia-  
les, que en verdad ofenden a Dios pero no lo irritan hasta  
el punto de privarnos de la beatitud. Ahora bien, todo  
nuestro arte consiste en distinguir cuidadosamente estos  
dos tipos de pecado: ya que, salvo algunos libertinos, to-  
dos los cristianos quieren ganar el Paraíso; pero casi todos  
quieren ganarlo lo más barato posible. Cuando se conocen  
bien los pecados mortales, se trata de no cometerlos, y  
nosotros nos encargamos de ello. Hay hombres que no  
aspiran a una perfección tan grande y, como no tienen  
ambición, no se preocupan por los primeros lugares. De  
esta manera, entran en el Paraíso lo más ajustadamente  
que pueden; con tal de estar allí les basta: su objetivo es  
ni pasarse ni quedarse cortos. Es gente a la que le gusta  
el Cielo más que obtenerlo y que dicen a Dios: “Señor, he  
cumplido las condiciones rigurosamente; no podéis dejar  
de cumplir vuestras promesas: como no he hecho más de  
lo que me habéis pedido, os dispenso de darme más de lo  
que me habéis prometido”. Por lo tanto, somos gente ne-  
cesaria, Señor. Pero eso no es todo; vais a ver otra cosa.

No es la acción lo que hace al crimen, sino el conocimiento  
del que la comete: el que hace un mal mientras cree que  
no es tal está en seguridad de conciencia; y como hay un  
número infinito de acciones equívocas, un casuista puede  
darles el grado de bondad que no tienen y declararlas  
buenas; y con tal que pueda persuadir que no tenían vene-  
no, se lo quita por entero. Os comunico aquí el secreto de  
un oficio en el que he envejecido; os muestro sus refina-  
mientos: siempre hay una vuelta para dar a todo, incluso  
a las cosas que parezcan menos susceptibles de ello. —Pa-  
dre, le dije, esto es muy bueno; ¿pero cómo os las arre-  
gláis con el Cielo? Si el Sufí tuviera en su corte un hombre  
que hiciera con respecto a él lo que vos hacéis contra  
vuestro Dios, que diferenciara entre sus órdenes y que en-  
señara a sus súbditos en qué caso deben ejecutarlas y en  
qué otro pueden violarlas, lo haría empalar inmediata-  
mente. » Saludé a mi derviche y lo dejé sin esperar su res-  
puesta.

De París, el 25 de la luna de Maharram, 1714.

**CARTAS EDIFICANTES  
Y CURIOSAS DE CHINA**

De los Misioneros de la Compañía de Jesús

**Del Reverendo Padre \*\*\*, de la Compañía de Jesús, al  
Señor Aubert, Primer Presidente del Parlamento de Douai.**

De Cantón, 16 de abril...

(... ) Los Chinos tienen cinco libros clásicos que los estu-  
diantes deben aprender para obtener sus diplomas. El pri-  
mero es el libro de «las mutaciones». El segundo contiene  
la historia de los emperadores Yao y Chun, sucesores de  
Fu-hi y de los tres primeros linajes que gobernaron China.  
El tercero es una antología de versos y odas, compuestos  
en honor de los emperadores cuando subían al trono. To-  
das estas poesías eran cuidadosamente conservadas y al  
pueblo le gustaba cantarlas, pero como este mismo pueblo  
había ido introduciendo en esa antología muchas piezas  
apócrifas y una doctrina peligrosa, Confucio hizo su crítica  
y eliminó lo que no era auténtico y no estaba reconocido  
como tal. Los Chinos dan gran importancia a este libro y  
sus doctores no dejan de recomendar su lectura. El cuarto  
libro es el de los ritos; explica las ceremonias que se de-  
ben respetar en los sacrificios que se hacen al cielo, a la  
tierra, a los espíritus, a los ancestros, en los matrimonios,  
en los funerales, etc. El quinto, finalmente, se titula la pri-  
mavera y el otoño.

Además de estos cinco libros, que son los libros sagra-  
dos de los Chinos, hay otros cuatro, llamados simplemente  
los cuatro libros. A los tres primeros se los llama libros de  
Confucio porque contienen una antología de las sentencias  
de este filósofo. El cuarto es de Mencio (2), que vivió cien

1. Mencio o Meng Tse (siglo IV A. C. ), filòsofo chino nieto de Con-  
   fucio (N. de la T. ).

años después, y recoge las conversaciones de este filósofo  
con los mejores maestros de su tiempo. Cuando los estu-  
diantes conocen a fondo la doctrina de estos libros, tienen  
que pasar dos tipos de exámenes: el primero es sólo un  
ejercicio preparatorio, pero el segundo es un examen en  
toda regla que permite presentarse a los demás exáme-  
nes que hay que aprobar para obtener el título de licencia-  
do. (... )

El Emperador nombra como examinadores a dos gran-  
des mandarines. El primero, que es el presidente del exa-  
men, normalmente proviene del colegio real, el segundo le  
sirve de asesor. (... ). El lugar donde se hace el examen se  
llama Kong-y-ven, es decir, lugar donde son elegidos los  
que deben ser presentados al Emperador. Es un gran edi-  
ficio con muchas celdas en donde sólo cabe un hombre;  
cada aspirante tiene la suya; las celdas forman una larga  
galería en cuyo extremo hay una gran sala donde el virrey  
hace su trabajo. Junto a esta sala, hay diez habitaciones  
destinadas a los examinadores. El virrey de la provincia  
preside el examen para que se desarrolle ordenadamente.  
Los bachilleres son conducidos a sus celdas por soldados  
tártaros; inmediatamente se cierran las puertas y se aplica  
en ellas el sello del virrey.

Una vez terminados estos preliminares (omito muchos  
otros para ser breve), se distribuyen los temas de las re-  
dacciones, los cuales son extraídos de los libros ya men-  
cionados. Cuando las redacciones ya están hechas, son  
transcritas por copistas destinados a este oficio con el fin  
de que los examinadores no puedan reconocer la mano de  
sus autores. Después son remitidas a los examinadores  
para que las lean y den cuenta de ellas a los mandarines.  
Luego se determina el día de la graduación. En el interva-  
lo, se envían sus nombres al Emperador, como para pre-  
sentarle la gente capaz de servirle en el gobierno de sus  
Estados. El día en que esos nombres son expuestos públi-  
camente, el virrey da un gran festín a los nuevos gradua-  
dos y les regala a cada uno, de parte del Emperador, una  
taza de plata y un gorro coronado por una manzana deplata dorada. Al día siguiente, reciben la visita de todos  
los mandarines de la metrópoli a los que manifestarán su  
agradecimiento con gran ceremonia. Así termina el exa-  
men de los Licenciados.

El examen de doctorado es parecido, más o menos, y  
se hace en Pekín. (... )

Estaréis de acuerdo conmigo, Señor, en que la institu-  
ción de todos estos títulos ha sido dictada por una sabia  
política: pues además del gusto que los Chinos tienen na-  
turalmente por su literatura, este ejercicio continuo, estos  
frecuentes exámenes los mantienen en vilo, fomentan una  
noble emulación, los ocupan durante la mejor parte de su  
vida e impiden que la inacción y el ocio los lleven a provo-  
car desavenencias en el Estado. En cuanto su edad les  
permite dedicarse al estudio de las letras, aspiran al grado  
de bachiller; a menudo, no lo obtienen sino después de  
mucho trabajo y esfuerzo; después de haberlo obtenido,  
están ocupados casi toda su vida en conservarlo por me-  
dio de nuevos exámenes o en conseguir títulos superiores.  
Con estos títulos, van alcanzando mejores puestos y gozan  
de ciertos privilegios que los distinguen del pueblo y les  
dan sus títulos de nobleza. Si los hijos de los mandarines  
no siguen el camino de sus padres y no se dedican como  
ellos al estudio de las letras y las leyes, normalmente vuel-  
ven a la condición de pueblo en la primera o segunda ge-  
neración. Además, estos ejercicios proveen a muchos de  
medios para vivir. Son maestros de escuela y sus conoci-  
mientos los ponen a cubierto de los rigores de la pobreza.  
Sin embargo, como hasta las mejores cosas tienen sus in-  
convenientes, esta gran dedicación a las letras hace que  
los Chinos sean menos aptos para la guerra, apaga en  
ellos ese temperamento marcial que nace en los pueblos  
más bárbaros, también les lleva a descuidar los oficios de  
los que se dice que antes tenían conocimientos más exten-  
sos y perfectos.

**MEMORIAS CONCERNIENTES  
A LA HISTORIA, LAS CIENCIAS,  
LAS ARTES, LAS COSTUMBRES,  
LOS USOS, ETC., DE LOS CHINOS**

**De los Misioneros de PekIn**

**(Sobre la sabiduría contenida en el I Ching)**

(... ) Los Kua de Fu-hi (sesenta combinaciones de seis lí-  
neas paralelas y horizontales de las cuales tres son ente-  
ras y tres cortadas) son el tema del I Ching. Como ya he-  
mos dicho, Weng-Wang trabajó en una explicación de los  
Kua desde la prisión. Su hijo agregó la suya, más desarro-  
llada y extensa. Confucio, que apreciaba mucho su lectura,  
aclaró, desarrolló y comentó en su vejez los dos textos de  
padre e hijo. El I Ching está compuesto de las tres obras.  
(... ) los críticos persisten en considerar poco auténticos los  
apéndices que se atribuyen vulgarmente a Confucio. (... )  
Algunos misioneros europeos han tenido la bondad de ex-  
plicar el I Ching en un sentido profètico y místico; otros  
han creído ver en él una alegoría moral e histórica sobre  
los comienzos de la Dinastía de los Cheou; nuestros litera-  
tos entusiastas encuentran en él la piedra filosofal de las  
Artes y las Ciencias; los verdaderos Sabios lo ven como un  
tejido de alegorías sobre toda clase de temas, sin excep-  
tuar la Religión y la Divinidad, que no podían desconocer  
dadas las grandes cosas que dicen de ellas en el estilo más  
sublime. (... )

**TRATADO SOBRE LA TOLERANCIA**

De Voltaire

**Cap. IV**

(... ) Salgamos de nuestro pequeño mundo y examine-  
mos el resto del globo. El Gran Señor gobierna en paz  
veinte pueblos de diferentes religiones; doscientos mil  
Griegos viven seguros en Constantinopla; el mufti mismo  
nombra y presenta el patriarca griego al emperador; so-  
portan la presencia de un patriarca latino. El sultán nom-  
bra obispos romanos para algunas islas de Grecia, ésta es  
la fórmula de la que se sirve: «Le ordeno que vaya a resi-  
dir como obispo a la isla de Chio, según su antigua cos-  
tumbre y sus vanas ceremonias. » Este imperio está lleno  
de jacobitas, de nestorianos, de monotelitas; hay coptos,  
cristianos de San Juan, judíos, guebros, banianos. Los  
anales turcos no mencionan ninguna revuelta atizada por  
estas religiones.

Id a la India, a Persia, a Tartaria; allí veréis la misma  
tolerancia y la misma tranquilidad. Pedro el Grande ha fa-  
vorecido todos los cultos en su vasto imperio; el comercio  
y la agricultura han ganado con ello y el cuerpo político ja-  
más ha sufrido inconvenientes.

Durante los más de cuatro mil años que se le conocen,  
el gobierno de China siempre ha adoptado sólo el culto de  
los descendientes de Noé, la adoración simple de un único  
Dios: sin embargo, tolera las supersticiones de Buda y una  
multitud de bonzos que sería peligrosa si la sabiduría de  
los tribunales no los hubiera contenido siempre.

Es verdad que el gran emperador Kang Hi, quizás el  
más sabio y magnánimo que ha tenido China, echó a los  
jesuítas; pero no porque fuera intolerante, sino, por el  
contrario, porque lo eran los jesuítas. Ellos mismos cuen-  
tan, en sus Cartas curiosas, lo que les dijo este buen prín-cipe: «Sé que vuestra religión es intolerante; sé lo que ha-  
béis hecho en Manila y en Japón; habéis engañado a mi  
padre, no esperéis engañarme a mí mismo. » Si leemos  
todo el discurso que se dignó pronunciar, encontraremos  
que era el más sabio y clemente de los hombres. ¿Podía,  
acaso, conservar a su lado a físicos de Europa que, con el  
pretexto de mostrar a la Corte termómetros y eolipilas, ya  
habían sublevado a un príncipe de sangre? ¿Y qué habría  
dicho este emperador si hubiera leído nuestras historias,  
si hubiera conocido la época de la Liga y de la conspira-  
ción de la pólvora? (3).

Ya le bastaba con estar informado de las disputas inde-  
centes de los jesuítas, los dominicanos, los capuchinos, los  
sacerdotes seculares, enviados a sus Estados desde el fin  
del mundo: iban a predicar la verdad y se anatemizaban  
unos a otros. Por lo tanto, el emperador se limitó a echar  
a unos perturbadores extranjeros; ¡pero con qué bondad  
los echó! ¡Qué cuidados paternales tuvo con ellos para el  
viaje y para impedir que los insultaran en el camino! Su  
destierro mismo fue un ejemplo de tolerancia y de huma-  
nidad.

Los Japoneses eran los más tolerantes de los hombres:  
doce religiones apacibles estaban establecidas en su impe-  
rio; los jesuítas llevaron la decimotercera. Pero muy pron-  
to, como no soportaban a ninguna otra, sabemos lo que  
sucedió: una guerra civil no menos terrible que la de la  
Liga desoló ese país. Finalmente, la religión cristiana fue  
ahogada en ríos de sangre; los Japoneses cerraron su im-  
perio al resto del mundo y nos miraron como a bestias fe-  
roces, parecidas a aquellas de las que los Ingleses limpia-  
ron su isla. En vano el ministro Colbert, sintiendo la nece-  
sidad que teníamos de los Japoneses, los cuales no nos

1. Se refiere a la Gun Powder Plot, frustrada conspiración católica  
   contra el rey de Inglaterra Jacobo I (año 1605). La nobleza terrate-  
   niente (gentry) y la burguesía de las ciudades (city) pretendieron con  
   ella conservar sus antiguos privilegios frente a las tendencias absolu-  
   tistas del monarca. Los barriles de pólvora colocados en la sala del  
   Parlamento fueron descubiertos antes de que explotaran (N. de la T. ).

necesitan en absoluto, trató de establecer relaciones con  
su imperio: los encontró inflexibles.

Así, pues, nuestro continente entero nos prueba que no  
hay que anunciar ni ejercer la intolerancia.

Mirad el otro hemisferio, observad la Carolina de la  
que el sabio Locke fue legislador: basta con siete padres  
de familia para establecer un culto público aprobado por  
la ley; esta libertad no genera ningún desorden. ¡Dios nos  
guarde de citar este ejemplo para hacer que Francia lo  
imite!; sólo lo traemos a colación para hacer ver que el  
mayor exceso de tolerancia al que se pueda llegar no es  
seguido de la más ligera disensión; pero lo que es muy útil  
y bueno en una colonia naciente no es conveniente en un  
antiguo reino.

¡Qué diríamos de los primitivos que han sido llamados  
cuáqueros por burla y que, con costumbres quizás ridicu-  
las, han sido tan virtuosos y han enseñado inútilmente la  
paz al resto de los hombres! En Pensilvania hay cien mil;  
la discordia y la controversia no se conocen en la dichosa  
patria que se han construido y el solo nombre de su ciu-  
dad de Filadelña, que les recuerda en todo momento que  
los hombres son hermanos, es el ejemplo y la vergüenza  
de los pueblos que no conocen todavía la tolerancia. (... )

ARTICULO «TORTURA»  
DEL DICCIONARIO FILOSOFICO

De Voltaire

Los Franceses, que son considerados, no sé por qué,  
como un pueblo muy humano, se asombran de que los In-  
gleses, que han sido tan inhumanos como para quitarnos  
todo el Canadá, hayan renunciado al placer de adminis-  
trar la tortura.

Cuando el caballero de La Barre, nieto de un teniente  
general del ejército, joven muy inteligente y con futuro  
pero con todo el atolondramiento de la juventud desenfre-  
nada, fue convencido de haber cantado canciones impías e  
incluso de haber pasado delante de una procesión de ca-  
puchinos sin haberse quitado el sombrero, los jueces de  
Abbeville, gente comparable a los senadores romanos, or-  
denaron no sólo que se le arrancara la lengua, se le corta-  
ra la mano y se quemara su cuerpo a fuego lento, sino que  
se le siguiera torturando para saber con precisión cuántas  
canciones había cantado y cuántas procesiones había visto  
pasar con el sombrero puesto.

Esta aventura no sucedió en los siglos XIII o XIV, sino en  
el XVIII. Las naciones extranjeras juzgan a Francia por los  
espectáculos, las novelas, las bonitas poesías, las artistas  
de la Opera que tienen costumbres muy ligeras, los baila-  
rines de la Opera que tienen mucha gracia, por la Señorita  
Clairon que declama maravillosamente bien los versos. No  
saben que en el fondo no hay nación más cruel que la  
francesa.

Los Rusos pasaban por ser unos bárbaros en 1700,  
estamos en 1769 y una emperatriz acaba de dar a este  
vasto Estado leyes que habrían honrado a Minos, a Numa  
y a Solón si hubieran sido lo bastante inteligentes como  
para inventarlas. La más notable es la tolerancia univer-  
sal, la segunda es la abolición de la tortura. La justicia yla humanidad han guiado su pluma; ha reformado todo.  
¡Ay de una nación que, siendo desde hace mucho tiempo  
civilizada, se rige aún por antiguos usos atroces! «¿Para  
qué cambiar nuestra jurisprudencia? » se pregunta. «Eu-  
ropa se sirve de nuestros cocineros, de nuestros sastres y  
de nuestros peluqueros; por lo tanto, nuestras leyes son  
buenas. »

**ARTICULO «LIBERTAD  
DE PENSAMIENTO»  
DEL DICCIONARIO FILOSOFICO**

De Voltaire

(Diálogo satírico entre lord Boldmind, oficial inglés, y el  
conde Medroso, portugués al servicio de la Inquisición)

*Boldmind*

Aprender a pensar sólo depende de vos; habéis nacido  
con inteligencia; sois un pájaro en la jaula de la Inquisi-  
ción; el Santo Oficio os ha recortado las alas, pero éstas  
pueden volver a crecer. El que no sabe Geometría puede  
aprenderla; todo hombre puede instruirse: es vergonzoso  
poner el alma entre las manos de alguien a quien no con-  
fiaríais vuestro dinero; atreveos a pensar por vos mismo.

*Medroso*

Dicen que si todo el mundo pensara por sí mismo ha-  
bría una extraña confusión.

*Boldmind*

Es al revés. Cuando se asiste a un espectáculo, cada  
uno da libremente su opinión sobre él y la paz no se ve  
perturbada; pero si algún protector insolente de un mal  
poeta quisiera forzar a la gente de buen gusto a encontrar  
bueno lo que le parece malo, entonces se oirían silbidos y  
los dos partidos podrían tirarse manzanas a la cabeza,  
como ocurrió en Londres en una ocasión. Los tiranos de  
las mentes han causado una parte de los males del mun-  
do. Somos muy felices en Inglaterra desde que cada uno  
goza libremente del derecho de dar su opinión.

*Medroso*

Nosotros también estamos muy tranquilos en Lisboa,  
donde nadie puede dar la suya.

*Boldmind*

Estáis tranquilos pero no sois felices; es la tranquilidad  
de los presos de galeras que reman cadenciosamente en  
silencio.

*Medroso*

¿Creéis que mi alma está en las galeras?

*Boldmind*

Sí, y querría liberarla.

*Medroso*

Pero ¿si me encuentro bien en las galeras?

*Boldmind*

En ese caso merecéis estar en ellas.

EL BUEN SALVAJE

*Los pueblos de América y de Africa son libres mien-  
tras que nuestros salvajes no tienen siquiera la idea de  
libertad.*

Voltaire

*El hombre, al convertirse en sociable y esclavo, se  
debilita, se vuelve temeroso, rastrero; y su manera de  
vivir falta de energía y afeminada termina de debilitar  
su fuerza y su coraje.*

Rousseau

CARTA A LA SEÑORA MARQUESA DE \*\*\*  
SOBRE LA DESNUDEZ DE LOS SALVAJES

De Fontenelle

Señora,

No sé cómo responder a la carta con la que me habéis  
honrado ni cómo tratar este tema de la desnudez de los  
Salvajes sin herir vuestra modestia, sin ofender vuestro  
pudor: el tema es muy delicado; evitaré las obscenidades,  
pero no sé si podré garantizar que no tengáis pensamien-  
tos obscenos.

Me preguntáis cómo se puede soportar sin ponerse  
rojo de vergüenza la presencia de hombres y mujeres des-  
nudos, cómo, sin distraerse, se puede ver en las iglesias  
semejantes cosas y cómo los ministros del Señor que no  
nos dejan entrar en la iglesia sin tener el pecho e incluso  
los brazos cubiertos pueden permitir que esa gente entre  
en los templos y muestre allí los senos que en las jóvenes  
saltan como corderos en la pradera, y haya hombres cuya  
carne y la expresión natural de los músculos del cuerpo  
anuncian y prometen los felices efectos del vigor masculi-  
no; todo ello sin que el bello sexo se conmueva ni los hom-  
bres se exalten, sin herir el pudor que poseemos al nacer  
y que nos es tan natural. Aseguráis, Señora, que es impo-  
sible que esto suceda de otra manera. La experiencia, no  
obstante, destruye vuestros razonamientos y muestra que  
lo que llamamos pudor no puede ser incluido entre las  
ideas que llamamos innatas, que sólo es un efecto de la  
educación, la costumbre y los usos (... ).

No sólo los Caribes van así desnudos, sino todos los  
pueblos que se encuentran en este vasto continente: el frío  
de las zonas glaciales, la variedad de las templadas, los ar-  
dores de las tórridas no han sido capaces de hacer que se  
cubran con ropa. Apenas los Salvajes del Norte del Canadáse visten con algunas pieles cuando el país está lleno de  
hielo y nieve, su cuerpo endurecido por la intemperie los  
hace casi insensibles a los rigores del invierno; y el mismo  
cuerpo acostumbrado a los grandes calores les impide sen-  
tir los dardos ardientes da los rayos del sol (... ) Todos los  
Africanos van igualmente desnudos (... ) Si investigamos  
con más exactitud, encontraremos también gran número  
de Asiáticos desnudos. Podemos concluir, entonces, que  
casi la mitad de los hombres que habitan la tierra van des-  
nudos sin sonrojarse por su desnudez. Por lo tanto, eso  
que llamamos «pudor» no es algo innato en nosotros (... ).

Cada uno en su región, los hombres se dieron leyes e  
impusieron castigo y desprecio a quienes las violaran, de  
manera que es muy molesto no acatarlas. En los países  
donde es obligatorio vestirse, donde es costumbre y regla  
el cubrirse el cuerpo, se tiene vergüenza de mostrar las  
partes que se ha convenido en ocultar. Aún más, en cier-  
tos países sólo se puede aparecer en público con la ropa  
asignada a cada condición: un sacerdote, un magistrado,  
se ruborizarían de aparecer en público con ropa de cam-  
pesinos o de caballeros; un caballero, vestido y peinado  
como una mujer; el monje que sería deshonrado si llevara  
la espada y el penacho de plumas en Francia o Italia apa-  
rece audazmente vestido de guerrero en Inglaterra u Ho-  
landa. Las Mahometanas, Arabes, Beduinas serían mira-  
das como unas infames en una ciudad de Turquía si apa-  
recieran con el rostro descubierto y son mujeres honestas  
en sus Duar (1) cuando muestran la cara, los brazos y una  
parte de su cuerpo desnudos.

La vergüenza no consiste, pues, en aparecer desnudo o  
vestido, sino en violar las leyes particulares de cada país.  
En consecuencia, los Salvajes y otros pueblos en los que la  
desnudez está establecida pueden ir desnudos sin rubori-  
zarse, sin tener vergüenza, sin ofender el pudor, puesto  
que no contravienen ninguna ley y siguen las costumbres  
establecidas. (... )

1. De dwar, círculo de tiendas en Africa del Norte (N. de la T. ).

Para terminar esta carta, os diré, Señora, que es evi-  
dente que nacemos todos desnudos, que nuestros prime-  
ros padres, en la infancia del mundo, debieron quedarse  
en ese estado de desnudez y, por consiguiente, acostum-  
brar sus ojos a esos objetos que les parecían tan indiferen-  
tes como les parecen a los niños y a los pueblos que están  
acostumbrados a verlos; sólo mucho tiempo después co-  
menzamos a vestirnos (... ).

**ARTICULO «ANTROPOFAGOS»  
DEL DICCIONARIO FILOSOFICO**

De Voltaire

Hemos hablado del amor. Es duro pasar de gente que  
se besa a gente que se come. Es verdad que ha habido an-  
tropófagos; los hemos encontrado en América; quizás to-  
davía haya, y los cíclopes no eran los únicos que en la An-  
tigüedad se alimentabn a veces de carne humana. Juvenal  
cuenta que entre los Egipcios, ese pueblo tan sabio, tan  
célebre por sus leyes, ese pueblo tan piadoso que adoraba  
cocodrilos y cebollas, los Tintiritas comieron a uno de los  
enemigos que había caído entre sus manos; y no cuenta  
esto a partir de un rumor, ese crimen fue cometido bajo  
sus ojos; en ese momento estaba en Egipto y a poca dis-  
tancia de Tintira. En esta ocasión, cita a los Gascones y a  
los Saguntinos que se alimentaron en otra época con la  
carne de sus compatriotas.

En 1725 trajeron cuatro salvajes del Mississipi a Fon-  
tainebleau. Tuve el honor de hablar con ellos. Había entre  
ellos una dama de aquel lugar a quien le pregunté si había  
comido hombres; me respondió muy inocentemente que  
los había comido. Yo parecí un poco escandalizado; ella se  
excusó diciendo que más valía comer al enemigo muerto  
que dejar que lo devoraran las fieras y que los vencedores  
merecían tener preferencia. Nosotros matamos en batalla  
campal o no campal a nuestros vecinos y por la más vil re-  
compensa trabajamos en la cocina de los cuervos y los gu-  
sanos. Ese es el horror, ése es el crimen; ¿qué importa que  
cuando uno esté muerto sea comido por un soldado o por  
un cuervo o un perro?

Respetamos más a los muertos que a los vivos. Habría  
que haber respetado a unos y a otros. Las naciones que  
llamamos civilizadas han tenido razón de no poner a sus  
enemigos vencidos en una brocheta, ya que si se permitie-ra comer a los vecinos, pronto se comería a los compatrio-  
tas, lo cual sería un gran inconveniente para las virtudes  
sociales. Pero las naciones civilizadas no siempre lo han  
sido; todas han sido salvajes durante largo tiempo; y en el  
número infinito de revoluciones que este globo ha sufrido,  
el género humano ha sido ora numeroso, ora muy escaso.  
Pasó con los hombres lo que hoy pasa con los elefantes,  
los leones y los tigres, cuyas especies han disminuido mu-  
cho. En los tiempos en que una región estaba poco pobla-  
da de hombres, éstos tenían pocos conocimientos, eran  
cazadores. La costumbre de alimentarse de lo que habían  
matado hizo que fácilmente trataran a sus enemigos como  
a sus ciervos y jabalíes. La superstición ha hecho inmolar  
víctimas humanas, la necesidad ha hecho que fueran co-  
midas.

¿Cuál es el mayor crimen, reunirse piadosamente para  
hundir un cuchillo en el corazón de la joven adornada con  
cintas en honor a la Divinidad o comer a un hombre feo al  
que se ha matado en defensa propia? (...)

**ENSAYO SOBRE LAS COSTUMBRES  
Y EL ESPIRITU DE LAS NACIONES**

De Voltaire

Sobre los salvajes

Entendéis por Salvajes a unos zafios que viven en cho-  
zas con sus mujeres y algunos animales, expuestos siem-  
pre a los rigores de las estaciones, desconocedores de la  
tierra que los alimenta y del mercado en el que a veces  
venden sus productos para comprar algunas ropas grose-  
ras; que hablan una jerga que no se oye en las ciudades;  
que tienen pocas ideas y, en consecuencia, pocas expresio-  
nes; sometidos, sin que sepan por qué, a un letrado al que  
llevan todos los años la mitad de lo que han ganado con el  
sudor de su frente; se reúnen, algunos días, en una espe-  
cie de granero para celebrar ceremonias que no entien-  
den; escuchar a un hombre vestido de manera diferente a  
la de ellos y a quien no comprenden en absoluto; abando-  
nar a veces su choza cuando tocan el tambor, enrolarse  
para hacerse matar y matar a sus semejantes en alguna  
tierra extranjera por la cuarta parte de lo que pueden ga-  
nar en la suya? Estos salvajes existen en toda Europa. Hay  
que reconocer que los pueblos del Canadá y los Cafres,  
que tanto nos ha gustado llamar «salvajes», son infinita-  
mente superiores a los nuestros. El Hurón, el Algonquin,  
el Illinois, el Cafre, el Hotentote saben cómo hacer ellos  
mismos todo lo que necesitan; este conocimiento les falta  
a nuestros zafios. Los pueblos de América y de Africa son  
libres mientras que nuestros salvajes no tienen siquiera la  
idea de libertad.

Los pretendidos salvajes de América son soberanos  
que reciben embajadores de nuestras colonias trasplanta-  
das a su territorio por avaricia y superficialidad. Conocen  
el honor del que nuestros salvajes de Europa jamás hanoído hablar. Tienen una patria, la aman y la defienden;  
hacen tratados; combaten con coraje y a menudo hablan  
con energía heroica. ¿Acaso hay una respuesta más bella  
en los grandes hombres de Plutarco que la del jefe de los  
Canadienses, a quien una nación europea le proponía que  
cediera su patrimonio? «Hemos nacido en esta tierra,  
nuestros padres están sepultados en ella: ¿podríamos de-  
cir a los huesos de nuestros padres: levantaos y venid con  
nosotros a una tierra extraña? »

Estos Canadienses eran Espartanos en comparación  
con nuestros zafios que vegetan en los pueblos y con los  
Sibaritas que se debilitan en nuestras ciudades.

**DISCURSO SOBRE EL ORIGEN  
DE LA DESIGUALDAD  
ENTRE LOS HOMBRES**

De Jean-Jacques Rousseau

(... ) La tierra, abandonada a su fertilidad natural y cu-  
bierta de inmensos bosques que el hacha nunca destruyó,  
ofrece a cada paso provisiones y refugio a los animales de  
toda especie. Los hombres, dispersos entre aquéllos, ob-  
servan, imitan su quehacer y se elevan así hasta el instinto  
de las bestias; con la ventaja de que cada especie sólo tie-  
ne el suyo propio y el hombre, al no tener quizás ninguno,  
se apropia de todos ellos, se nutre por igual de la mayor  
parte de los diversos alimentos que se reparten los demás  
animales y encuentra así su sustento más fácilmente que  
ninguno de ellos.

Acostumbrados desde la infancia a la intemperie y al  
rigor de las estaciones, ejercitados en el esfuerzo y obliga-  
dos a defender desnudos y sin armas su vida y su presa  
contra las demás bestias feroces o escapar de ellas a la ca-  
rrera, estos hombres se forman un temperamento robusto  
y casi inalterable: los niños, al traer al mundo la excelente  
constitución de sus padres y al fortificarla por los mismos  
ejercicios que la produjeron, adquieren así todo el vigor de  
que la especie humana es capaz. La naturaleza los trata  
como la ley de Esparta hacía con los niños de los ciudada-  
nos: forma fuertes y robustos a los que están bien consti-  
tuidos y deja morir a los otros; difieren en eso de nuestras  
sociedades, donde el Estado, al hacer que los niños cues-  
ten tan caros a sus padres, los mata indistintamente antes  
del nacimiento.

Como su propio cuerpo es el único instrumento que co-  
noce el hombre salvaje, lo emplea en diversos usos de los  
que, por falta de ejercicio, nuestros cuerpos son incapaces;  
nuestra técnica nos quita la fuerza y la agilidad que la ne-cesidad le obliga a adquirir. Si hubiera tenido un hacha,  
¿su puño rompería tan fuertes ramas? Si hubiera tenido  
una honda, ¿lanzaría con la mano una piedra con tanta  
fuerza? Si hubiera tenido una escalera, ¿treparía tan fácil-  
mente a un árbol? Si hubiese tenido un caballo, ¿sería tan  
ligero en la carrera? Dejad al hombre civilizado el tiempo  
necesario para reunir todos estos instrumentos alrededor  
de él, no podemos dudar de que superaría con facilidad al  
hombre salvaje: pero si queréis ver un combate todavía  
más desigual, ponedlos desnudos y desarmados uno frente  
al otro, y reconoceréis muy pronto cuál es la ventaja de te-  
ner siempre todas las fuerzas a su disposición, de estar  
siempre listo para todo acontecimiento y llevar, por así de-  
cir, todo consigo mismo. (... )

La extrema desigualdad en la manera de vivir, el exce-  
so de ocio en unos, el exceso de trabajo en otros, la facili-  
dad con que se excitan nuestros apetitos y nuestra sensua-  
lidad, los alimentos demasiado sofisticados de los ricos que  
los nutren de sustancias irritantes y los dejan postrados  
por indigestión, la mala comida de los pobres que a menu-  
do incluso les falta y cuya carencia les lleva a sobrecargar  
ávidamente su estómago cuando pueden, pasarse la noche  
sin dormir, los excesos de todo tipo, la embriaguez carente  
de moderación de todas las pasiones, la fatiga y el agota-  
miento del intelecto, la tristeza y las innumerables penas  
que se experimentan en todas las condiciones y que consu-  
men perpetuamente las almas: éstos son los funestos ga-  
rantes de que la mayor parte de nuestros males vienen de  
nuestro propio obrar y que los habríamos evitado casi to-  
dos si hubiéramos conservado la manera de vivir simple,  
uniforme y solitaria que nos había prescrito la naturaleza.  
Si ella nos destinó a ser sanos, me atrevo casi a asegurar  
que el estado de reflexión es un estado contra natura y  
que el hombre que medita es un animal depravado. Cuan-  
do pensamos en la buena constitución de los salvajes, al  
menos de aquellos a los que no hemos perdido con nues-  
tros fuertes licores; cuando sabemos que apenas conocen  
otra enfermedad que las heridas y la vejez, nos vemos im-pelidos a creer que se trazaría fácilmente la historia de las  
enfermedades humanas siguiendo la de las sociedades ci-  
viles. (... ) Con tan pocas fuentes de males, el hombre en es-  
tado de naturaleza no tiene, pues, apenas necesidad de re-  
medios, menos todavía de médicos. (... )

Guardémonos, entonces, de confundir al hombre salva-  
je con los hombres que vemos. La naturaleza trata a todos  
los animales abandonados a sus propios cuidados con una  
predilección que parece mostrar cuán celosa es de este de-  
recho. El caballo, el gato, el toro, incluso el asno, tienen en  
su mayor parte una talla más grande, todos muestran una  
constitución más robusta, más vigor, fuerza y coraje en los  
bosques que en nuestras casas; al convertirse en animales  
domésticos pierden la mitad de estas ventajas, y parecería  
que todos nuestros cuidados para tratarlos bien y alimen-  
tarlos sólo nos llevan a degenerarlos. Pasa lo mismo con el  
hombre: al convertirse en sociable y esclavo, se debilita,  
se vuelve temeroso, rastrero; y su manera de vivir falta de  
energía y afeminada termina de debilitar su fuerza y su  
coraje. Agreguemos que entre las condiciones salvaje y do-  
méstica, la diferencia de hombre a hombre debe ser más  
grande aún que la de animal a animal, pues aunque la  
bestia y el hombre hayan sido tratados por igual por la na-  
turaleza, las comodidades que se reserva el hombre para  
sí mismo son más que las que da a los animales que do-  
mestica y ellas constituyen tantas más causas particulares  
que lo hacen degenerar sensiblemente.

Por lo tanto, no es tan gran desdicha para estos prime-  
ros hombres, ni sobre todo tan gran obstáculo para su  
conservación, la desnudez, la falta de un techo y la priva-  
ción de todas esas inutilidades que creemos tan necesa-  
rias. (... )

Sobre todo, no vayamos a concluir con Hobbes que,  
por no tener ninguna idea de la bondad, el hombre sea  
naturalmente malo; que sea vicioso porque no conoce la  
virtud; que niegue siempre a sus semejantes los servicios  
que no cree deberles; ni que en virtud del derecho que se  
atribuye con razón sobre las cosas que necesita, se imagi-  
ne de manera insensata ser el único propietario de todo eluniverso. Hobbes ha visto muy bien el defecto de todas las  
definiciones modernas del derecho natural: pero las con-  
secuencias que extrae de la suya muestran que la toma en  
un sentido que no es menos falso. Al razonar sobre los  
principios que establece, este autor debía decir que, dado  
que el estado de naturaleza es aquel en que el cuidado de  
nuestra conservación es el menos perjudicial para la de  
otro, este estado era, en consecuencia, el más apropiado  
para la paz y el más conveniente para el género humano.  
Dice precisamente lo contrario, por haber hecho entrar  
inoportunamente en el cuidado de la conservación del  
hombre salvaje la necesidad de satisfacer una multitud de  
pasiones que son obra de la sociedad y que han hecho im-  
prescindibles las leyes. El malo, dice, es un niño robusto.  
Queda por saber si el hombre salvaje es un niño robusto.  
Si lo aceptáramos, ¿qué conclusión sacaríamos? Que si,  
siendo robusto, ese hombre fuera tan dependiente de los  
otros como cuando es débil, sus excesos no tendrían lími-  
te: le pegaría a su madre cuando ésta tardara demasiado  
en amamantarlo, estrangularía a uno de sus pequeños  
hermanos cuando le molestara, le mordería la pierna a  
otro cuando éste se tropezara con él o le incomodara: pero  
ser robusto y dependiente son dos suposiciones contradic-  
torias en el estado de naturaleza. El hombre es débil cuan-  
do es dependiente y está emancipado antes de ser robus-  
to. Hobbes no vio que la misma causa que impide a los  
salvajes utilizar su razón, como pretenden nuestros juris-  
consultos, les impide al mismo tiempo abusar de sus facul-  
tades, como lo pretende él mismo; de manera que pode-  
mos decir que los salvajes no son malvados, precisamente  
porque no saben lo que es ser bueno; ya que no es el desa-  
rrollo de los conocimientos ni el freno de la ley, sino la cal-  
ma de las pasiones y la ignorancia del vicio, lo que les im-  
pide actuar mal: Tanto plus in illis proficit vitiorum igno-  
ratio quam in his cognitio virtulis (2). Además, hay otro

1. «En ellos, la ignorancia de los vicios es más provechosa que en  
   otros el conocimiento de la virtud», Justino: Historia Universal, libro  
   II, cap. II.

principio que Hobbes no percibió y que, habiendo sido  
dado al hombre para suavizar en ciertas circunstancias la  
ferocidad de su amor propio o el deseo de conservarse an-  
tes del surgimiento de este amor, modera el ardor que tie-  
ne por su bienestar con una repugnancia innata a ver su-  
frir a su semejante. No creo caer en ninguna contradicción  
si concedo al hombre la única virtud natural que ha tenido  
que reconocer el detractor más extremo de las virtudes  
humanas. Hablo de la compasión, disposición conveniente  
a seres tan débiles y sujetos a tantos males como somos  
nosotros; virtud tanto más universal y tanto más útil al  
hombre cuanto que precede en él al uso de toda reflexión,  
y tan natural que los mismos animales a veces la manifies-  
tan. Sin hablar de la ternura de las madres hacia sus pe-  
queños y de los peligros que afrontan para defenderlos,  
podemos observar todos los días la aversión que tienen los  
caballos de pisar un cuerpo vivo. Un animal no pasa sin  
sentir inquietud cerca de un animal muerto de su misma  
especie: incluso hay algunos que les dan algo así como  
una sepultura; y los tristes mugidos del ganado cuando  
entra en un matadero manifiestan la impresión que recibe  
del horrible espectáculo. Vemos con placer al autor de la  
fábula de las Abejas (3) forzado a reconocer al hombre  
como un ser compasivo y sensible, y abandonar, en el  
ejemplo que da de ello, su estilo frío y sutil para ofrecer-  
nos la patética imagen de un hombre encerrado que ve  
fuera a una bestia feroz que arranca a un niño de los bra-  
zos de su madre, corta sus débiles miembros con sus dien-  
tes asesinos y destroza con las garras sus entrañas palpi-  
tantes. ¡Qué horrible agitación experimenta este testigo de  
un acontecimiento en el que no está en juego ningún inte-

1. Mandeville (1670-1733), en su Fábula de las abejas (1729),  
   sostiene que los vicios humanos (orgullo, amor al lujo, falta de hones-  
   tidad) contribuyen a la prosperidad general. El ser humano, natural-  
   mente agresivo y competitivo, progresa hacia formas menos cruentas  
   que la guerra para expresar el afán de dominio y superioridad: el lujo,  
   el refinamiento, etc. Esto permite el desarrollo económico y el bienes-  
   tar general de la nación. Mandeville es considerado un precursor del  
   liberalismo económico de Adam Smith.

rés personal! ¡Qué angustia sufre al ver que no puede ayu-  
dar a la madre desvanecida ni al niño agonizante!

Tal es la reacción pura de la naturaleza, anterior a  
toda reflexión; tal es la fuerza de la compasión natural que  
incluso las costumbres más depravadas la destruyen con  
dificultad, puesto que vemos todos los días en nuestros es-  
pectáculos enternecerse y llorar con las desdichas de un  
infortunado a alguno que, si estuviera en el lugar del tira-  
no, aumentaría aún más los tormentos de su enemigo; pa-  
recido al sanguinario Sila, tan sensible a los males que no  
había causado, o a ese Alejandro de Feres (4) que no se  
atrevía a asistir a la representación de ninguna tragedia  
por miedo a que le vieran llorar con Andrómaca y Príamo,  
mientras que escuchaba sin emoción los gritos de tantos  
ciudadanos que eran degollados cotidianamente bajo sus  
órdenes.

*Mollissima corda*

*Humano generi daré se natura fatetur,*

*Qae lacrimas dedit.*

Juv., Sat., XV, V. 131. (5)

Mandeville comprendió que, a pesar de toda su moral,  
los hombres sólo habrían sido unos monstruos si la natu-  
raleza no les hubiera dado la compasión en apoyo de la  
razón: pero no vio que de esta sola cualidad se despren-  
den todas las virtudes sociales que quiere negar a los  
hombres. En efecto, ¿qué es la generosidad, la clemencia,  
la humanidad, sino la compasión aplicada a los débiles, a

1. Alejandro de Feres: Tirano de Feres, en Tesalia, célebre por  
   enterrar vivas a sus víctimas o disfrazarlas de osos y azuzar a sus pe-  
   rros de caza contra ellas para que las despedazaran. Fue asesinado  
   por su mujer en 397 A. C. (N. de la T. ).
2. «Tierno corazón

es el don que ha hecho la naturaleza al género humano,  
al darle lágrimas. »

(N. de la T. ).

los culpables o a la especie humana en general? La bene-  
volencia y la amistad misma son, si las examinamos bien,  
producciones de una compasión constante fijada en un ob-  
jeto particular: pues ¿desear que alguien no sufra no es  
acaso desear que sea feliz? Aun cuando fuera verdad que  
la conmiseración sólo consistiera en un sentimiento que  
nos coloca en el lugar del que sufre, sentimiento oscuro y  
vivo en el hombre salvaje, desarrollado pero débil en el  
hombre civilizado, esta idea sólo confirmaría la verdad de  
lo que digo. En efecto, la conmiseración será tanto más  
fuerte cuanto más se identifique el animal espectador con  
el animal sufriente. Ahora bien, es evidente que esta iden-  
tificación ha debido de ser infinitamente más estrecha en  
el estado de naturaleza que en el de razonamiento. La ra-  
zón engendra el amor propio y la reflexión lo fortifica; ella  
repliega al hombre sobre sí mismo; lo separa de todo lo  
que lo molesta y aflige. La Filosofía lo aísla; por ella dice  
en secreto cuando ve sufrir a un hombre: «Muere, si lo de-  
seas, yo estoy a salvo». Sólo los peligros de la sociedad en-  
tera perturban el sueño tranquilo del Filósofo y lo arran-  
can de su lecho. Pueden degollar impunemente a su seme-  
jante bajo su ventana; no tiene más que taparse las orejas  
y argumentar un poco (6) para impedir que la naturaleza  
que se rebela en él lo identifique con el asesinado. El hom-  
bre salvaje no tiene este admirable talento; y, carente de  
sabiduría y de razón, lo vemos siempre librarse aturdida-  
mente al primer sentimiento de humanidad. En las revuel-  
tas, en las disputas callejeras, el populacho se reúne, el  
hombre prudente se aleja; la chusma separará a los que se  
pelean e impedirá que la gente honesta se degüelle mutua-  
mente.

Es, pues, evidente que la compasión es un sentimiento  
natural que, al moderar en cada individuo la actividad del  
amor a sí mismo, contribuye a la conservación mutua de  
toda la especie. Nos lleva sin reflexión a socorrer a los que

1. Alusión a Diderot según el libro VIII de las Confesiones (N. de  
   la T. ).

vemos sufrir; en el estado de naturaleza, ocupa el lugar de  
las leyes, de las costumbres y de la virtud, con la ventaja  
de que nadie está tentado de desobedecer a su dulce voz:  
ella impedirá que todo salvaje robusto quite a un niño dé-  
bil o a un viejo inválido el alimento penosamente conse-  
guido; ella, en vez de esa máxima sublime de justicia razo-  
nada, Haz a los demás lo que quieres que hagan contigo,  
inspira a todos los hombres esta otra máxima de bondad  
natural, mucho menos perfecta pero mucho más útil qui-  
zás que la precedente: Haz lo que te conviene con el me-  
nor mal posible para el otro. En una palabra, en este sen-  
timiento natural, más que en argumentos sutiles, hay que  
buscar la causa de la aversión que todo hombre sentiría a  
hacer el mal, incluso independientemente de las máximas  
de la educación. Aunque corresponda a Sócrates y a los  
espíritus de su estilo adquirir la virtud por la razón, hace  
tiempo que el género humano no existiría si su conserva-  
ción hubiera dependido solamente de los razonamientos  
de los que lo componen. (... )

El primero que después de haber vallado un terreno  
tuvo la idea de decir: «Esto es mío», y encontró gente lo  
bastante simple como para creerle, fue el verdadero fun-  
dador de la sociedad civil. Cuántos crímenes, guerras, ase-  
sinatos, miseria y horror hubiera ahorrado al género hu-  
mano aquel que, arrancando las estacas o llenando el  
foso, hubiera gritado a sus semejantes: «¡No escuchéis a  
este impostor! ¡Estaréis perdidos si olvidáis que los frutos  
son de todos vosotros y que la tierra no es de nadie! » (... )

«DIALOGOS ENTRE UN SALVAJE Y UN  
BACHILLER» (DIALOGOS FILOSOFICOS)

De VOLTAIRE

Primer diálogo

Un gobernador de la Cayena trajo un día a un salvaje  
de Guiana que había nacido con muy buen sentido y que  
hablaba muy bien francés. Un bachiller (7) de París tuvo el  
honor de mantener con él esta conversación.

El bachiller

Señor salvaje, ¿usted ha visto, sin duda, muchos de sus  
compañeros que pasan su vida totalmente solos: ya que  
dicen que ésa es la verdadera vida del hombre y que la so-  
ciedad sólo es una depravación artificial?

El salvaje

Nunca he visto a esa gente: me parece que el hombre  
ha nacido para estar en sociedad, como muchas especies  
animales; cada especie sigue su instinto; en nuestra tierra,  
nosotros vivimos en sociedad.

El bachiller

¡Cómo!, ¡en sociedad! Entonces ¿tenéis hermosas ciu-  
dades amuralladas, reyes que mantienen una corte, espec-  
táculos, conventos, universidades, bibliotecas y tavernas?

El salvaje

No; ¿acaso no he oído decir que en vuestro continente  
tenéis Arabes y Escitas que no tienen nada de todo eso y  
que, sin embargo, forman naciones considerables? Vivi-

1. El título de «bachiller» no correspondía al actual. Bachiller en  
   Teología era quien hubiera realizado dos años de Filosofía y tres de  
   Teología en la Universidad (N. de la T. ).

mos como esa gente. Las familias vecinas se ayudan. Ha-  
bitamos un país cálido en el que tenemos pocas necesida-  
des; conseguimos fácilmente la comida; nos casamos, te-  
nemos hijos, los criamos, nos morimos. Es todo como en  
vuestro país, si exceptuamos algunas ceremonias.

*El bachiller*

Pero, señor, ¿entonces vos no sois salvaje?

*El salvaje*

No sé lo que entendéis por ese nombre.

*El bachiller*

La verdad es que yo tampoco; tengo que pensarlo. Lla-  
mamos salvaje a un hombre de mal humor que huye de la  
compañía de los demás.

*El salvaje*

Ya os he dicho que vivimos juntos en nuestras familias.  
El bachiller

Llamamos también salvajes a los animales que no es-  
tán domesticados y que se esconden en los bosques; por  
eso hemos dado el nombre de salvaje al hombre que vive  
en los bosques.

*El salvaje*

Yo voy al bosque, como vosotros cuando vais a cazar.

*El bachiller*

¿Algunas veces pensáis?

*El salvaje*

No dejamos de tener algunas ideas.

*El bachiller*

Me gustaría saber cuáles son vuestras ideas; ¿qué pen-  
sáis del hombre?

*El salvaje*

Pienso que es un animal con dos pies, que tiene la fa-  
cultad de razonar, de hablar y de reír, y que se sirve de sus  
manos mucho más hábilmente que el mono. He visto mu-  
chas otras especies, blancos como vos, rojos como yo, ne-  
gros como los que están en casa del gobernador de la Ca-  
yena. Vos tenéis barba, nosotros no tenemos: los negros  
tienen lana y nosotros llevamos cabello. Dicen que en  
vuestro Norte todos los cabellos son rubios; en nuestra  
América son todos negros; no sé nada más.

*El bachiller*

Pero ¿vuestra alma, señor, vuestra alma? ¿Qué noción  
tenéis de ella? ¿De dónde viene? ¿Qué es? ¿Qué hace?  
¿Cómo actúa? ¿Dónde va?

*El salvaje*

No tengo ni idea; nunca la he visto.

*El bachiller*

A propósito, ¿creéis que los animales son máquinas?

*El salvaje*

Me parecen máquinas organizadas que tienen memo-  
ria y capacidad de sentir.

*El bachiller*

* vos, y vos, señor salvaje, ¿qué imagináis tener más  
  que los animales?

*El salvaje*

Una memoria infinitamente superior, muchas ideas y,  
como ya os lo he dicho, una lengua que forma incompara-  
blemente muchos más sonidos que la lengua de los anima-  
les, y manos muy hábiles, con la facultad de reír que el  
que discursea me permite ejercer.

*El bachiller*

Y, por favor, ¿cómo tenéis todo eso? ¿De qué naturale-za es vuestro espíritu? ¿Cómo vuestra alma anima vuestro  
cuerpo? ¿Pensáis siempre? ¿Vuestra voluntad es libre?

*El salvaje*

Esas son muchas preguntas. Me preguntáis cómo po-  
seo lo que Dios se ha dignado dar al hombre: es como si  
me preguntarais cómo nací. Es necesario, puesto que soy  
hombre, que tenga las cosas que constituyen al hombre,  
como un árbol tiene corteza, raíces y hojas. Queréis que  
sepa de qué naturaleza es mi espíritu: yo no me lo he  
dado, no puedo saberlo; cómo anima mi alma a mi cuer-  
po: tampoco estoy mejor informado sobre ello. Me parece  
que es necesario haber visto el primer resorte de vuestro  
reloj para juzgar cómo da la hora. Me preguntáis si pienso  
siempre: no; a veces tengo semi-ideas, como cuando veo  
objetos de lejos, confusamente; a veces tengo ideas más  
nítidas, como distingo mejor cuando veo un objeto de más  
cerca; en ocasiones no tengo ninguna idea, como cuando  
cierro los ojos y no veo nada. Después de eso me pregun-  
táis si mi voluntad es libre. No os comprendo: son cosas  
que seguramente vos sabéis, sin duda; me haréis el placer  
de explicármelas.

*El bachiller*

¡Oh!, en realidad sí, estudié todos esos temas; podría  
hablaros de ello un mes seguido sin detenerme y vos no  
entenderíais nada. Decidme, ¿conocéis lo bueno y lo malo,  
lo justo y lo injusto? ¿Sabéis cuál es el mejor de los gobier-  
nos, el mejor culto, el derecho de gentes, el derecho públi-  
co, el derecho civil, el derecho canónico? ¿Cómo se llama-  
ban el primer hombre y la primera mujer que poblaron  
América? ¿Sabéis por qué designio llueve en el mar y por  
qué no tenéis barba?

*El salvaje*

En realidad, señor, abusáis un poco de la confesión que  
os he hecho de que tenía más memoria que los animales:  
me cuesta retener las preguntas que me hacéis. Habláis delo bueno y de lo malo, de lo justo y de lo injusto: me pare-  
ce que todo lo que nos causa placer sin hacer daño a nadie  
es muy bueno y muy justo; que lo que hace daño a los  
hombres sin darnos placer es abominable; y que lo que  
nos da placer causando daño a los demás es bueno para  
nosotros en el momento, muy peligroso para nosotros  
mismos y muy malo para los otros.

*El bachiller*

¿Y con esas máximas vivís en sociedad?

*El salvaje*

Sí, con nuestros parientes y vecinos. Sin demasiadas  
penas ni tristeza, llegamos tranquilamente a un centenar  
de años; muchos incluso viven hasta ciento veinte: des-  
pués de lo cual nuestro cuerpo fertiliza la tierra de la que  
ha sido alimentado.

*El bachiller*

Me parece que tenéis una cabeza muy bien puesta;  
quiero dárosla vuelta. Cenemos juntos: después de lo cual  
continuaremos filosofando con método.

Segundo diálogo

*El salvaje*

He ingerido alimentos que no me parecen hechos para  
mí, aunque tengo muy buen estómago; me habéis hecho  
comer cuando no tenía hambre y beber cuando ya no te-  
nía sed; mis piernas ya no son tan firmes como antes de  
cenar, mi cabeza está más pesada, mis ideas ya no son tan  
claras. Nunca experimenté esta disminución de mí mismo  
en mi país. Aquí, cuanto más se mete en el cuerpo, más se  
pierde la cabeza. Decidme, os lo ruego, ¿cuál es la causa  
de este deterioro?

*El bachiller*

Os lo voy a decir. En primer lugar, con respecto a lo que  
le pasa a vuestras piernas, no tengo ni idea; pero los médi-  
cos lo saben y podéis dirigiros a ellos. Con respecto a lo que  
sucede en vuestra cabeza, lo sé muy bien; escuchad. El  
alma, como no ocupa lugar, está colocada en la glándula pi-  
neal o en el cuerpo calloso, en el medio de la cabeza. Los  
espíritus animales que se elevan del estómago suben al  
alma, a la que no pueden tocar, porque son materia y ella  
no lo es. Ahora bien, como no pueden actuar uno sobre el  
otro, eso hace que el alma reciba su impresión: y, como ella  
es simple, y que en consecuencia no puede experimentar  
ningún cambio, eso hace que ella cambie, que se vuelva pe-  
sada, abotargada, cuando hemos comido demasiado; de ahí  
que muchos grandes hombres duermen después de la cena.

*El salvaje*

Lo que decís me parece muy ingenioso y profundo; ha-  
cedme el favor de darme alguna explicación que esté a mi  
alcance.

*El bachiller*

Os he dicho todo lo que se puede decir sobre este gran  
asunto, pero en consideración vuestra voy a extenderme  
un poco: vayamos por grados; ¿sabéis que este mundo es  
el mejor de los mundos posibles?

*El salvaje*

¡Cómo! ¿Es imposible para el Ser infinito hacer algo  
mejor que lo que vemos?

*El bachiller*

Con toda seguridad, y lo que vemos es lo mejor que hay.  
Es verdad que los hombres se roban y se degüellan entre  
sí; pero siempre haciendo el elogio de la equidad y de la  
dulzura. En otra época, masacraron una docena de millo-  
nes de vosotros, Americanos; pero era para hacer a los  
otros más razonables. Un especialista en cálculos ha verifi-cado que desde una cierta guerra de Troya, que vos no co-  
nocéis, hasta la de Acadia, que conocéis, se ha matado al  
menos, en batallas campales, quinientos cincuenta y cinco  
millones seiscientos cincuenta mil hombres, sin contar los  
niños y las mujeres aplastados en las ciudades convertidas  
en cenizas; pero es para el bien público: cuatro o cinco mil  
enfermedades crueles, a las que los hombres están someti-  
dos, permiten conocer el valor de la salud; y los crímenes  
que cubren la Tierra destacan maravillosamente el mérito  
de los hombres piadosos, entre los cuales me encuentro. Ya  
veis que todo marcha a la perfección, al menos para mí.

Ahora bien, las cosas no podrían ser tan perfectas si el  
alma no estuviera en la glándula pineal. Pues... Pero vaya-  
mos poco a poco: ¿qué idea tenéis de las leyes, y de lo jus-  
to y de lo injusto, y de lo bello, y del to kalón, como dice  
Platón?

*El salvaje*

Pero, señor, para ser que vais poco a poco, me habláis  
de mil cosas a la vez.

*El bachiller*

No se habla de otra manera cuando se conversa. De-  
cidme, ¿quién hace las leyes en vuestro país?

*El salvaje*

El interés público.

*El bachiller*

Esta palabra dice mucho; nosotros no conocemos nin-  
guna más importante: ¿en qué sentido la entendéis vos,  
por favor?

*El salvaje*

Entiendo que los que tenían cocoteros y maíz prohibie-  
ron a los demás que los tocaran y que los que no tenían  
nada fueron obligados a trabajar para tener derecho a co-  
mer algo. Todo lo que he visto en mi país y en el vuestro  
me enseña que no existe otro espíritu de las leyes. (... )

LA MUJER

*Toda la educación de las mujeres debe estar referi-  
da a los hombres. Agradarles, serles útiles, hacerse  
amar y honrar por ellos, criarles de pequeños, cuidar-  
les cuando sean mayores, aconsejarles, consolarles,  
hacerles la vida agradable y dulce: éstos son los debe-  
res de las mujeres de todos los tiempos y lo que ha de  
enseñárseles desde la infancia.*

Rousseau

*Todos los razonamientos de los que sostienen que  
el bello Sexo no es tan noble ni tan excelente como el  
nuestro están fundados en que, dado que los varones  
son los amos, piensan que todo es para ellos. Y estoy  
seguro de que se pensaría lo contrario, incluso con más  
fuerza, es decir, que los hombres sólo existen para las  
mujeres, si ellas tuvieran toda la autoridad, como en el  
Imperio de las Amazonas.*

Poulain de la Barre

**SOBRE LA IGUALDAD DE LOS SEXOS**

De POULAIN DE LA BARRE

**PRIMERA PARTE**

*en la que se demuestra que la opinión vulgar es un prejui-  
cio y que si se compara imparcialmente lo que observamos  
en la conducta de hombres y mujeres, nos vemos obligados  
a reconocer una completa igualdad entre ambos Sexos*

Los hombres están persuadidos de una infinidad de co-  
sas de las que no podrían dar razón; porque su persuasión  
está fundada sólo en apariencias por las que se dejan lle-  
var; y habrían creído con la misma firmeza lo contrario si  
las impresiones de los sentidos o la costumbre les hubie-  
ran determinado de la misma manera.

A excepción de un muy reducido número de sabios,  
todo el mundo mantiene como indiscutible que el Sol se  
mueve alrededor de la Tierra. (... )

Si nos hubieran criado en mitad de los mares sin acer-  
carnos jamás a tierra, habríamos creído, al movernos con  
un barco, que las riberas se alejaban de nosotros, como lo  
creen los niños cuando zarpan las naves. Cada uno estima  
que su país es el mejor porque está más acostumbrado a  
él; cree que la religión que se le inculcó es la verdadera  
que hay que seguir, aunque quizás nunca haya pensado en  
analizarla o compararla con las demás. Apoyamos siem-  
pre más a los compatriotas que a los extranjeros en asun-  
tos en los que incluso el derecho está con ellos. Nos gusta  
más estar con los que comparten nuestras opiniones aun  
cuando sean menos inteligentes y virtuosos. Y la desigual-  
dad de riquezas y condiciones lleva a mucha gente a pen-  
sar que los hombres no son iguales entre sí.

Si investigamos sobre qué están fundadas estas diver-  
sas opiniones, encontraremos que sólo se apoyan en el in-terés o en la costumbre; y que es incomparablemente más  
difícil cambiar en los hombres los puntos de vista basados  
en prejuicios que los adquiridos por razones que les pare-  
cieron más convincentes o sólidas.

Podemos incluir entre los prejuicios el que se tiene vul-  
garmente sobre la diferencia entre los dos Sexos y todo lo  
que depende de ella. No existe ninguno tan antiguo ni tan  
universal. Los sabios y los ignorantes están tan convenci-  
dos de que las mujeres son inferiores a los hombres en ca-  
pacidad y mérito y que deben ser dependientes tal y como  
las vemos que no dejarán de mirar el punto de vista con-  
trario como una paradoja singular.

Sin embargo, para demostrarlo no sería necesario em-  
plear ninguna razón positiva si los hombres fueran más  
justos y menos parciales en sus juicios. Bastaría con ad-  
vertirles que hasta ahora se ha hablado a la ligera sobre  
la diferencia de los Sexos y en perjuicio de las mujeres; y  
que para juzgar correctamente si el nuestro tiene alguna  
preeminencia natural sobre el suyo, es necesario pensar  
seria e imparcialmente, renunciando a lo que se ha creído  
sobre el simple testimonio de otros y sin haberlo exami-  
nado. (... )

Si se pregunta a cada hombre en particular lo que  
piensa de las mujeres en general y lo confiesan sincera-  
mente, dirán sin duda que han sido hechas para nosotros,  
que sólo son aptas para criar a los niños pequeños y para  
ocuparse de la casa. Quizás los más cultos agreguen que  
hay muchas mujeres inteligentes y virtuosas, pero que si  
se examina más de cerca las más prominentes se encon-  
trará siempre en ellas algo propio de su Sexo: que no tie-  
nen firmeza ni determinación, ni la profundidad de inte-  
lecto que creen reconocer en ellos mismos, y que es un  
efecto de la providencia divina y de la sabiduría de los  
hombres el haberles cerrado la entrada a las ciencias, al  
gobierno y a los empleos; que sería gracioso ver a una  
mujer enseñando elocuencia o medicina en una cátedra en  
calidad de Profesora, caminar por las calles seguidas de  
Comisarios y Sargentos para dirigir la policía, arengarante los Jueces en calidad de Abogadas, sentarse en un  
Tribunal para administrar Justicia a la cabeza de un Par-  
lamento, conducir un ejército, librar una batalla y hablar  
ante los gobiernos de las Repúblicas o ante los Príncipes  
como Jefes de Embajada.

Confieso que estas costumbres me sorprenderían, pero  
sólo en razón de su novedad. Si al formar los estados y al  
establecer los diferentes cargos que los componen se hu-  
biera llamado también a las mujeres, estaríamos acostum-  
brados a verlas como ellas están acostumbradas a vernos  
a nosotros. (... )

Si se insiste un poco al interrogar a la gente, se verá  
que sus más sólidas razones se reducen a decir que las co-  
sas han sido siempre como son con respecto a las mujeres  
y que ello es una prueba de que así deben ser; que si ellas  
hubieran sido capaces de ciencias y cargos, los hombres  
las habrían admitido. (... )

(Sin embargo) cuando examinamos con sinceridad los  
asuntos humanos en el pasado y en el presente, encontra-  
mos que todos se parecen en un punto: que la razón siem-  
pre ha sido la más débil y que parece que todas las histo-  
rias han sido hechas para mostrar lo que todos han obser-  
vado en su época: que desde que los hombres existen  
siempre ha prevalecido la fuerza. Los más grandes impe-  
rios de Asia han sido desde sus comienzos obra de usur-  
padores y bandidos; los restos de la monarquía de los  
Griegos y los Romanos fueron recogidos por gente que se  
creyó bastante fuerte para resistir a sus maestros y domi-  
nar a sus iguales. Esta conducta es visible en todas las so-  
ciedades: y si los hombres se comportan así con sus seme-  
jantes, parece fuertemente probable que cada uno lo haya  
hecho primero con la mujer. Veamos cómo sucedió en lí-  
neas generales.

Al observar que eran más robustos y que tenían cierta  
ventaja corporal en su relación con el otro Sexo, se imagi-  
naron que la tenían con respecto a todo. Las consecuen-  
cias de esto no eran muy importantes en el comienzo del  
mundo. Las cosas se encontraban en un estado muy dife-rente al actual, todavía no había gobierno, ni ciencia, ni  
cargos, ni religión establecida. Las ideas de dependencia  
no molestaban para nada. Los imagino como niños, las  
ventajas eran como las de los juegos: los hombres y las  
mujeres eran simples e inocentes, se dedicaban por igual  
al cultivo de la tierra y a la caza como aún ahora hacen los  
salvajes. El hombre iba por su lado y la mujer por el suyo;  
el que más aportaba era el más estimado.

Como las incomodidades y las consecuencias de los  
embarazos disminuían las fuerzas de la mujer durante al-  
gunos intervalos y les impedían trabajar como antes, la  
asistencia de sus maridos se hacía absolutamente necesa-  
ria, todavía más cuando llegaban los hijos. (... )

*(Poulain presenta la hipótesis de un paso de la pareja a  
la familia extensa. Con ella, la dependencia de las muje-  
res se acrecienta, las funciones se diferencian aún más  
por sexos. La rebelión de algunos varones jóvenes que se  
organizan y atacan a las familias ya establecidas crea  
una relación de dominación mucho más fuerte. )*

Mientras que hasta ese momento ellas se habían casa-  
do con gente de su familia que las trataba como herma-  
nas, ahora fueron obligadas a tomar maridos que eran ex-  
tranjeros desconocidos que las consideraban como su bo-  
tín más preciado.

Normalmente, los vencedores desprecian a los que  
consideran más débiles entre los vencidos. Como las muje-  
res parecían más débiles a causa de sus ocupaciones que  
exigían menos fuerza, fueron miradas como inferiores a  
los hombres.

Algunos se contentaron con una primera usurpación,  
pero otros, más ambiciosos, alentados por la victoria, qui-  
sieron llevar más allá sus conquistas. Como las mujeres  
eran demasiado humanas para servirles en sus injustos  
designios, las dejaron en el hogar; y los hombres fueron  
elegidos por ser más aptos a las empresas en las que senecesita fuerza. En aquella época sólo se estimaba algo si  
se pensaba que era útil para los fines propuestos. Como el  
deseo de dominar se había convertido en una de las pasio-  
nes más fuertes y sólo podía ser satisfecho por la violencia  
y la injusticia, no es de extrañar que, puesto que los varo-  
nes eran sus únicos instrumentos, se los haya preferido  
antes que a las mujeres. Ellos servían para conservar las  
conquistas ya realizadas; sólo se atendió a sus consejos  
para establecer la tiranía, ya que sólo ellos podían poner-  
los en práctica. De esta manera, la dulzura y la humani-  
dad de las mujeres fue la causa de que no participaran en  
el gobierno de los Estados. (... )

**Diferencia de los sexos en las maneras**

Ya el aspecto exterior, la expresión del rostro, las mira-  
das, el porte, la compostura, los gestos, tienen en las mu-  
jeres algo reposado, sabio y honesto que las distingue bas-  
tante de los hombres. Observan meticulosamente el deco-  
ro, no es posible ser más moderadas de lo que son. No  
oímos de su boca palabras de doble sentido. Los mínimos  
equívocos hieren sus oídos y no pueden soportar la visión  
de lo que choca al pudor.

El común de los hombres tiene una conducta muy dis-  
tinta. Su marcha es a menudo precipitada, sus gestos ex-  
traños, sus ojos mal orientados; nunca se divierten tanto  
como cuando alimentan su conversación con cosas que  
habría que callar u ocultar.

Si se mantiene una conversación junta o separadamen-  
te con las mujeres y con los que suelen llamarse «sabios»  
en la sociedad, se verá la diferencia que hay entre unos y  
otras. Parecería que lo que los hombres se meten en la ca-  
beza al estudiar sólo sirve para obstruir su intelecto y lle-  
narlo de confusión. Pocos se expresan con claridad y el es-  
fuerzo que tienen que hacer para hablar hace que perda-  
mos el gusto por lo interesante que puedan decir; y a  
menos que sean muy intelectuales y estén con gente comoellos, no pueden mantener conversación durante una  
hora.

Las mujeres, por el contrario, dicen con claridad y or-  
den lo que saben; las palabras no les cuestan, comienzan  
y continúan como les parece y su imaginación las provee  
siempre de manera inagotable cuando están en libertad.  
Tienen el don de plantear sus sentimientos con una dulzu-  
ra y una complacencia que sirven tanto como la razón  
para expresarlos; mientras que los hombres los plantean  
de ordinario de una manera seca y dura.

Si se trae a colación alguna cuestión en presencia de  
mujeres un poco ilustradas, descubren mucho antes el  
punto de vista correcto. La examinan por más facetas; lo  
que se dice de verdadero sobre el asunto tiene más ascen-  
diente sobre su intelecto, y cuando se es un poco hábil y  
os tienen confianza, podéis observar que los prejuicios que  
tienen no son tan acendrados como los de los hombres y  
las ponen menos en guardia contra la verdad propuesta.  
Son ajenas al espíritu de contradicción y de disputa al que  
los sabios están tan sometidos; no discuten por menuden-  
cias sobre los términos ni se sirven de nombres científicos  
y misteriosos destinados a esconder la ignorancia y todo lo  
que ellas dicen es inteligible y sensible.

Tuve el gusto de hablar con mujeres de las diferentes  
condiciones que pude encontrar en la ciudad y en el cam-  
po para descubrir sus puntos débiles y fuertes y encontré,  
en aquellas a las que la necesidad o el trabajo no habían  
embrutecido, un grado más elevado de buen sentido que  
en la mayor parte de las obras más estimadas entre los  
sabios comunes. (... )

El mejor fruto que se puede esperar de las ciencias es  
el discernimiento y la precisión para distinguir lo que es  
verdadero y evidente de lo que es falso y oscuro, y evitar  
así caer en el error y en la equivocación. Tendemos a  
creer que los hombres, al menos los que pasan por sabios,  
tienen esta ventaja sobre las mujeres. Sin embargo, si ha-  
blamos con precisión, encontraremos que es una de las  
cualidades que más les falta. Pues no solamente son oscu-ros y confusos en sus discursos y, a menudo, por esta cua-  
lidad dominan y provocan la adhesión de las personas  
simples y crédulas, sino que incluso rechazan lo que es  
claro y evidente y se burlan de los que hablan de manera  
clara e inteligible por considerarla demasiado fácil y co-  
mún; y son los primeros interesados en algo oscuro que se  
les proponga, por ser más misterioso. Para convencerse  
de ello no hay más que escucharlos con un poco de aten-  
ción y obligarlos a dar explicaciones. (... )

(Poulain pasa ahora a enumerar las capacidades y los co-  
nocimientos que las mujeres han podido desarrollar a pe-  
sar de verse privadas de educación y serles negados to-  
dos los privilegios y funciones de los varones. )

Se diría que las mujeres han nacido para ejercer la Me-  
dicina y para devolver la salud a los enfermos. Su cuidado  
y complacencia alivian los males de la mitad. Y no sólo  
son capaces de aplicar remedios, sino incluso de encon-  
trarlos. Inventan una infinidad de remedios que son lla-  
mados «pequeños» porque cuestan menos que los de Hi-  
pócrates y no se los prescribe con una receta pero son  
tanto más seguros y fáciles cuanto que son naturales. En  
fin, que hacen sus observaciones en la práctica y con tanta  
exactitud y con un razonamiento tan justo que a menudo  
convierten en inútiles todos los textos de la Escuela.

Entre las mujeres del campo, las que se dedican al cul-  
tivo de la tierra conocen admirablemente las extravagan-  
cias de las estaciones; y sus Almanaques son mucho más  
seguros que los que se imprimen según los Astrólogos. Ha-  
blan tan inocentemente sobre la fertilidad y la esterilidad  
de los años por los vientos, las lluvias y por todo lo que  
produce el cambio de tiempo que es imposible escucharlas  
sin sentir compasión por los sabios que relacionan esos  
efectos con los Aspectos, las Cercanías y los Ascendientes  
de los Planetas. Esto me hace pensar que si les hubieran  
enseñado que las alteraciones a las que el cuerpo humanoestá sujeto pueden ocurrirle a causa de su constitución  
particular, por el ejercicio, el clima, la alimentación, la  
educación y por las diferentes circunstancias de la vida, a  
ellas no se les ocurriría nunca relacionar las inclinaciones  
o los cambios con las Influencias de los Astros, que son  
cuerpos alejados de nosotros por muchos millones de le-  
guas. (... )

Todas estas observaciones sobre las cualidades del in-  
telecto pueden hacerse sin esfuerzo con mujeres de condi-  
ción modesta; pero si nos trasladamos a la Corte y par-  
ticipamos en las conversaciones de las Damas, se podrá  
constatar algo muy diferente. Parece que su ingenio es na-  
turalmente proporcional a su condición. Junto con la pre-  
cisión, el discernimiento y la cortesía, tienen un intelecto  
agudo, fino y delicado que manejan con soltura; y un no sé  
qué grande y noble que las caracteriza. (... )

¡Cuántas Damas ha habido y cuántas hay todavía que  
debemos incluir entre los sabios si no se quiere ponerlas  
por encima de ellos! El siglo que vivimos tiene un mayor  
número que todos los anteriores y como han igualado a  
los varones, son más admirables que ellos por razones  
particulares. Han debido sobreponerse a la falta de ener-  
gía con que se educa a su sexo, renunciar a los placeres y  
al ocio a que se las reduce, vencer ciertos obstáculos pú-  
blicos que las alejan de los estudios y colocarse por enci-  
ma de las ideas desfavorables que tiene el vulgo sobre las  
mujeres sabias, además de las que tiene sobre su Sexo en  
general. Han hecho todo esto y, bien porque las dificulta-  
des han avivado su intelecto y lo han hecho más penetran-  
te, bien porque estas cualidades eran naturales en ellas, se  
han convertido, en proporción, en más hábiles que los  
hombres.

No obstante, puede decirse, sin disminuir la admira-  
ción que estas ilustres Damas merecen, que la ocasión y  
los medios exteriores las han colocado en esa condición,  
como a los más sabios de entre nosotros, y que existe una  
infinidad de otras mujeres que habrían hecho lo mismo si  
hubieran tenido ventajas similares. Y como somos bastan-te injustos como para creer que todas las mujeres son in-  
discretas porque conocemos cinco o seis que lo son, debe-  
ríamos ser bastante justos como para considerar que su  
sexo es apto para las ciencias, puesto que vemos cantidad  
de mujeres que han sabido elevarse a ellas.

Comúnmente se piensa que los Turcos, los Bárbaros y  
los Salvajes no son tan capaces como los pueblos de Euro-  
pa. Sin embargo, es evidente que si viéramos aquí cinco o  
seis que tuvieran la capacidad o el título de Doctor, lo cual  
no es imposible, corregiríamos ese juicio y confesaríamos  
que, dado que estos pueblos están compuestos por hom-  
bres como nosotros, son capaces de las mismas cosas y  
que si se los instruyera, no serían inferiores en nada. Las  
mujeres con las que vivimos valen tanto como los Bárba-  
ros y los Salvajes para obligarnos a tener hacia ellas pen-  
samientos que no sean menos favorables ni menos razo-  
nables. (... )

SEGUNDA PARTE

*en la que se muestra por qué los testimonios que se pue-  
den presentar contra la convicción de la igualdad de los  
Sexos extraídos de Poetas, Oradores, Historiadores, Juris-  
consultos y Filósofos son todos vanos e inútiles*

Lo que confirma al vulgo en las ideas que tiene sobre  
las mujeres es que se ve apoyado por la convicción de los  
sabios. Así, puesto que la voz pública de los que dominan  
por la creencia concuerda, para desventaja de las mujeres,  
con ciertas apariencias generales, no hay que sorprender-  
se de verlas tan mal en la mente de las personas simples y  
sin conocimientos. Sucede con esto como con infinidad de  
otras cosas: un prejuicio es fortalecido por otro.

Como la idea de la verdad está naturalmente asociada  
a la del saber, no deja de tomarse por verdadero lo que  
proponen los que tienen la reputación de ser sabios; ycomo el número de los que sólo lo son de nombre es mu-  
cho más grande que el de quienes lo son en realidad, el  
común de los hombres, que tiene en cuenta sólo el título,  
se coloca del lado de los primeros y acepta con tanto más  
gusto sus opiniones cuanto que concuerdan con las que ya  
posee.

Por eso, al ver que los Poetas, los Oradores, los Histo-  
riadores y los Filósofos declaran también que las mujeres  
son inferiores a los hombres, menos nobles y menos per-  
fectas, se persuaden aún más porque ignoran que su sa-  
ber consiste en el mismo prejuicio que el suyo sólo que  
más amplio y distinguido; y que no hacen sino agregar a  
la impresión de la costumbre la opinión de los Antiguos en  
cuya autoridad se funda toda su certidumbre. Con respec-  
to al Sexo (1), veo que los que tienen estudios y los que no  
los tienen caen en parecido error: juzgar que lo que dicen  
de él aquellos que merecen su estima es verdadero porque  
ya están convencidos de que hablan bien; en lugar de sólo  
creer que hablan bien después de haber reconocido que  
sólo dicen la verdad.

Dado que los Poetas y los Oradores únicamente tienen  
por objetivo agradar y persuadir, les basta con la verosi-  
militud con respecto al común de los hombres. Así, como  
la exageración y la hipérbole son muy apropiadas para  
este designio, al exagerar las ideas según lo necesiten,  
muestran el bien y el mal pequeño o grande según les  
plazca. Y por una estratagema muy común, atribuyen a  
todas las mujeres en general lo que sólo han visto en algu-  
nas en particular. Les basta con haber conocido algunas  
hipócritas para hacerles declarar que todo su sexo tiene  
ese defecto. Los oropeles de sus discursos contribuyen  
maravillosamente a convencer a los que no se encuentran  
sobre aviso. Hablan con facilidad y con gracia y emplean  
ciertas formas poco comunes que por su belleza y atracti-  
vo deslumbran el intelecto y le impiden discernir la ver-

(1) «El Sexo» (le Sexe) era una expresión equivalente a «el sexo fe-  
menino» (N. de la T. ).

dad. Contra las mujeres vemos multitud de obras bastante  
sólidas en apariencia: y nos dejamos convencer por ellas,  
porque no sabemos que lo que hace su fuerza y su verdad  
son las figuras de la elocuencia, las Metáforas, los Prover-  
bios, las Descripciones, las Similitudes, los Emblemas, y  
como, normalmente, hay mucho ingenio y habilidad en  
este tipo de obras, nos creemos que también tienen el mis-  
mo grado de verdad. (... )

Todos los razonamientos de los que sostienen que el  
bello Sexo no es tan noble ni tan excelente como el nues-  
tro están fundados en que, dado que los varones son los  
amos, piensan que todo es para ellos. Y estoy seguro de  
que se pensaría lo contrario, incluso con más fuerza, es  
decir, que los hombres sólo existen para las mujeres, si  
ellas tuvieran toda la autoridad, como en el Imperio de las  
Amazonas.

Es verdad que aquí sólo tienen las tareas consideradas  
más bajas. Y también es verdad que, según la religión y la  
razón, no son menos estimables. Sólo es bajo el vicio y  
sólo es grande la virtud. Dado que las mujeres muestran  
más virtud que los hombres en sus pequeñas ocupaciones,  
merecen ser más estimadas. Incluso, no sé si observando  
simplemente su tarea ordinaria, que es la de alimentar y  
criar a los hombres en su infancia, no son más dignas del  
primer rango de la sociedad civil. (... )

**Contra los testimonios de la Historia**

Lo que dicen los Historiadores en perjuicio de las mu-  
jeres impresiona más al intelecto que el discurso de los  
Oradores. Como parece que (los historiadores) no inventan  
nada, su testimonio es menos sospechoso; además de que  
coincide con aquello de lo que se está ya persuadido al  
contar que las mujeres eran en otra época lo que se cree  
que son actualmente. Pero esta autoridad que tienen sobre  
las mentes sólo es efecto de un prejuicio bastante común  
con respecto a la Antigüedad, a la que se representa bajola imagen de un venerable viejo que, por su gran sabidu-  
ría y experiencia, no se puede equivocar ni decir nada que  
no sea la verdad.

Sin embargo, los Antiguos eran hombres como noso-  
tros y no estaban libres de error; y no debemos rendirnos  
ante sus opiniones más de lo que lo habrían hecho en su  
tiempo. En otras épocas se consideraba a las mujeres  
como se hace hoy y con la misma falta de razón. Así, todo  
lo que los hombres dicen de ellas debe ser considerado  
como sospechoso porque ellos son Jueces y parte. Y cuan-  
do alguien invoca contra ellas la opinión de mil Autores,  
esta historia no debe ser considerada sino como una tra-  
dición de prejuicios y errores. Poseen tan poca fidelidad y  
exactitud las historias antiguas como las narraciones fa-  
miliares que por lo general suele reconocerse apenas tie-  
nen esas dos cualidades. Los que las escribieron mezcla-  
ron sus pasiones e intereses; y como la mayor parte sólo  
tenía ideas bastante confusas del vicio y la virtud, a me-  
nudo tomaron uno por la otra; los que las leen con la pre-  
ocupación ordinaria no dejan de caer en el mismo defec-  
to. Por el prejuicio que tenían, se esforzaron en exagerar  
las virtudes y las ventajas de su Sexo y en rebajar y debili-  
tar el mérito de las mujeres por un interés contrario. Esto  
es tan fácil de reconocer que no hace falta aportar ejem-  
plos. (... )

**Contra los Filósofos**

Renunciaremos sin mucho esfuerzo a la opinión de los  
sabios de los que acabo de hablar porque podemos reco-  
nocer fácilmente que su profesión no les exige informarse  
tan exactamente de lo que las cosas son en sí mismas;  
que la apariencia y la verosimilitud bastan a los Poetas y  
a los Oradores, el testimonio de la Antigüedad a los Histo-  
riadores y la Costumbre a los Jurisconsultos para llegar a  
sus objetivos; pero en lo que respecta a la opinión de los  
Filósofos, no la abandonaremos tan fácilmente porqueparece que ellos están por encima de las consideraciones  
precedentes, como en efecto deben estarlo, y porque se  
supone que examinan las cosas de más cerca; lo cual les  
asegura la credibilidad común y hace tener por indudable  
lo que proponen, sobre todo cuando no ataca las opinio-  
nes propias.

Así, el vulgo se confirma en la opinión que tiene de la  
desigualdad de los Sexos porque ve que la comparten  
aquellos cuyos juicios mira como modelo de los suyos, sin  
saber que casi todos los Filósofos tienen en este tema la  
misma regla que él y que en esta materia no se pronun-  
cian por conocimiento. Han llevado sus prejuicios a las  
Escuelas y en éstas no han aprendido nada que les sirva  
para despojarse de ellos. Por el contrario, todo su saber  
está fundado en los juicios que hicieron desde la cuna; y  
entre ellos es un crimen o un error poner en duda lo que  
se creyó antes de la edad de razón. (... ) No se les dice una  
palabra sobre los Sexos, se supone que ya los conocen  
bastante; no examinan su capacidad y su diferencia ver-  
dadera y natural, lo cual es un tema de los más interesan-  
tes, y quizás también de los más importantes en Física y  
Moral. Pasan años enteros, y algunos toda su vida con ni-  
miedades, con Entes de razón, rumiando si hay espacios  
imaginarios más allá del mundo, y si los átomos y el pol-  
villo que aparece en los rayos del Sol son divisibles hasta  
el infinito. ¿Cómo podemos fiarnos de lo que dicen sabios  
de este tipo cuando se trata de cosas serias e importan-  
tes? (... )

**Las mujeres, consideradas según los principios**

**de la sana Filosofía, son tan capaces como los hombres**

**de todo tipo de conocimientos**

**El intelecto no tiene sexo.**

Es fácil observar que la diferencia de los sexos sólo es  
corporal y se limita a esa parte que sirve para la reproduc-

ción de los hombres. Como el intelecto sólo presta su con-  
sentimiento y lo hace siempre de la misma manera, se  
puede concluir que no tiene sexo.

Si lo consideramos en sí mismo, encontramos que es  
igual y de la misma naturaleza en todos los hombres y ca-  
paz de todo tipo de pensamientos. (... )

**El intelecto percibe las cosas de la misma manera  
en ambos sexos**

Esto se ve aún más claramente si consideramos la ca-  
beza, que es el único órgano de las ciencias y donde el In-  
telecto realiza todas sus funciones. La Anatomía más exac-  
ta no nos deja ver ninguna diferencia en esta parte entre  
hombres y mujeres; el cerebro de éstas es totalmente pa-  
recido al nuestro, las impresiones de los sentidos se reci-  
ben y se reúnen de la misma manera y no se conservan de  
una manera diferente por medio de la imaginación y la  
memoria. Las mujeres oyen como nosotros, por los oídos,  
ven por los ojos y degustan con la lengua; no hay nada  
particular en la disposición de esos órganos salvo que, co-  
múnmente, los suyos son más delicados, lo cual es una  
ventaja. (... )

**(La opinión de los filósofos)**

Como la mayor parte de los Antiguos y de los Moder-  
nos basaron su Filosofía en prejuicios populares y perma-  
necieron en la ignorancia, no es de extrañar que hayan  
conocido tan mal a los demás. Dejando de lado los Anti-  
guos, podemos decir que los Modernos, por la manera en  
que se les enseña, haciéndoseles creer falsamente que no  
pueden ser más hábiles que los que les precedieron, son  
esclavos de la Antigüedad, lo cual les lleva a aceptar ciega-  
mente lo que encuentran en ella como verdades eternas.

* como todo lo que dicen contra las mujeres está fundadoprincipalmente en lo que leyeron en los Antiguos, no está  
  de más recordar aquí algunos de los más curiosos pensa-  
  mientos sobre este tema que nos han dejado estos ilustres  
  muertos de los que hoy se venera por igual las cenizas y la  
  podredumbre.

Platón, padre de la Filosofía antigua, agradecía a los  
Dioses tres gracias que le habían hecho, pero particular-  
mente que hubiera nacido hombre y no mujer. Si este Filó-  
sofo pudiera ver la condición presente de las mujeres, yo  
estaría de acuerdo con él. Pero lo que me hace pensar que  
tenía en mente otra cosa es la duda que muestra a menu-  
do con respecto a si había que incluir a las mujeres en la  
categoría de los animales. Esto sería suficiente para que la  
gente razonable lo condenara por ignorancia o tontería y  
para terminar de quitarle el título de Divino, que sólo con-  
serva entre los pedantes.

Su discípulo Aristóteles, a quien todavía hoy se da en  
las Escuelas el nombre glorioso de Genio de la naturaleza  
basándose en el prejuicio de que conoció a ésta mejor que  
ningún otro Filósofo, pretende que las mujeres sólo son  
Monstruos. ¿Quién no lo creería si lo dice un personaje  
tan célebre? Decir que es una impertinencia sería ir dema-  
siado abiertamente en contra de sus fundamentos. Si cual-  
quier mujer sabia hubiera escrito semejantes cosas de los  
hombres, habría perdido toda credibilidad y se considera-  
ría suficiente para refutar tamaña tontería con decir que  
lo había dicho una mujer o una loca. Sin embargo, tendría  
tanta razón como este Filósofo. Las mujeres son tan anti-  
guas como los hombres; se las ve en gran número y nadie  
se sorprende al encontrar alguna en su camino. Para ser  
Monstruo, según las mismas teorías de este hombre, hay  
que tener algo extraordinario, sorprendente. Las mujeres  
no tiene nada de eso. Siempre han sido como son, bellas e  
ingeniosas. Si no son como Aristóteles, pueden decir tam-  
bién que Aristóteles no es como ellas.

Los discípulos de este Autor, que vivían en tiempos de  
Filón, crearon una teoría no menos grotesca con respecto  
a las mujeres; según cuenta este Historiador, creyeron quelas mujeres eran hombres o machos imperfectos. Sin  
duda, porque no tienen barba en el mentón; si no, no lo  
entiendo. Los dos Sexos, para ser perfectos, deben ser  
como los vemos. Si uno fuera parecido al otro, no sería  
ninguno de los dos. Si los hombres son los padres de las  
mujeres, las mujeres son las madres de los hombres, lo  
que las hace al menos iguales; y tendríamos tanta razón  
como esos Filósofos si dijéramos que los hombres son mu-  
jeres imperfectas. (... )

**Sobre el temperamento**

Hay Médicos que han hablado mucho del Tempera-  
mento de los Sexos en detrimento de las mujeres e hicie-  
ron infinitos discursos para mostrar que su Sexo debe te-  
ner un temperamento totalmente diferente al nuestro que  
las hace inferiores en todo. Pero sus razones no son sino  
conjeturas superficiales que surgen en la mente de los que  
sólo juzgan las cosas por prejuicios y sobre simples apa-  
riencias.

Al ver a los dos Sexos más diferenciados en lo que con-  
cierne a las funciones Civiles que a las que les son particu-  
lares, se imaginaron que debía ser así; y al no discernir  
con suficiente exactitud lo que proviene de la costumbre y  
de la educación y lo que proviene de la naturaleza, atribu-  
yeron a la misma causa todo lo que veían en la sociedad,  
figurándose que Dios al crear al hombre y a la mujer los  
había dispuesto de tal manera que se produjera la distin-  
ción que observamos entre ellos.

Esto es llevar demasiado lejos la diferencia de los Se-  
xos. Debemos restringirla al designio de Dios de formar  
hombres por la unión de dos personas y sólo admitir las  
diferencias necesarias a este efecto. Así, vemos que los  
hombres y las mujeres son similares en casi todo lo que  
concierne a la constitución interna y externa del cuerpo y  
que las funciones naturales, de las que depende nuestra  
conservación, se producen en ellos de la misma manera.

Para que den nacimiento a un tercero, basta con que haya  
en uno ciertos órganos que no existen en el otro. Para ello  
no es necesario, como se imaginan algunos, que las muje-  
res tengan menos fuerza o vigor que los hombres. Y como  
no hay como la experiencia para juzgar correctamente so-  
bre esta distinción, ¿acaso no hay todo tipo de mujeres  
como todo tipo de hombres?; hay fuertes y débiles en las  
dos partes; los hombres criados en el ocio a menudo son  
peores que las mujeres y ceden antes frente al peso del  
trabajo; pero cuando estos hombres se acostumbran a él  
por necesidad o por otra razón, se convierten en iguales o  
a veces superiores a los otros.

Lo mismo pasa con las mujeres. Las que realizan ejer-  
cicios penosos son más robustas que las Damas que sólo  
manejan una aguja. Lo cual puede hacernos pensar que si  
se ejercitaran por igual ambos Sexos, quizás uno adquirie-  
ra tanto vigor como el otro; esto se ha visto en otras épo-  
cas en una República en que la Lucha y los ejercicios eran  
comunes; lo mismo se cuenta de las Amazonas del Sur de  
América.

Por lo tanto, no debe otorgarse crédito alguno a ciertas  
expresiones ordinarias extraídas del estado presente de  
los Sexos. Cuando se quiere insultar a un hombre con bur-  
las, diciéndole que tiene poco coraje, resolución o firmeza,  
se lo llama afeminado, como si se quisiera decir que es tan  
cobarde y falto de energía como una mujer. Por el contra-  
rio, para alabar a una mujer fuera de lo común por su co-  
raje, su fuerza o su intelecto, se dice que es un hombre.  
Estas expresiones tan ventajosas para los hombres contri-  
buyen no poco a mantener la idea que se tiene de ellos; al  
no saber que sólo son verosímiles y que su verdad supone  
indiferentemente la naturaleza o la costumbre y que, de  
esta manera, son puramente contingentes y arbitrarias.  
Como la virtud, la dulzura y la honestidad son característi-  
cas de las mujeres, si su Sexo no hubiera estado tan poco  
considerado, cuando se hubiera querido expresar con elo-  
gio que un hombre tiene estas cualidades en un grado  
eminente, se habría dicho «es una mujer», si les hubieraagradado a los hombres establecer esta costumbre en el  
habla.

Sea como sea, no es la fuerza del cuerpo lo que distin-  
gue a los hombres; de otra manera, los animales tendrían  
ventaja sobre ellos, y entre nosotros los que fueran más  
robustos. No obstante, se reconoce por experiencia que los  
que tienen mucha fuerza son aptos casi exclusivamente  
para tareas materiales y que, por el contrario, los que me-  
nos fuerza tienen, normalmente tienen más inteligencia.  
Los Filósofos más hábiles y los Príncipes más grandes han  
sido bastante delicados. Los mejores Capitanes quizás no  
habrían querido luchar contra el último de sus soldados.  
Id al Parlamento y veréis si los Jueces más importantes  
igualan en fuerza al último de sus Ujieres.

En consecuencia, es inútil apoyarse tanto en la consti-  
tución del cuerpo para explicar la diferencia que se ve en-  
tre los dos Sexos en relación con la mente.

El temperamento no consiste en un punto indivisible.  
Como no se puede encontrar dos personas en las que sea  
totalmente similar, no se puede tampoco determinar preci-  
samente en qué difieren. Hay muchos tipos de biliosos, de  
sanguíneos y de melancólicos y todas estas diversidades  
no impiden que, a menudo, sean tan capaces unos como  
otros y que no haya hombres excelentes de todo tipo de  
temperamento. Incluso suponiendo que el de los Sexos sea  
tan diferente como se pretende, hay todavía más diferen-  
cia entre varios hombres a los que, sin embargo, se cree  
capaces de las mismas cosas. Al ser tan difícil de estimar  
el más y el menos, sólo la mala fe puede tomarlo en consi-  
deración. (... )

**Que la diferencia que se observa entre hombres**y **mujeres en lo que respecta a las costumbres  
proviene de la Educación que se les da**

Es muy importante señalar que las disposiciones que  
traemos al nacer no son ni buenas ni malas; sólo de estamanera puede evitarse un error muy común que consis-  
te en achacar a la naturaleza lo que proviene de la cos-  
tumbre.

Nos rompemos la cabeza buscando la causa de nues-  
tros defectos y maneras particulares por no observar lo  
que pueden hacer en nosotros el hábito, el ejercicio, la  
educación y la condición exterior, es decir, la relación de  
Sexo, edad, fortuna y ocupación en que nos encontramos  
en la sociedad. Puesto que estos diferentes aspectos diver-  
sifican en una infinidad de maneras los pensamientos y  
las pasiones, disponen también las mentes a mirar de ma-  
nera muy diferente las verdades que se les presentan. Por  
eso, una misma máxima propuesta al mismo tiempo a  
Burgueses, Soldados, Jueces y Príncipes les impresiona y  
hace actuar de forma tan diferente. Como los hombres  
casi se ocupan sólo de lo exterior, lo miran como la medi-  
da y la regla de sus opiniones; de ahí que unos dejen pa-  
sar por inútil lo que a otros interesa sobremanera, que la  
gente de armas se moleste por lo que agrada a la gente de  
toga; y que personas del mismo temperamento interpreten  
en sentido opuesto ciertas cosas que son comprendidas de  
la misma manera por gente de constitución diferente pero  
que tienen la misma fortuna o la misma educación.

No afirmamos que todos los hombres traigan al mundo  
la misma constitución corporal. Sería una pretensión mal  
fundada: hay vivaces y lentos; pero no parece que esta di-  
versidad impida de ninguna manera que las mentes reci-  
ban la misma instrucción. Lo único que pasa es que unos  
la reciben más rápido y más felizmente que los otros. Así,  
cualquiera sea el temperamento que tengan las mujeres,  
no son por ello menos aptas que nosotros para la verdad y  
el estudio. Y si se encuentra actualmente cierto defecto en  
algunas o cierto obstáculo o incluso que todas no se inte-  
resan por las cosas serias como los hombres, algo que la  
experiencia contradice, esto debe atribuirse únicamente  
a la condición exterior de su Sexo y a la educación que se  
les da, a la ignorancia en que se las deja, a los prejuicios  
y a los errores que se les inspira, al ejemplo que tienende las demás y a las maneras, al decoro, a la coacción, a  
la discreción, a la sujeción y a la timidez a que se les re-  
duce.

*(A continuación, Poulain pasa a enumerar los defectos  
que se atribuyen comúnmente a las mujeres: malicia, su-  
perstición, credulidad, avaricia, inconstancia, etc. Mues-  
tra que ambos sexos los tienen pero que, en algunos ca-  
sos, debido a la particular situación social de las mujeres,  
son más perceptibles en ellas. En otros, la medida del jui-  
cio crítico común es desfavorable para las mujeres: lo que  
es una ventaja aparece como un defecto y la misma con-  
ducta es apreciada en los hombres y condenada en las  
mujeres. )*

Se dice que son tímidas e incapaces de defenderse, que  
su propia sombra les da miedo, que el grito de un niño las  
alarma y el ruido del viento las hace temblar. Esto no es  
así en todos los casos. Hay tantas mujeres audaces como  
hombres y sabemos que los más tímidos a menudo hacen  
de necesidad virtud. La timidez es casi inseparable de la  
virtud y todas las gentes de bien son tímidas. Como no  
quieren hacer mal a nadie y no desconocen cuánta mal-  
dad hay entre los hombres, hace falta poco para inspirar-  
les temor. Es una pasión natural de la que nadie está  
exento. Todo el mundo teme la muerte y los sufrimientos  
de la vida. Los Príncipes más poderosos temen la rebelión  
de sus súbditos y la invasión de sus enemigos; los más va-  
lientes capitanes tienen miedo de ser sorprendidos.

El temor está en proporción con las fuerzas que se cree  
tener para resistir. Sólo es condenable en quienes son bas-  
tante fuertes como para rechazar el mal que les amenaza;  
sería tan irracional acusar de cobardía por rechazar batir-  
se en duelo a un Juez o a un hombre de letras que sólo se  
hubiera dedicado al estudio que acusar a un soldado que  
siempre hubiera estado en el ejército por no querer enta-  
blar una disputa contra un sabio Filósofo.

Se educa a las mujeres de manera que se ven obliga-  
das a tener miedo de todo: carecen de conocimientos para  
evitar ser sorprendidas en los asuntos intelectuales, no to-  
man parte en los ejercicios que dan destreza y fuerza para  
el ataque y la defensa. Están expuestas a sufrir impune-  
mente los ultrajes de un Sexo tan sujeto a la furia, que las  
mira con desprecio, y que trata a menudo a sus semejan-  
tes con más crueldad y rabia que los lobos entre sí.

Por eso, en las mujeres, la timidez no debe ser consi-  
derada un defecto, sino una pasión razonable a la que de-  
ben el pudor que les es tan particular y las dos mayores  
ventajas de la vida que son la inclinación a la virtud y el  
alejamiento del vicio, ventajas que los hombres no pueden  
adquirir, con toda la educación y los conocimientos que se  
les da. (... )

Hay gente que cree mortificar a las mujeres diciéndoles  
que son todas unas Charlatanas. Ellas se enfadan con ra-  
zón por un reproche tan impertinente. Su cuerpo se en-  
cuentra tan felizmente dispuesto por el temperamento que  
les es propio que conservan claramente las impresiones de  
los objetos que les han afectado. Se los representan sin es-  
fuerzo y se expresan con admirable facilidad; como sus  
ideas se despiertan a la mínima ocasión, comienzan y con-  
tinúan la conversación como les place. Dado que la agude-  
za de su intelecto les permite percibir fácilmente las rela-  
ciones de las cosas, pasan sin esfuerzo de un tema al otro  
y pueden, así, hablar largo tiempo sin dejar morir la con-  
versación.

La ventaja de la palabra está, naturalmente, acompa-  
ñada de un gran deseo de servirse de ella en cuanto se  
presenta la ocasión. Es el único lazo de los hombres en la  
sociedad y algunos consideran que no hay mayor placer,  
ni más digno del intelecto, que comunicar sus pensamien-  
tos a los demás. Dado que las mujeres pueden hablar con  
facilidad y son criadas con sus semejantes, sería criticable  
que dejasen de conversar. Sólo deben ser consideradas  
charlatanas si hablan de manera inoportuna de cosas de  
las que no entienden y sin deseos de instruirse.

No hay que pensar que sólo se charla cuando se habla  
de ropa y de Modas. La cháchara de los Novelistas es a  
menudo más ridicula. Y esa cantidad de palabras amonto-  
nadas unas sobre las otras y que no significan nada, en la  
mayor parte de las obras, son un cacareo mucho más ton-  
to que el de nuestras mujercitas. Al menos, se puede decir  
que los discursos de ellas son reales e inteligibles y que no  
son tan soberbias como para creerse, como la mayor parte  
de los sabios, que son más hábiles que sus vecinas porque  
dicen más palabras sin sentido. Si los hombres tuvieran  
tanta labia, sería imposible hacerles callar. Cada uno ha-  
bla de lo que sabe: los Comerciantes de sus negocios, los  
Filósofos de sus estudios y las mujeres de lo que han podi-  
do aprender; y ellas pueden decir que hablarían mejor y  
más seriamente que nosotros si se hubiera gastado el mis-  
mo esfuerzo en instruirlas. (... )

Entre todos los defectos que se achaca a las mujeres, el  
sentimiento inconstante e infiel es el que produce más  
descontentos. Sin embargo, los hombres no están menos  
sujetos a él. Pero como se creen los Amos, se figuran que  
todo les está permitido y que como, una vez, una mujer se  
había encariñado con ellos, el lazo debe ser indisoluble  
sólo por su parte, aunque ambos sean iguales y libres. (... )

EL ESCLAVO

*Juega con las palabras, o más bien se burla quien  
escribe, como lo ha hecho uno de nuestros autores mo-  
dernos, que es una pequeñez de espíritu pensar que la  
humanidad se degrada teniendo esclavos porque la li-  
bertad que cree gozar cada europeo no es otra cosa que  
poder romper la cadena para darse un nuevo amo;  
como si la cadena de un europeo fuese la misma que la  
de un esclavo de nuestras colonias: se ve bien que este  
autor jamás ha sido reducido a la esclavitud*

Caballero de Jaucourt

CANDIDO

De Voltaire

Capítulo XIX

(... ) —Veo a lo lejos una ciudad que sospecho es Suri-  
nam, perteneciente a los Holandeses. Hemos llegado al fi-  
nal de nuestras penas y al comienzo de nuestra felicidad.

Al aproximarse a la ciudad, encontraron un negro tira-  
do en la tierra, vestido sólo con la mitad de sus ropas, es  
decir, un calzón de tela azul; a este pobre hombre le falta-  
ba la pierna izquierda y la mano derecha. «¡Eh! ¡Dios mío!,  
le dijo Cándido en holandés, ¿qué haces ahí, amigo mío,  
en el horrible estado en que te veo? —Espero a mi amo, el  
señor Vanderdendur, el famoso tratante, respondió el ne-  
gro. —¿El señor Vanderdendur te ha tratado así? —Sí, se-  
ñor, dijo el negro, es la costumbre. Nos dan un calzón de  
tela por todo vestido dos veces al año. Cuando trabajamos  
en los ingenios de azúcar y la muela nos atrapa el dedo,  
nos cortan la mano; cuando queremos huir, nos cortan la  
pierna: yo me encontré en ambos casos. A ese precio to-  
máis azúcar en Europa. Sin embargo, cuando mi madre  
me vendió por diez escudos patagones en la costa de Gui-  
nea, me decía: “Querido hijo, bendice nuestros fetiches,  
adóralos siempre, te harán vivir feliz; tienes el honor de  
ser esclavo de nuestros señores los blancos, y de esta ma-  
nera haces la fortuna de tu padre y de tu madre. ” ¡Desgra-  
ciadamente, no sé si hice su fortuna pero ellos no hicieron  
la mía! Los perros, los monos y los loros son mil veces me-  
nos desdichados que nosotros; los brujos holandeses que  
me convirtieron me dicen todas las mañanas que somos  
todos hijos de Adam. blancos y negros. No soy genealogis-  
ta; pero si esos predicadores dicen la verdad, somos todos  
primos segundos. Ahora bien, me confesaréis que no se  
puede tratar de una manera más horrible a los parientes.

»—¡Oh, Pangloss! (1), exclamó Cándido, no habías  
imaginado esta abominación; se acabó, finalmente ten-  
drás que renunciar a tu optimismo. —¿Qué es el optimis-  
mo?, decía Cacambó. —¡Por desgracia!, dijo Cándido, es  
la manía de sostener que todo está bien cuando está mal;  
y derramaba lágrimas mirando al negro; y llorando, entró  
en Surinam. » (... )

(1) En el cuento filosófico Cándido o el optimismo, Voltaire hace  
una sátira al optimismo de Leibniz, que llevaba a sostener que incluso  
aquello que nos parece un mal tiene su «razón suficiente» en los de-  
signios de la Providencia. El profesor de Filosofía de Cándido, Pan-  
gloss, es la imagen caricatural de Leibniz (N. de la T. ).

EL ESPIRITU DE LAS LEYES

De Montesquieu

Libro XV, cap. III

También me gustaría decir que el derecho a la esclavi-  
tud proviene del desprecio que una nación concibe por  
otra, desprecio fundado en la diferencia de las costum-  
bres.

López de Gomara (2) dice «que los Españoles encontra-  
ron, cerca de Santa Marta, cestos en los que los habitantes  
guardaban provisiones: eran cangrejos, caracoles, ciga-  
rras, saltamontes. Los vencedores vieron en esto un cri-  
men de los vencidos». El autor confiesa que sobre ello se  
fundó el derecho que convertía a los Americanos en escla-  
vos de los Españoles; además de que fumaban tabaco y de  
que no se dejaban la barba a la española.

Los conocimientos dulcifican a los hombres; la razón  
los conduce a ser humanos: sólo los prejuicios pueden ha-  
cerlos renunciar a ello.

Libro XV, Cap. IV

También me gustaría decir que la religión da a quienes  
la profesan el derecho de reducir a la servidumbre a los  
que no la profesan, para trabajar más fácilmente en su  
propagación.

Esta fue la manera de pensar que impulsó a los des-  
tructores de América en sus crímenes (3). Sobre esta idea  
fundaron el derecho de hacer esclavos a tantos pueblos;

1. Biblioth. ang., t. XIII, part. II, art. 3.
2. Ver la Historia de la conquista de México, de Solís, y la Historia  
   de la conquista del Perú, de Garcilaso de la Vega.

ya que estos bandidos, que querían absolutamente ser  
bandidos y cristianos, eran muy devotos.

Luis XIII se afligió mucho con la ley que convertía en  
esclavos a los negros de sus colonias, pero cuando le me-  
tieron en la cabeza que era la manera más segura de con-  
vertirlos, la consintió.

Libro XV, cap. V

Si tuviera que fundamentar el derecho que hemos te-  
nido de convertir en esclavos a los negros, esto es lo que  
diría:

Puesto que los pueblos de Europa habían exterminado  
a los de América, tuvieron que someter a esclavitud a los  
de Africa y servirse de ellos para roturar tanta tierra.

El azúcar sería muy cara, si no fueran esclavos los que  
trabajaran la planta que la produce.

Son negros de los pies a la cabeza, tienen la nariz tan  
aplastada que casi es imposible tener pena de ellos.

No podemos creer que Dios, que es un ser muy sabio (4),  
haya puesto un alma, y sobre todo un alma buena, en un  
cuerpo completamente negro.

Es tan natural pensar que es el color lo que constituye  
la esencia de la humanidad que los pueblos de Asia, que  
hacen eunucos, privan siempre a los negros de la relación  
que tienen con nosotros de una manera más notoria.

Podemos juzgar sobre el color de la piel por la del pelo,  
que, entre los Egipcios, los mejores filósofos del mundo,  
tenía consecuencias tan importantes que mataban a todos  
los pelirrojos que caían en sus manos.

Una prueba de que los negros carecen de sentido co-  
mún es que aprecian más un collar de vidrio que el oro, el  
cual, en las naciones civilizadas, es tan importante.

1. El Padre Labat, *Nouveau voyage aux îles de l’Amérique (Nuevo  
   viaje a las islas de América),* t. IV, p. 114, anno 1722, in-12.

Es imposible que supongamos que esa gente sea hu-  
mana; porque si lo supusiéramos, comenzaríamos a creer  
que nosotros mismos no somos cristianos.

Espíritus mezquinos exageran demasiado la injusticia  
que se hace a los Africanos. Ya que, si fuera como ellos di-  
cen, ¿no se les habría ocurrido a los príncipes de Europa,  
que hacen entre ellos tantas convenciones inútiles, hacer  
una general en favor de la misericordia y de la compa-  
sión?

REFLEXIONES SOBRE LA ESCLAVITUD  
DE LOS NEGROS

De Condorcet

Epístola dedicatoria a los negros esclavos

Amigos míos,

Aunque no soy del mismo color que vosotros, siempre  
os he mirado como hermanos. La naturaleza os ha forma-  
do para tener la misma inteligencia, la misma razón, las  
mismas virtudes que los blancos. Sólo hablo aquí de los de  
Europa, puesto que no quiero injuriaros comparándoos  
con los blancos de las colonias; sé cuántas veces vuestra  
fidelidad, vuestra probidad, vuestro coraje han hecho son-  
rojar a vuestros amos. Si yo fuera a buscar un hombre a  
las islas de América, no lo encontraría entre la gente de  
piel blanca.

Vuestra adhesión no permite obtener puestos en las  
colonias; vuestra protección no hace que se obtengan pen-  
siones; no tenéis con qué sobornar a los abogados: por lo  
tanto, no es sorprendente que vuestros amos encuentren  
más gente que se deshonra defendiendo su causa que la  
que vosotros habéis encontrado para honrarse defendien-  
do la vuestra. Incluso hay países en los que quienes que-  
rrían escribir en vuestro favor no podrían gozar de esa li-  
bertad. Todos los que se han enriquecido en las islas a ex-  
pensas de vuestros trabajos y sufrimientos tienen, en  
cambio, el derecho de insultaros en libelos calumniosos a  
los que no está permitido responder. Tal es la idea que  
vuestros amos tienen de la bondad de su derecho; tal es la  
conciencia que tienen de su humanidad con respecto a vo-  
sotros. Pero esta injusticia sólo ha sido para mí una razón  
de más para asumir, en un país libre, la defensa de la li-  
bertad de los hombres. Sé que nunca conoceréis esta obray que la dulzura de ser bendecido por vosotros siempre  
me será negada. Pero habré satisfecho mi corazón desga-  
rrado por el espectáculo de vuestros males, sublevado por  
la insolencia absurda de los sofismas de vuestros tiranos.  
No emplearé la elocuencia sino la razón; no hablaré de los  
intereses del comercio sino de las leyes de la justicia.

Vuestros tiranos me reprocharán que sólo digo cosas  
comunes y sólo tengo ideas quiméricas; en efecto, nada  
más común que las máximas de la humanidad y la justi-  
cia; nada más quimérico que proponer a los hombres que  
su conducta se conforme a ella.

XII

Respuesta a algunos razonamientos de los partidarios  
de la esclavitud

Si estas reflexiones obtienen la aprobación de los espí-  
ritus rectos, de las almas sanas, el autor estará más que  
compensado. Pero no cree terminada su tarea sin antes  
haber respondido a algunos razonamientos tanto mejor  
hechos para seducir a los que no piensan cuanto que tie-  
nen un aspecto sencillo y esa buena opinión sobre la espe-  
cie humana que está tan de moda, porque ha parecido  
muy cómodo decir que el mal no está en la naturaleza  
para sentirse dispensados de impedirlo o repararlo.

Después de todo, dicen, los negros no están tan maltra-  
tados como han pretendido nuestros oradores filósofos; la  
pérdida de libertad no es nada para ellos. En el fondo, in-  
cluso son más felices que los campesinos libres de Europa.  
Al fin y al cabo, sus amos están interesados en conservar-  
los, tienen que cuidarlos, al menos como cuidamos a las  
bestias de carga.

De estas cuatro aserciones, ninguna es verdadera. Los  
negros son mucho peor tratados de lo que se cree en Euro-  
pa: me atengo no a los libros que imprimen sus amos, sino  
a las confesiones que se les escapan; juzgo por el testimo-nio de hombres respetables a quienes ese espectáculo ha  
llenado de horror. No tomo la indignación que muestran  
como mera oratoria porque no creo que un hombre deba  
hablar fríamente de excesos que sublevan la naturaleza.  
Según el principio que adoptan los partidarios de la escla-  
vitud, todo hombre que tiene humanidad, que posee un  
alma fuerte o sensible, se convierte en indigno de todo cré-  
dito, y sólo debemos conceder nuestra confianza a hom-  
bres bastante fríos y viles como para estar seguros de que,  
cualquiera sea el horror que se haga en su presencia, ja-  
más su alma será turbada. Creo, en fin, a los que describen  
los horrores de la esclavitud de los negros porque están  
exentos de interés, porque no se puede tener ninguno (in-  
noble al menos) en combatir a favor de los desdichados ne-  
gros. Rechazo, por el contrario, el testimonio de los que de-  
fienden la causa de la esclavitud, que proponen suavizarla  
con leyes, cuando veo que tienen o esperan cargos con el  
apoyo de los colonos, que tienen ellos mismos esclavos o  
que en las islas han sido los protectores o los cómplices de  
la tiranía; y dudo que se pueda citar en favor de la esclavi-  
tud el testimonio de algún hombre que no pertenezca a esa  
clase. ¡Ay de una causa contra la que se han unido todos  
los que no tienen un interés personal en sostenerla!

La pérdida de la libertad es mucho para los negros; no  
hay ningún hombre para el que no sea una gran desdicha.  
Sin duda, un negro no se matará, como Catón, para no ser  
obligado a obedecer a César, pero se matará porque su  
amo lo separa contra su voluntad de la mujer que ama,  
porque la obliga a librarse a él mismo o porque, a ejemplo  
del viejo Catón, la prostituye por dinero (5). Los negros tie-

1. Plutarco dice que el viejo Catón prohibía a su esclavos varones  
   toda relación con mujeres extranjeras y que les permitía, pagando  
   cierta tasa, tener encuentros con las esclavas de su casa; pero no dice  
   expresamente que el producto de esa tasa fuera para Catón, lo cual,  
   sin embargo, es muy probable, dada su excesiva avaricia.

Por otro lado, el sabio Catón tenía costumbres demasiado severas  
para establecer un lugar licencioso en su casa si no hubiera obtenido  
algún provecho.

nen nostalgia de sus fiestas, de sus danzas, de su ocio, de  
la libertad de abandonarse a los gustos y las costumbres  
de su patria.

Para que un país goce de verdadera libertad, es nece-  
sario que cada hombre esté sometido solamente a leyes  
emanadas de la voluntad general de los ciudadanos; que  
ninguna persona en el Estado tenga el poder de sustraerse  
a esa ley ni de violarla impunemente; que, en fin, cada  
ciudadano goce de sus derechos y que ninguna fuerza  
pueda quitárselos sin armar contra ella a la fuerza públi-  
ca. El amor de este tipo de libertad no existe en el corazón  
de todos los hombres; y si vemos la manera en que ac-  
túan, en algunos países, aquellos que gozan de ella, no  
está claro que ellos mismos la aprecien en todo su valor.  
Pero hay otra libertad, la de disponer libremente de su  
persona, la de no depender para la alimentación, los senti-  
mientos y los gustos de los caprichos de un hombre. No  
hay nadie que no sienta la pérdida de esta libertad, que no  
tenga horror a este tipo de servidumbre.

Dicen que se ha visto a algunos hombres preferir la es-  
clavitud a la libertad. Lo creo; así es como se ha visto  
Franceses a quienes se abría la puerta de la Bastilla, pre-  
ferir quedarse en ella antes de languidecer en la miseria y  
el abandono. Un campesino esclavo goza, en condiciones  
muy duras, de una casa, de un campo; y esta casa, este  
campo son de su amo. Le ofrecen la libertad, es decir, que  
le ofrecen echarlo fuera de la casa y quitarle el único me-  
dio de subsistencia que tiene: es normal que prefiera la es-  
clavitud. Pero ¿no es a la vez ridículo y atroz sostener que  
un hombre está bien porque prefiere vivir miserablemente  
antes que morir de hambre?

Se han atrevido a decir que los negros están mejor no  
que nuestros campesinos o los de Inglaterra y Holanda,  
sino que los de Francia o España. En primer lugar, aun  
cuando así fuera, como la excesiva miseria de esos campe-  
sinos sería obra de los impuestos, de las trabas, de las  
prohibiciones que ora se llama legislación, ora incentivo a  
las manufacturas, en una palabra, malas leyes; este razo-namiento se reduce a decir: Hay países en los que se ha  
conseguido hacer a los hombres libres más desdichados  
que a los esclavos, por lo tanto, hay que cuidarse mucho  
de abolir la esclavitud. Por otro lado, este alegato es falso:  
puede que haya sido planteado de buena fe por hombres a  
quienes las miserias públicas de las que eran testigos los  
hubieran rebelado; puede ser el grito de indignación de un  
alma honesta; pero jamás ha podido ser vista como una  
aserción meditada. Es verdad que, en los países de los que  
se habla, una pequeña parte del pueblo es destruida por la  
miseria, pero es muy dudoso que un mendigo sea más  
desdichado que un negro. Y si dejamos de lado las épocas  
de calamidades o las desgracias particulares, la vida del  
jornalero más pobre es menos dura, menos desdichada  
que la de los esclavos negros. Sólo las corveas (6) podían  
en ocasiones colocar a una parte del pueblo francés por  
debajo de los negros. Pero aun cuando los campesinos  
franceses fueran durante treinta días por año tan desdi-  
chados como los negros, ¿se concluye de esto que la escla-  
vitud de los negros no sea insoportable? Y si se han atrevi-  
do a decir en algunos folletos que el pueblo, en Francia,  
está sometido a la corvea y a la talla (7) por naturaleza,  
¿debemos concluir de ahí que la esclavitud de los negros es  
legítima en América? ¿Una injusticia deja de serlo porque  
se prueba que no es la única que se comete en la Tierra?

También se ha dicho: el colono, interesado en conser-  
var a sus negros, los tratará bien, como los Europeos tra-  
tan a sus caballos. La verdad es que se castra a los caba-  
llos machos; se somete a veces a las yeguas a algunas pre-  
cauciones (que se pretende que algunos colonos han  
adoptado con sus negras), se condena a estos animales a  
pasar su vida o en el trabajo o tristemente atados a un pe-  
sebre; se les clava puntas de hierro en los costados para

1. Trabajo gratuito que los siervos debían realizar para su señor  
   (N. de la T. ).
2. Impuesto directo que debieron pagar los campesinos franceses  
   hasta 1789 (N. de la T. ).

incitarlos a ir más rápido; se les desgarra la boca con una  
barra de hierro para contenerlos porque se descubrió que  
esa parte era muy sensible; se les obliga a latigazos a ha-  
cer los esfuerzos que se exige de ellos; pero es seguro que,  
exceptuando eso, los caballos están bastante bien cuida-  
dos; a menos que la vanidad o el interés de su amo no lo  
lleven a fatigarlos demasiado y que, por mal humor o ca-  
pricho, los palafreneros no se diviertan en azotarlos. No  
hablemos de su vejez, que se parecería mucho a la de los  
negros si, para suerte de los caballos, su piel no fuera apta  
para algo.

¡Este es el ejemplo que se nos propone seriamente  
para mostrar que un esclavo será bien tratado, según el  
principio de que el interés de su amo es conservarlo!  
¡Como si el interés del amo por el esclavo, así como por el  
caballo, no fuera extraer el mayor partido posible y que no  
se pudiera sopesar el interés de conservar más tiempo al  
esclavo o al caballo y el interés de extraer, mientras dura-  
sen, el mayor beneficio! Por otro lado, un hombre no es un  
caballo, y un hombre puesto en el régimen de cautiverio  
del caballo más humanamente tratado sería aún muy des-  
dichado. Los animales sólo sienten los golpes o las moles-  
tias; los hombres sienten la injusticia y el ultraje. Los ani-  
males sólo tienen necesidades, pero el hombre es misera-  
ble por las privaciones. El caballo sólo sufre el dolor que  
siente; el hombre se rebela por la injusticia del que lo gol-  
pea. Los animales sólo son desdichados en el momento  
presente, la desdicha de un hombre en un instante abarca  
toda su vida. Finalmente, un amo tiene peor humor contra  
sus esclavos que contra sus caballos, tiene más razones  
para pelearse con ellos. Se irrita por la firmeza de su por-  
te, a la que llama insolencia; por las razones que oponen a  
sus caprichos, por el coraje mismo con el que enjugan sus  
golpes y torturas; pueden ser sus rivales y, naturalmente,  
serán los rivales preferidos.

Se me objetará, finalmente, la humanidad de los colo-  
nos. Dirán: Hombres distinguidos por su mérito, honrados  
por la estima pública, ocupando las primeras plazas encuatro de las principales naciones de Europa, tienen pose-  
siones cultivadas por esclavos y vos los tratáis como crimi-  
nales que, cada día que postergan el trabajar para romper  
las cadenas de sus negros, se manchan con un nuevo cri-  
men. Respondo que Aristides, Epaminondas, Catón el jo-  
ven y Marco Aurelio tenían esclavos. Cualquiera que haya  
reflexionado sobre la historia de la moral no puede dejar  
de observar que la honestidad sólo consiste, en cada na-  
ción, en no hacer, incluso estando seguros del secreto, lo  
que sería deshonroso si fuera públicamente conocido. Si  
una acción criminal por sí misma no es deshonrosa para  
la opinión común, se la comete sin remordimientos. Esta  
moral, cuya sanción llevamos en el corazón y cuyas máxi-  
mas nos son dictadas por la razón ilustrada, esta verdade-  
ra moral de la naturaleza nunca ha sido, en ningún pue-  
blo, más que la posesión de unos pocos.

Los Europeos propietarios de colonias son dignos de  
compasión por hallarse conducidos por una falsa concien-  
cia; y tanto más dignos de compasión cuanto que ésta ten-  
dría que haber sido destruida por las reclamaciones de los  
defensores de la humanidad, y, lo cual es menos excusa-  
ble, que no es contra sus intereses, sino para su beneficio  
que esta falsa conciencia los hace actuar (8).

En cuanto a la supuesta humanidad de los amos de los  
negros, confieso que he conocido Ingleses y Franceses  
muy humanos; pero vivían en Europa y su humanidad era  
de poca ayuda para los desdichados esclavos librados, en  
América, a los administradores. Los amos se parecen a

1. Ver mi Sermón sobre la falsa conciencia, impreso en Yverdun  
   en 1773.

Los prejuicios sobre la esclavitud de los negros están todavía tan  
enraizados en algunas partes de Europa que se ha podido ver minis-  
tros que presumían de humanidad y virtud, recibir la dedicatoria de  
obras en las que se hacía la apología de esta cotumbre bárbara. Hay  
incluso gente de tan buena fe sobre este tema que a un tratante se le  
ocurrió proponer, hace algunos años, a un ministro reverenciado en  
Europa por sus conocimientos y sus virtudes, que diera su nombre a  
un navio destinado a la trata de negros. Podemos imaginar cuál debe  
haber sido la respuesta del ministro. (... )

esos soberanos cuyo corazón es bueno pero en nombre de  
quienes se quema y se desgarra a hombres vivos de un ex-  
tremo a otro de sus Estados, porque esos soberanos no ac-  
túan según su propio corazón, sino según las ideas que  
han encontrado establecidas. La humanidad de la mayor  
parte de los hombres se limita a lamentar los males que  
ven o de los que se habla, y a veces a aliviarlos; pero esa  
humanidad que busca por toda la Tierra dónde existen  
desdichados para defenderlos y levantarse contra los tira-  
nos, esa humanidad no está en el corazón de todos los  
hombres. Y, sin embargo, es la única que podría ser útil a  
los esclavos de América si la encontraran en uno de sus  
amos. Entonces, mirando la felicidad de sus esclavos como  
un deber del que está encargado, y la pérdida de su liber-  
tad y de sus derechos como un daño que debe reparar, se  
precipitaría a su plantación para abdicar de la tiranía de  
un amo, para guardar únicamente la autoridad de un so-  
berano justo y humano; vería su gloria en convertir en  
hombres a sus esclavos; haría de ellos obreros industrio-  
sos, granjeros inteligentes. La esperanza de una ganancia  
legítima, el deseo de hacer más feliz la existencia de su fa-  
milia, serían los únicos acicates de su trabajo. Los castigos  
empleados por la avidez e infligidos por el capricho sólo se  
reservarían para los crímenes; castigo decidido por jueces  
elegidos entre los negros. Los vicios de los esclavos des-  
aparecerían con los del amo; éste pronto se encontraría en  
medio de amigos afectuosos hasta la pasión, fieles hasta el  
heroísmo; mostraría con su ejemplo que las tierras más  
fértiles no son las de los cultivadores más miserables y  
que la verdadera felicidad del hombre es la que no se  
compra a expensas de la felicidad de sus hermanos. El  
ruido del látigo, los aullidos de los negros, serían reempla-  
zados por los sonidos dulces y tiernos de la flauta de los  
bordes del Níger. En lugar de ese temor servil, de ese res-  
peto más humillante para el que lo recibe que indignante  
para los que están obligados a mostrarlo, en lugar de ese  
espectáculo de servidumbre, de ferocidad, de prostitución  
y de miseria, que su presencia ha hecho desaparecer, ve-ría nacer en torno a él la simplicidad grosera pero inge-  
nua de la vida patriarcal; por todas partes, familias felices  
de trabajar y descansar juntas se encontrarían con sus mi-  
radas enternecidas. El sentimiento de honestidad, el amor  
a la virtud, la amistad, la ternura maternal o filial, todos  
los sentimientos dulces o generosos que seducirían o em-  
bellecerían el alma de esos infortunados, o más bien su  
alma entera, serían obra suya; y en lugar de ser rico por  
la desdicha de sus esclavos, sería feliz por su felicidad.

Alguna vez encontré amos americanos acostumbrados  
a vivir en las plantaciones y me bastó oírlos hablar de los  
negros para saber cuán desdichados debían ser éstos (9).  
El desprecio con que hablan de ellos es una prueba de la  
dureza con la que los tratan. Por otro lado, las plantacio-  
nes están dirigidas por representantes, un tipo de hom-  
bres que van a buscar la fortuna fuera de Europa porque  
todas las vías honestas de encontrar empleo están cerra-  
das para ellos o porque su avidez insaciable no ha podido  
contentarse con una fortuna limitada. Por lo tanto, los ne-  
gros son abandonados a los más viles de naciones ya muy  
corrompidas. A menudo los negros son torturados en pre-  
sencia de las mujeres y las hijas de los colonos, que asis-  
ten apaciblemente a este espectáculo para formarse en el  
arte de hacer valer las plantaciones. Otros negros han sido  
víctimas de la ferocidad de sus amos: más de una vez han  
sido quemados en hornos y estos crímenes, que merecían  
la muerte, han permanecido impunes. No ha habido, des-  
de hace un siglo, un solo ejemplo de suplicio infligido a un  
colono por haber asesinado a su esclavo. Se podría decir  
que estos crímenes, ocultos en el interior de las plantacio-  
nes, no podían ser probados; pero los blancos se permiten

1. Si ios interrogáis, os dirán que los negros son una chusma  
   abominable; que los tratan muy bien; que todas las atrocidades que  
   les imputan en Europa a los amos son puro cuento. Pero no los inte-  
   rroguéis; guardaos sobre todo de contradecir sus principios de tira-  
   nía; conteneos y callad, controlad la expresión de vuestro rostro: en-  
   tonces oiréis de ellos la verdad. Os contarán, sin pensar en ello, lo que  
   no se habían atrevido a responderos. (... )

matar a los cimarrones como se mata a las fieras salvajes.  
Este crimen se comete fuera, es público y permanece im-  
pune; y no sólo jamás la cabeza de uno de esos monstruos  
cayó bajo el peso de la ley, sino que esas acciones infames  
ni siquiera los deshonran entre ellos. Se atreven a confe-  
sarlas, se vanaglorian de ellas y vuelven tranquilamente a  
Europa para hablar de humanidad, de honor y de virtud.  
Puede ser que alguna vez haya habido amos humanos en  
América, pero ¿porque Cicerón, en la antigua Roma, trata-  
ra a sus esclavos con humanidad ya debemos dejar de de-  
testar la barbarie de los Romanos para con sus esclavos?  
Y cuando sabemos que existen millares de infortunados li-  
brados a hombres viles y malvados que pueden impune-  
mente hacerles sufrir cualquier cosa, hasta la tortura o la  
muerte, ¿necesitamos conocer los detalles de las planta-  
ciones para saber todos los ultrajes que reciben esos infor-  
tunados, para tener derecho a levantarnos contra sus tira-  
nos y para estar dispensados de tener compasión de los  
colonos, aunque la liberación acarreara su ruina absoluta?  
Para el negro se trata de la libertad, de la vida; para el Eu-  
ropeo, sólo se trata de algunas toneladas de oro; ¡y se  
pone la sangre del inocente en la misma balanza que la  
avaricia del culpable! ¡Dulces apologistas de la esclavitud  
de los negros! Suponed por un instante que estáis en las  
galeras, y que estáis allí injustamente; suponed después  
que vuestros bienes me hayan sido dados; ¿qué pensaríais  
de mí si yo pusiera como principio que debéis permanecer  
encadenados aunque seáis inocentes porque si os liberan  
me arruináis? Este es, sin embargo, el hermoso razona-  
miento con el que, en vuestros informes clandestinos,  
combatís las intenciones bienhechoras de reyes y minis-  
tros; obtenéis, en los países en los que la prensa no es li-  
bre, la prohibición de combatir vuestros principios crimi-  
nales; y, ciertamente, en esto al menos, os habéis hecho  
justicia.

He escrito esta obra sobre todo para esos países donde  
la verdad está cautiva; y la he escrito en una lengua ex-  
tranjera para mí pero que las obras de los poetas y los fi-lósofos franceses han convertido en la lengua de Europa.  
Esta protección concedida a la avaricia contra los negros,  
que en Inglaterra y en Holanda es efecto de la corrupción  
general de la nación, en España y en Francia sólo tiene  
por causa los prejuicios del público y el engaño hecho a  
los gobiernos, a los que se embauca tanto sobre la necesi-  
dad de la esclavitud como sobre la pretendida importancia  
política de las colonias del azúcar. Un escrito realizado por  
un extranjero puede sobre todo ser útil para Francia; no  
se lo podrá destruir con una sola palabra, diciendo que es  
la obra de un filósofo. (... )

EL ANIMAL

*Si no existieran los animales, la naturaleza del  
hombre sería aún más incomprensible.*

Buffon

*Si tienen, no digo un alma altamente razonante, ca-  
paz de un gran número de ideas, sino la más mínima  
capacidad de sentir, causarles dolor sin necesidad es  
una crueldad y una injusticia. Quizás el ejemplo más  
contundente de lo que pueden sobre nosotros el hábito  
y la costumbre es que, en la mayoría de los hombres,  
han ahogado todo remordimiento al respecto.*

Maupertuis

TRATADO SOBRE LOS ANIMALES

De Condillac

Sería de poco interés saber lo que son los animales si  
no fuera un medio para conocer mejor lo que somos noso-  
tros. Desde este punto de vista podemos hacer conjeturas  
sobre este tema. Si no existieran los animales, dice el Se-  
ñor de Buffon, la naturaleza del hombre sería aún más in-  
comprensible. Sin embargo, no hay que imaginar que al  
compararnos con ellos podremos comprender la naturale-  
za de nuestro ser: sólo podemos descubrir sus facultades,  
y la vía de la comparación puede ser un medio de some-  
terlas a nuestras observaciones.

La primera parte de esta obra demuestra que los ani-  
males son capaces de ciertos conocimientos. Esta es la  
opinión vulgar: sólo es combatida por algunos filósofos, es  
decir, por hombres que normalmente prefieren algo ab-  
surdo imaginado por ellos a una verdad que adopta todo  
el mundo. Hay que perdonarlos, ya que si hubieran dicho  
menos cosas absurdas, habría entre ellos menos escritores  
célebres.

ARTICULO «BESTIAS»  
DEL **DICCIONARIO FILOSOFICO**

De Voltaire

**Bestias**

¡Qué lástima da! ¡Qué pobreza! ¡Haber dicho que las  
bestias son máquinas privadas de conocimiento y de todo  
sentir que siempre realizan sus operaciones de la misma  
manera, que no aprenden nada, que no perfeccionan  
nada, etc.! (1).

¡Cómo! Ese pájaro que hace su nido en semicírculo  
cuando lo sujeta al muro, que lo construye en cuarto de  
círculo cuando está en un ángulo, y en círculo en un ár-  
bol; ese pájaro, ¿hace todo siempre de la misma manera?  
Ese perro de caza al que has enseñado durante tres me-  
ses, ¿no sabe más al final de ese tiempo que antes de tus  
lecciones? El canario a quien le enseñas un aire, ¿lo repi-  
te al instante?, ¿acaso no empleas un tiempo considera-  
ble en enseñárselo?, ¿no has visto que se equivoca y se  
corrige?

¿Acaso porque te hablo juzgas que siento, que tengo  
memoria e ideas? ¡Y bien!, no te hablo, me ves entrar en  
casa con el gesto afligido, buscar un papel con inquietud,  
abrir el escritorio donde recuerdo haberlo guardado, en-  
contrarlo, leerlo con alegría. Juzgas que he experimentado  
un sentimiento de aflicción y uno de placer, que tengo me-  
moria y conocimientos.

Aplica entonces el mismo razonamiento al perro que  
ha perdido a su amo, que lo ha buscado por todos los ca-  
minos con gemidos dolorosos, que entra en la casa, agita-  
do, inquieto, desciende, sube, va de habitación en habita-

1. Se refiere a la teoría del animal-máquina de Descartes (N. de  
   la T. ).

ción, encuentra por fin en su gabinete al amo al que tanto  
quiere y le muestra su alegría con la dulzura de sus gemi-  
dos, de sus saltos, de sus caricias.

Algunos bárbaros cogen a ese perro que supera tan  
prodigiosamente al hombre en amistad, lo clavan en una  
mesa y lo descuartizan vivo para mostrarte las venas me-  
saraicas (2). Descubres en él los mismos órganos del sen-  
tir que hay en ti. Respóndeme, partidario del animal-má-  
quina, ¿la naturaleza ha combinado todos los resortes del  
sentir en ese animal para que no sienta? ¿Tiene nervios  
para ser impasible? No supongas esta absurda contradic-  
ción en la naturaleza.

Pero los maestros de la escuela (de Filosofía) pregun-  
tan qué es el alma de las bestias. No entiendo esta pregun-  
ta. Un árbol tiene la facultad de recibir en sus fibras la sa-  
via que circula, de desplegar los brotes de sus hojas y de  
sus frutos; ¿me preguntaréis lo que es el alma de ese ár-  
bol? Ha recibido esas capacidades; el animal ha recibido  
la del sentir, la de la memoria, la de un cierto número de  
ideas. ¿Quién le ha dado esas capacidades? El que hace  
crecer la hierba en los campos y hace gravitar la Tierra  
hacia el sol.

Las almas de las bestias son formas sustanciales, dijo  
Aristóteles; y después de Aristóteles la escuela árabe; y  
después de la árabe la escuela angélica; y después de la  
angélica la Sorbona; y después de la Sorbona, nadie en el  
mundo.

Las almas de las bestias son materiales, exclaman al-  
gunos filósofos. Estos no tuvieron mejor suerte que los de-  
más. En vano se les ha preguntado lo que es un alma ma-  
terial; es necesario que acepten que es materia que tiene  
sensaciones: ¿pero quién le ha dado estas sensaciones? Es  
un alma material, es decir, que es materia que da sensa-  
ciones a la materia; no salen de ese círculo.

1. Mesaraico: mesentérico. Vasos sanguíneos del mesenterio, re-  
   pliegue del peritoneo que une el estómago y el intestino con las pare-  
   des abdominales (N. de la TJ.

Escuchad a otras bestias razonando sobre las bestias;  
su alma es un ser espiritual que muere con el cuerpo: pero  
¿qué prueba tenéis de ello?, ¿qué idea tenéis de ese ser  
espiritual que, en verdad, siente, tiene memoria, y es ca-  
paz de algunas ideas y combinaciones pero jamás podrá  
saber lo que sabe un niño de seis años? ¿Sobre qué funda-  
mento imagináis que ese ser, que no es cuerpo, perece con  
el cuerpo? Las más grandes bestias son las que han afir-  
mado que este alna no es ni cuerpo ni espíritu. ¡Qué boni-  
to sistema! Sólo podemos entender por espíritu algo des-  
conocido que no es cuerpo: así, el sistema de estos señores  
se resume a esto, que el alma de las bestias es una sustan-  
cia que no es ni cuerpo ni algo que no es cuerpo.

¿De dónde pueden proceder tantos errores contradic-  
torios? De la costumbre que siempre han tenido los hom-  
bres de examinar lo que es una cosa antes de saber si  
existe. A la lengüeta, la válvula de un fuelle, se la llama el  
alma del fuelle. ¿Qué es esta alma? Es un nombre que di a  
esta válvula que baja, deja entrar el aire, se levanta y lo  
empuja por un tubo cuando hago mover el fuelle.

Ahí no hay un alma distinta de la máquina. Pero ¿qué  
hace mover el fuelle de los animales? Ya os lo he dicho, el  
que hace mover los astros. El filósofo que dijo Deus est  
anima brutorum tenía razón; pero debía ir más lejos.

REFLEXIONES Y MAXIMAS

De Vauvenargues

186. ¿Debemos extrañarnos de que los hombres hayan  
creído que los animales han sido hechos para ellos si pien-  
san de la misma manera sobre sus semejantes y la fortuna  
acostumbra a los poderosos a no tener en cuenta nada  
que no sea ellos mismos sobre la Tierra?

SOBRE EL ALMA DE LOS ANIMALES.  
CARTA V

De Maupertuis

Parece que Descartes creyó de buena fe que los anima-  
les no tienen alma; y, lo que todavía es más sorprendente,  
convenció de ello a sus discípulos. Un principio exagerado  
y mal comprendido los condujo a esta idea. Creía conocer  
la naturaleza completa del alma y la definía como un ser  
pensante, indivisible e inmortal; admitir tal alma para los  
animales le parecía hacerlos partícipes de la eternidad, de  
los castigos que amenazan al hombre después de la muer-  
te y de las recompensas que le están prometidas. Asustado  
por estas consecuencias, Descartes tomó la resolución de  
privar de alma a los animales, reducirlos a ser puras má-  
quinas. Pues no debemos creer que los privó únicamente  
de las operaciones que llamamos intelectuales; les negó  
también toda percepción y todo sentir. Ni la idea más su-  
blime ni el sentir más grosero o confuso pueden ser pro-  
pios de los autómatas.

Quizás estableció este sistema tan paradójico para  
agradar a los Teólogos: sin embargo, sucedió lo contrario.  
Estos temieron que si se admitía tal mecanismo como cau-  
sa de las acciones de los animales, se pudiera admitir  
también para las de los hombres; y que si los animales no  
tenían alma, los hombres pudieran arreglárselas también  
sin ella. Se dijo que era escandaloso e impío.

Esto era una injusticia: no sabemos que tenemos un  
alma por nuestras acciones; simples máquinas podrían  
ejecutar todos nuestros movimientos y quizás algunos más  
complicados; lo sabemos por ese sentimiento interior que  
sentimos en nosotros mismos y que no podría pertenecer  
a una máquina.

Es cierto que puesto que la única prueba de la existen-  
cia de nuestra alma es ese sentimiento, esta prueba sólo

vale para nosotros mismos; no podríamos hacerla extensi-  
va a otros hombres. De esta manera, los que han adopta-  
do y llevado este sistema tan lejos como era posible, han  
tenido que reducirse a la revelación para asegurarse del  
alma del que les habla.

Para filosofar libremente sobre esta gran cuestión, es  
necesario ver si forma parte de los dogmas de la Teología  
o si podemos separarla de ésta. Algunos ven la admisión  
del alma de los animales como contrario a la Religión;  
otros creen que el automatismo es capaz de destruir a esta  
última. ¿Qué podemos concluir de estos dos sentimientos  
tan opuestos sino que esta cuestión le es indiferente o, al  
menos, que en esta disputa se puede tomar el partido que  
se quiera?

En efecto, aunque tuviéramos del alma una idea bastan-  
te distinta y completa como para estar seguros de que toda  
su naturaleza consiste en el pensamiento y en la indivisibi-  
lidad, ¿cómo podríamos de ello concluir que todas las al-  
mas sean eternas y dignas del Paraíso o del Infierno? Seres  
que, según confiesan todos los que participan en esta dispu-  
ta, tienen un comienzo, ¿no pueden tener un final? ¿No pa-  
rece incluso que deberían tenerlo? Y aunque, en efecto, no  
lo tuvieran, ¿si Dios cesara de querer su existencia?

En cuanto al mérito de las recompensas y los castigos,  
no es la indivisibilidad ni la facultad de pensar las que lo  
implican; es un cierto orden de ideas y una cierta ligazón  
entre ellas de la que un alma, por otro lado, con muchos  
conocimientos podría carecer. Aunque pudiera, por ejem-  
plo, contemplar y descubrir con gran facilidad las relacio-  
nes entre los números y las propiedades de la extensión, si  
le faltaran las ideas morales o perdiera el recuerdo de sus  
acciones en cuanto las realizara, éstas no merecerían ni  
las recompensas prometidas a los que viven conforme a  
estas ideas ni los castigos destinados a los que se separan  
de ellas. Aun cuando se sostuviera que los animales tienen  
idea de los deberes, sólo cierto grado de claridad en la  
idea de esos deberes puede hacer su cumplimiento o su  
infracción dignos de recompensa o castigo eternos.

Puesto que la cuestión del alma de los animales no  
afecta en nada las verdades que debemos creer, podemos  
discutirla filosóficamente. Pero antes examinemos un mo-  
mento la opinión de ciertos Filósofos que querrían tomar  
una posición intermedia en esta disputa. Querrían distin-  
guir hasta tal punto el pensamiento y la sensación que  
otorgan a los animales un alma sensitiva y reservan para  
los hombres el alma pensante. Esta distinción sólo se fun-  
da en ideas confusas. Aparentemente, ven a la sensación  
como algo que puede pertenecer al cuerpo, ser el efecto de  
la organización y del movimiento de las partes, mientras  
que están de acuerdo en que el pensamiento sólo puede  
ser propio de una sustancia simple e indivisible. Una se  
destruiría con la separación de las partes del cuerpo en la  
muerte, la otra subsistiría inalterable.

Admitir esta distinción es no haber reflexionado bas-  
tante sobre lo que caracteriza al alma. Todo sentimiento,  
toda percepción es un pensamiento: está necesariamente  
acompañado del sentimiento de sí, de eso que los Filóso-  
fos llaman conciencia; o más bien es sólo ese sentimiento  
modificado de manera diferente según los distintos objetos  
de los que se ocupa. Ahora bien, este sentimiento de sí ca-  
racteriza la simplicidad y la indivisibilidad de la sustancia  
a la que pertenece: así, el sentimiento más ligero o el más  
confuso que tendría una ostra supone tanto una sustancia  
simple e indivisible como las especulaciones más sublimes  
y más complicadas de Newton.

Los argumentos que usan tanto los que querrían privar  
a los animales de alma como los que se la conceden me  
parecen igualmente débiles. Los primeros sólo se fundan  
en el peligro de las consecuencias, sobre la inmortalidad  
de tales almas y sobre el escándalo de asociarlas a recom-  
pensas o castigos eternos. Ya hemos visto qué fácil es res-  
ponder a estas objeciones. Los otros, para probar que los  
animales tienen un alma, exponen y exageran sus capaci-  
dades, su habilidad para buscar alimento, su astucia en  
los combates con los enemigos, sus cuidados en la educa-  
ción de las crías, la habilidad de los pájaros para hacer ni-dos, la geometría de las abejas en la construcción de sus  
celdas, el orden y la economía que observan en su repúbli-  
ca, la fidelidad del perro, la sagacidad del mono, etc. Pero  
todo esto no prueba absolutamente nada. Ya lo hemos di-  
cho y resulta bastante evidente: ciertas máquinas pueden  
ser construidas de tal manera que hagan todas estas cosas  
sin ningún sentimiento interior. El que haya visto al Flau-  
tista de Vaucanson (3) se extrañaría quizás de que autó-  
matas formados por la Divinidad no hicieran lo que vemos  
hacer a los animales.

Ni las acciones de los animales que nos parecen más  
inteligentes ni las acciones de los hombres mismos prue-  
ban, pues, la presencia de un alma. Tampoco la inmovili-  
dad que nos parezca más estúpida prueba su ausencia. Lo  
que constituye el alma es el sentimiento de sí, del que sólo  
podemos juzgar por nosotros mismos. Por lo tanto, nos es  
imposible probar que los animales tienen un alma o pro-  
bar que no la tienen. Sólo podemos juzgar sobre ello de  
manera oblicua, por analogía, como juzgamos sobre los  
habitantes de otros planetas.

Nuestra Tierra está habitada; de ahí juzgamos que los  
planetas, que son una especie de Tierra como la nuestra,  
tienen como ella sus habitantes. Mi cuerpo está animado  
por un espíritu que se percibe a sí mismo; de ahí juzgo  
que otros cuerpos similares al mío también lo están. Cae-  
ría en una ridiculez si una talla más pequeña o más baja,  
unos rasgos un poco diferentes, me llevaran a negar el  
alma a otros hombres de mi especie. Rasgos aún más di-  
ferentes, una piel negra, no me autorizarían tampoco a  
privar de alma a los habitantes de Africa. Incluso conozco  
otras variedades: veo especies de hombres más deformes  
y velludos, su voz no expresa sonidos articulados como  
los míos: puedo por ello concluir que no están hechos  
para vivir en relación conmigo, pero no debo suponer que

1. Inventor francés (1709-1782) de máquinas para la industria.  
   Creó una colección de autómatas sumamente célebre en el siglo XVIII  
   (N. de la T. ).

no tengan alma; ni que en la Naturaleza haya un salto tan  
enorme como el que sería necesario suponer si de un Ne-  
gro o un Lapón animados de un espíritu que se percibe a  
sí mismo y que es capaz de muchos otros conocimientos,  
se pasara de repente a una especie bastante similar pero  
bruta e incapaz de sentimiento; y que, habiendo una infi-  
nidad de especies como ésta, no se encontrara ninguna  
como el hombre. Todo lo que puedo pensar, pues, y qui-  
zás sin gran motivo, es que esas especies tienen menos  
ideas o menos facilidad para compararlas que la que yo  
tengo. Paso del mono al perro, al zorro, y por grados im-  
perceptibles desciendo hasta la ostra, y quizás hasta la  
planta, que no es sino una especie de animal más inmóvil  
que la ostra, sin tener ninguna razón para detenerme en  
ninguna parte.

Una idea que parece bastante natural es que, en todas  
esas especies que descienden por grados insensibles, las  
almas también siguen en cierta manera el mismo orden y  
difieren entre sí por matices insensibles de perfección.

Sin embargo, ¿quién sabe si todas esas almas siguen  
una gradación similar a la que creemos ver en los diferen-  
tes cuerpos animados por ellas? ¿Quién sabe incluso si  
ellas no difieren sólo por una mayor o menor perfección  
en el mismo género?, ¿si ciertas formas de animales total-  
mente alejadas de la nuestra como los moluscos o los in-  
sectos dejan entrever almas menos perfectas o solamente  
de una naturaleza muy diferente?

Hay animales cuya vida comienza y termina en unos  
días, hay otros cuya vida es, presumiblemente, más larga  
que la nuestra.

Si todos experimentan el mismo número de percepcio-  
nes durante su vida, ¡cómo deben superarme los primeros  
en la vivacidad de la mente!, ¡cómo los otros, fijados en  
una idea mucho más tiempo de lo que nos está permitido  
detenernos en ella, deben aventajarme al examinar sus re-  
laciones!

ACERCA DEL DERECHO  
SOBRE LOS ANIMALES. CARTA VI

De Maupertuis

Después de lo que acabo de decir de los animales, no  
me preguntarán, pienso, si yo creo que está permitido tor-  
turarlos. En cambio, se sorprenderán quizás de ver tanta  
gente atormentarlos sin necesidad y sin escrúpulo.

En Asia hay hospitales fundados para ellos. Naciones  
enteras se alimentan sólo de frutos para no matar anima-  
les. Caminan tomando grandes precauciones por temor a  
aplastar al insecto más ínfimo. En nuestra Europa sólo se  
ven crímenes. Los niños se ejercitan matando moscas; a  
una edad más avanzada se revienta a un caballo para aco-  
sar a un ciervo.

Los hombres pueden matar a los animales puesto que  
Dios les ha permitido expresamente alimentarse de ellos:  
pero este mismo permiso prueba que en el estado natural  
no deberían hacerlo; y la misma revelación en muchos lu-  
gares impone ciertos deberes hacia las bestias, lo cual  
hace ver que Dios no las ha abandonado al capricho y la  
crueldad de los hombres. No hablo aquí de los animales  
dañinos: no cabe poner en duda el derecho que tenemos  
sobre ellos, podemos tratarlos como asesinos y ladrones.  
Pero matar animales a sangre fría, sin ninguna necesidad,  
por una especie de placer, ¿está permitido?

Ciertos Autores célebres que han escrito extensos co-  
mentarios sobre el derecho natural y sobre la moral han  
tratado esta cuestión: es gracioso ver cómo la han enfoca-  
do y la habilidad con la cual parecen haber evitado todo lo  
razonable que se podía decir sobre ella.

Los Pitagóricos y algunos Filósofos de la Antigüedad  
que parecen haber reflexionado mejor sobre este tema  
sólo parecen, sin embargo, haber tenido escrúpulos en  
matar a los animales por su creencia en la metempsicosis:

el alma de su padre o de su hijo podía estar quizás actual-  
mente en el cuerpo del animal que degollaran. Séneca, ese  
hombre tan razonable y sutil, nos cuenta que durante lar-  
go tiempo adhirió a esta opinión y no quería alimentarse  
con la carne de los animales (4). Agrega a esto un dilema  
singular que un gran hombre de nuestros días ha aplicado  
a un tema más importante. En la duda en la que nos en-  
contramos, dice, lo mejor es abstenerse siempre de este  
alimento: si la metempsicosis existe, es un deber; si no  
existe, es sobriedad.

Pero me parece que tenemos una razón más decisiva  
para no creer permisible matar o torturar a los animales:  
basta con creer, como no podemos dejar de hacerlo, que  
son capaces de sentir. ¿Es necesario que un alma sea pre-  
cisamente de tal o cual hombre, o de un hombre en gene-  
ral, para que no haya que someterla a un sentimiento do-  
loroso? Los que razonaran de esta manera, ¿no podrían ir  
por grados hasta matar o torturar sin escrúpulos a cual-  
quiera que no fuera pariente o amigo?

Si los animales fueran puras máquinas, matarlos sería  
un acto moralmente indiferente pero ridículo: sería como  
romper un reloj.

Si tienen, no digo un alma altamente razonante, capaz  
de un gran número de ideas, sino la más mínima capaci-  
dad de sentir, causarles dolor sin necesidad es una cruel-  
dad y una injusticia. Quizás el ejemplo más contundente  
de lo que pueden sobre nosotros el hábito y la costumbre  
es que, en la mayoría de los hombres, han ahogado todo  
remordimiento al respecto.

1. L. Annaei Senecae epist. CVIII.

**EL FILOSOFO**

*Los demás hombres son llevados por sus pasiones  
sin que las acciones que ejecutan estén precedidas por  
la reflexión: son hombres que caminan en las tinieblas;  
en cambio, el* filósofo *en sus mismas pasiones actúa  
después de la reflexión; camina en la noche pero prece-  
dido por una antorcha.*

Dumarsais

*El ecléctico es un filósofo que, despreciando los pre-  
juicios, la tradición, la antigüedad, el consentimiento  
universal, la autoridad, en una palabra, todo lo que  
subyuga la mente del vulgo, se atreve a pensar por sí  
mismo.*

Diderot

ARTICULO «FILOSOFO»  
DE LA **ENCICLOPEDIA**

De Dumarsais

Hoy en día, nada cuesta tan poco conseguir como el tí-  
tulo de filósofo: una vida oscura y retirada, una aparien-  
cia de sabiduría, con un poco de lectura, bastan para dar  
ese nombre a personas que son honradas con él sin me-  
recerlo.

Otros en quienes el librepensamiento suplanta al razo-  
namiento se consideran los únicos verdaderos filósofos  
porque se han atrevido a destruir los límites sagrados  
puestos por la religión y haber roto las trabas que la fe po-  
nía a su razón. Orgullosos de haberse liberado de los pre-  
juicios de la educación en materia de religión, miran con  
desprecio a los demás como almas débiles, ingenios servi-  
les, mentes pusilánimes que se dejan asustar por las con-  
secuencias de la irreligiosidad y que, al no osar salir por  
un instante del círculo de las verdades establecidas ni  
marchar por nuevos caminos, se adormecen bajo el yugo  
de la superstición.

Sin embargo, debemos tener una idea más justa del fi-  
lósofo y aquí presentaremos el carácter que le damos.

Los demás hombres están determinados a actuar sin  
sentir ni conocer las causas que los mueven, incluso sin  
imaginar que éstas existen. Por el contrario, el filósofo  
analiza las causas hasta donde puede y a menudo incluso  
las previene y se libra a ellas con conocimiento: es un reloj  
que, por así decirlo, a veces se da cuerda a sí mismo. Así,  
evita los objetos que pueden causarle sentimientos que no  
convienen ni al bienestar ni al ser razonable y busca los  
que pueden excitar en él afecciones convenientes al estado  
en que se encuentra. La razón es con respecto al filósofo  
lo que la gracia es al cristiano. La gracia determina al cris-  
tiano a actuar; la razón determina al filósofo.

Los demás hombres son llevados por sus pasiones sin  
que las acciones que ejecutan estén precedidas por la re-  
flexión: son hombres que caminan en las tinieblas; en  
cambio, el filósofo en sus mismas pasiones actúa después  
de la reflexión; camina en la noche pero precedido por  
una antorcha.

El filósofo establece sus principios sobre una infinidad  
de observaciones particulares. El pueblo adopta el princi-  
pio sin pensar en las observaciones que lo han producido:  
cree que la máxima existe, por así decir, por sí misma; en  
cambio, el filósofo toma la máxima en su fuente, examina  
su origen; conoce su propio valor y la utiliza como le con-  
viene.

La verdad no es para el filósofo una maestra que co-  
rrompe su imaginación y a la que cree encontrar en todas  
partes; se contenta con poder distinguirla donde puede  
percibirla. No la confunde con la verosimilitud, toma por  
verdadero lo que es verdadero, por falso lo que es falso,  
por dudoso lo que es dudoso y por verosímil lo que sólo es  
verosímil. Incluso hace más —-y ésta es una gran perfec-  
ción del filósofo—: cuando no tiene motivo apropiado para  
juzgar, su juicio permanece indeterminado.

La sociedad está llena de personas ingeniosas y muy  
inteligentes que siempre juzgan; practican la adivinación  
siempre, ya que juzgar sin sentir que se tiene el motivo  
propio del juicio sólo es adivinar. Ignoran los alcances de  
la mente humana; creen que se puede conocer todo. De  
esta manera, les parece vergonzoso no pronunciar un jui-  
cio y se imaginan que la inteligencia consiste en juzgar. El  
filósofo cree que consiste en juzgar bien. Está más conten-  
to consigo mismo si ha suspendido la facultad de juzgar  
que si se hubiera determinado antes de sentir el motivo  
apropiado para una decisión. Así, juzga y habla menos  
pero juzga con más seguridad y habla mejor. No evita los  
trazos vivos que se presentan naturalmente al intelecto  
por una rápida composición de ideas que a menudo asom-  
bra ver juntas. En esta rápida relación consiste lo que co-  
múnmente llamamos ingenio; pero es lo que menos buscay antes que este brillo prefiere el cuidado de distinguir las  
ideas, de conocer su justa extensión y su relación precisa y  
evita dejarse engañar llevando demasiado lejos alguna re-  
lación que las ideas tienen entre ellas. Lo que se llama jui-  
cio y precisión intelectual consiste en esto: a esta preci-  
sión se une también la flexibilidad y la claridad. El filóso-  
fo no está tan atado a un sistema como para no sentir toda  
la fuerza de las objeciones. La mayor parte de los hom-  
bres están tan entregados a sus opiniones que ni siquiera  
hacen el esfuerzo de comprender las de los demás. El filó-  
sofo comprende la opinión que rechaza con la misma am-  
plitud y claridad con que entiende la que adopta.

El espíritu filosófico es, pues, un espíritu de observa-  
ción y de precisión que hace remontar todo a sus verdade-  
ros principios; pero el filósofo no cultiva únicamente el in-  
telecto, lleva más allá su atención y sus cuidados.

El hombre no es un monstruo que deba vivir solo en  
los abismos del mar o en el fondo de un bosque: las mis-  
mas necesidades de la vida hacen que la relación con los  
demás sea necesaria; y en cualquier estado que se encuen-  
tre, las necesidades y el bienestar lo conducen a vivir en  
sociedad. Así, la razón le exige conocer, estudiar y esfor-  
zarse por adquirir las cualidades sociales.

Nuestro filósofo no cree estar exilado en esta sociedad;  
no cree estar en país enemigo; quiere gozar como sabio  
económico de los bienes que le ofrece la naturaleza; quiere  
encontrar placer con los demás y, para encontrarlo, hay  
que producirlo: así, trata de agradar a aquellos que el azar  
o su elección hacen vivir a su lado; y al mismo tiempo en-  
cuentra lo que le conviene; es un hombre honesto que  
quiere agradar y ser útil.

La mayor parte de los grandes a quienes las disipacio-  
nes no dejan bastante tiempo para meditar son feroces con  
quienes no consideran sus iguales. Los filósofos ordinarios  
que meditan mucho, o más bien meditan mal, lo son con  
todo el mundo; huyen de los hombres y éstos los evitan.  
En cambio, nuestro filósofo que se reparte entre el retiro y  
la relación con los hombres está lleno de humanidad. Es el

Cremes de Terencio que siente que es hombre y que por  
humanidad se interesa por la buena o mala fortuna de su  
vecino. Homo sum, humani á me nihil alienum puto.

Sería inútil señalar aquí cuán deseoso está el filósofo  
de todo lo que se llama honor y probidad. Para él, la socie-  
dad civil es, por así decirlo, una divinidad en la tierra; la  
inciensa, la honra con la probidad, con una atención exac-  
ta a sus deberes y con un deseo sincero de no ser un  
miembro inútil o molesto. Los sentimientos de probidad  
entran tanto en los mecanismos del filósofo como los co-  
nocimientos intelectuales. Cuanta más razón encontréis en  
un hombre, tanta más probidad encontraréis en él. Por el  
contrario, en donde reinan el fanatismo y la superstición,  
rigen las pasiones y la exaltación. El temperamento propio  
del filósofo es actuar por espíritu de orden y por razona-  
miento; como aprecia mucho estar con los demás, le im-  
porta mucho más que al resto de los hombres disponer to-  
dos sus esfuerzos para producir solamente consecuencias  
conformes a la idea de hombre honesto. No temáis que si  
nadie lo está mirando se abandone a una acción contraria  
a la probidad. No. Esta acción no es conforme a los meca-  
nismos del sabio; ha sido amasado, por así decirlo, con la  
levadura del orden y de la regla; está lleno de ideas sobre  
el bien de la sociedad civil; conoce sus principios mucho  
mejor que los otros hombres. El crimen encontraría en él  
demasiada oposición, tendría que destruir demasiadas  
ideas naturales y adquiridas. Su facilitad de actuar es, por  
así decirlo, como una cuerda de un instrumento de música  
afinada sobre cierto tono; no podría producir uno contra-  
rio. Teme salir de tono, ponerse en desacuerdo consigo  
mismo; y esto me recuerda lo que Velleius decía de Catón  
de Utica (1): «Nunca hizo buenas acciones, decía, para  
mostrar que las había hecho sino porque no podía actuar  
de otra manera. »

1. Modelo de vida y muerte estoicas, se hizo célebre por su lucha  
   contra César a favor de la libertad. Se suicidó tras la derrota de Pom-  
   peyo (N. de la T. ).

Por otro lado, en todas las acciones que realizan los  
hombres, sólo buscan su propia satisfacción actual: es el  
bien o más bien la atracción presente, según la disposi-  
ción mecánica en que se encuentran, lo que les hace ac-  
tuar. Ahora bien, por sus reflexiones, el filósofo está dis-  
puesto más que cualquier otro a encontrar más atractivo y  
placer en vivir con vos, en atraer vuestra confianza y  
vuestra estima, en cumplir los deberes de la amistad y del  
reconocimiento. Estos sentimientos todavía se alimentan  
en el fondo de su corazón por la religión a la que le condu-  
cen las luces naturales de la razón. Todavía más, la idea  
de hombre deshonesto es tan opuesta a la idea de filósofo  
como lo es la de estúpido; y la experiencia muestra todos  
los días que cuanta más razón y conocimientos se tienen,  
más seguro y apto para las relaciones de la vida se es. Un  
necio, dice La Rochefoucault, no tiene madera para ser  
bueno; sólo se peca porque la razón es menos fuerte que  
las pasiones; y es una máxima de teología verdadera en  
cierto sentido que todo pecador es ignorante.

Este amor por la sociedad tan esencial en el filósofo  
permite ver qué verdadera era la observación del empera-  
dor Antonino (2): «¡Qué felices serán los pueblos cuando  
los reyes sean filósofos o cuando los filósofos sean reyes! »

El filósofo es, pues, un hombre honesto que actúa en  
todo siguiendo la razón y que une a un espíritu de refle-  
xión y precisión las costumbres y las cualidades sociales.  
Injertad un soberano en un filósofo de este temple y ten-  
dréis un perfecto soberano.

A partir de esta idea es fácil concluir que el sabio in-  
sensible de los Estoicos está alejado de la perfección de  
nuestro filósofo: este filósofo es hombre y su sabio sólo  
era un fantasma. Ellos se avergonzaban de la humanidad  
y él la glorifica; ellos querían insensatamente eliminar las  
pasiones y elevarnos por encima de nuestra naturaleza

1. Fue emperador romano entre 138 y 161. Su reinado se carac-  
   terizó por una pacífica y correcta administración. Nombró a Marco  
   Aurelio como su sucesor (N. de la T. ).

por medio de una insensibilidad quimérica. El no pretende  
el quimérico honor de destruir las pasiones, ya que esto es  
imposible; sólo se esfuerza en no ser tiranizado por ellas,  
en disponer de ellas en su provecho, en hacer un uso ra-  
zonable de las mismas, ya que esto es posible y la razón  
se lo ordena.

De acuerdo con lo que acabamos de decir, vemos cuán-  
to se alejan de la justa idea del filósofo esos indolentes  
que, abandonados a una meditación perezosa, descuidan  
sus asuntos temporales y todo lo que se llama «fortuna».  
El verdadero filósofo no está atormentado por la ambi-  
ción, pero quiere disfrutar de las comodidades de la vida;  
necesita, además de lo indispensable, ese honesto super-  
fluo propio del hombre honesto por el cual solamente se  
es feliz: es el fundamento del decoro y del atractivo. Con  
su indolencia y sus máximas deslumbrantes, los falsos fi-  
lósofos han creado ese prejuicio según el cual lo indispen-  
sable les satisface.

REFLEXIONES SOBRE LA ESCLAVITUD  
DE LOS NEGROS

De Condorcet

(... ) Este título (de filósofo), tan respetable por otro  
lado, se ha convertido en una injuria en esta nación (Fran-  
cia); ¿de cuántas cosas no se acusa a los filósofos? Si algu-  
nos escritores se manifestaron contra la esclavitud de los  
negros, dijeron: son filósofos; y con eso creyeron haber  
respondido. ¿Se propuso abolir el uso desagradable y letal  
de pavimentar con muertos el interior de las iglesias, de  
amontonar cadáveres en medio de las ciudades? Esas  
ideas vienen de los filósofos. ¿Algunas personas evitaron,  
gracias a la inoculación, el peligro de la viruela? Es por la  
opinión de los filósofos. Los filósofos hicieron suprimir las  
fiestas, las Celestinas (3) y las Jesuítas, y trataron de di-  
fundir la opinión absurda de que el mundo podría subsis-  
tir aunque no hubiera ya monjes. Si un historiador habla  
con indignación de las masacres de los Albigenses o de la  
de San Bartolomé, de los asesinatos de la Inquisición, de  
los doctores que declararon que Enrique IV había perdido  
el trono y afilaron contra él tantos puñales, inmediata-  
mente se denuncia a ese historiador como un filósofo ene-  
migo del trono y del altar. Si se ha suprimido desde hace  
poco tiempo la costumbre de romper los huesos de los  
acusados entre planchas para obligarlos a decir la verdad,  
son los filósofos quienes se pronunciaron contra la cues-  
tión; y, a pesar de los filósofos, Francia ha tenido la suerte  
de conservar la preciosa costumbre de torturar a los cri-  
minales condenados. Los filósofos han querido abolir la  
corvea; y también es culpa suya si, a pesar del restableci-  
miento de este método, desaparece poco a poco. Apenas si

1. La orden celestina fue creada por el Papa Celestino V en 1251.  
   Más tarde pasó a formar parte de la orden de San Benito (N. de la T. ).

con la sustitución de la corvea por un impuesto se ha po-  
dido salvar de sus manos destructivas el justo y antiguo  
uso de hacer caer todo su peso en los plebeyos. ¿Quién se  
atreve a quejarse en Francia de la barbarie de las leyes  
criminales, de la crueldad con la que los protestantes fran-  
ceses son privados de los derechos del hombre y del ciu-  
dadano (4), de la dureza y de la injusticia de las leyes so-  
bre el contrabando y sobre la caza? Los filósofos. ¿Quién  
ha podido tener la culpable osadía de pretender que sería  
útil al pueblo y conforme a la justicia devolver la libertad  
al comercio y a la industria? ¿Quiénes son los que recla-  
maron, para cada propietario, el derecho ilimitado de dis-  
poner de sus productos; para cada hombre, el derecho ili-  
mitado de disponer de sus fuerzas? Se ve bien que son con  
toda seguridad los filósofos. Y si algunas personas llevaron  
la locura hasta decirle al oído al rey que al devolver la li-  
bertad a los siervos del dominio público debía incluir en  
ese número a los siervos del clero y que tenía ese derecho,  
¿esas blasfemias no salieron de la boca de un filósofo?  
Esto es lo que he oído decir a mucha gente vestida de ne-  
gro en muchas anticámaras durante mi última estancia en  
Francia. En verdad, es preciso que los que están de acuer-  
do en atribuir a los filósofos tamañas atrocidades se hayan  
formado una idea muy abominable de la filosofía.

1. El estado civil ha sido devuelto en Francia a los protestantes  
   en 1778 por un edicto, a pesar de varias amonestaciones muy elo-  
   cuentes. La tortura para los criminales condenados ha sido abolida el  
   mismo año, por una ley registrada por asiento real en una sesión so-  
   lemne de las Cortes, por expresa orden del rey.

BIBLIOGRAFIA

1. FUENTES

Condillac, abate Etienne Bonnot de: Traité des animaux,  
A. Jombert, Amsterdam, Paris, 1766.

Condorcet, Jean-Antoine-Nicolas de Caritat, marqués de: Oeuv-  
res, Condorcet-O’Connor y F. Arago, Paris, 1847-1849, 12  
vols.

De Nelis, Corneille-François: L'Aveugle de la montagne, Parme,  
Bodoni, 1795.

Diderot, Denis: *Collection complète des Oeuvres philosophiques,  
littéraires et dramatiques...,* Londres (Amsterdam), 1773,  
5 vols.

* Oeuvres, Paris, Desray, Deterville, an VI (1798), 15 vols.
* Oeuvres complètes, Paris, Garnier, 1875-1877, 20 vols.

Diderot, D’Alembert: *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des*

Sciences, des Arts et des Métiers par un société de gens de  
Lettres, Paris, 1751-1772, 28 vols. Suplemento en 5 vols.,  
Amsterdam, 1776-1777. Indices en 2 vols., ed. F. Mouchon,  
Amsterdam, 1780-1781.

Fontenelle, Bernard Le Bovier de: *La République des philoso-  
phes ou Histoire des Ajaoiens. Lettre sur la nudité des Sau-  
vages* (s. n. ), Genève, 1768.

Maupertuis, Pierre-Louis Moreau de: Oeuvres, Lyon, 1768.

Missionnaires de Pékin: *Mémoires concernant l’Histoire, les  
Sciences, les Arts, les Moeurs, les Usages, etc. des Chinois,*Nyon, Paris, 1776.

Missionnaires de la Compagnie de Jésus: Lettres édifiantes et cu-  
rieuses écrites des missions étrangères (1702-1776), nouvel-  
le édition, Vernarel, Et. Cabin et Cie., Lyon, 1819, 14 vols.

Montesquieu, Charles-Louis de Secondât, baron de la Brède et  
de: Oeuvres, nouv. éd., Arkstée et Merkus, Amsterdam; Leip-  
sick, 1765.

* Oeuvres, Bruyset, Lyon, 1792, 7 vols.
* De l’Esprit des loix, nouv. éd. (s. n. ), Amsterdam, 1784,  
  4 vols.

Poulain de la Barre, François: *De l’égalité des sexes. Discours  
physique et moral, où l’on voit l’importance de se défaire  
des Préjugés,* Jean Du Puis, Paris, 1673.

Rousseau, Jean-Jacques: Oeuvres complétés, nouv. éd., Bélin, Pa-  
ris, 1793, 37 vols.

Vauvenargues, Luc de Clapiers, marqués de: Oeuvres complètes,  
nouv. éd., Dentu, Paris, 1806, 2 vols.

Voltaire (François-Marie Arouet): *Seconde suite des Mélanges  
de littérature, d’histoire et de philosophie,* Cramer, Genève,  
1761.

* Oeuvres complètes, 2ème. éd., Baudoin, Paris, 1825-1834.
* *Essai sur les moeurs et l’esprit des nations et sur les princi-  
  paux faits de l’Histoire depuis Charlemagne jusqu’à Louis  
  XIII,* Didot, Paris, an XIII (1805).

1. ESTUDIOS

Bonnet, J. C.: «La empresa enciclopédica», en Débats, n, ° 9, Bar-  
celona.

Cappeleti, Angel J.: «Introducción» a su traducción de la obra de  
Diderot: Carta sobre los ciegos para uso de los que ven, La  
Piqueta, Madrid, 1978.

Cassirer, Ernest: Filosofía de la Ilustración, trad. de E. Imaz,  
FCE, México, 1943.

Condorcet, De Gouges, De Lambert y otros: *La Ilustración olvida-  
da. La polémica de los sexos en el siglo XVIII,* ed. Alicia H. Pu-  
leo, Anthropos, Barcelona, 1993.

Crépon, Marc (éd. ): *L'Orient au miroir de la philosophie. La Chi-  
ne et l’Inde, de la philosophie des lumières au romantisme  
allemand,* Agora Les Classiques, Pocket, Paris, 1993.

Darnton, Robert: L’aventure de L'Encyclopédie 1775-1800. Un  
best-seller au siècle des Lumières, trad. de l’américain par  
Marie-Alyx Revellat, préface de Emmanuel Le Roy Ladurie,  
Librairie Académique Perrin, Paris, 1982.

Didier, Béatrice: Le siècle des Lumières, M. A. éd., Paris, 1987.

Domenech, Jacques: *L’éthique des Lumières. Les fondements de  
la morale dans la philosophie française du XVIII siècle,* Li-  
brairie Philosophique J. Vrin, Paris, 1989.

Duchet, Michèle: *Antropologia e historia en el siglo de las luces,*Siglo XXI, México, 1975.

Ehrard, Jean: *L’idée de nature en France à l’aube des lumières,*Flammarion, Paris, 1970.

Fabre, Jean: Lumières et Romantisme, Klincksieck, Paris, rééd.  
1980.

Fontenay, Elisabeth de: *Diderot ou le matérialisme enchanté,*Grasset, Paris, 1981.

Furbank, P. N.: Diderot. Biografia critica, trad. de M. a Teresa La  
Valle, Emecé, Barcelona, 1994.

Goyard-Fabre, Simone: *La philosophie des Lumières en France,*Klincksieck, Paris, 1972.

Gusdorf, Georges: «Les principes de la pensée au siècle des Lu-  
mières», vol. IV de Les sciences humaines et la pensée occi-  
dentale, Payot, Paris, 1971.

* «Dieu, la nature, l’homme au siècle des Lumières», vol. V de  
  Les sciences humaines et la pensée occidentale, Payot, Paris,  
  1972.
* «L’avènement des sciences humaines au siècle des Lumiè-  
  res», vol. VI de Les sciences humaines et la pensée occiden-  
  tale, Payot, Paris, 1973.
* «Naissance de la conscience romantique au siècle des Lumiè-  
  res», vol. VII de Les sciences humaines et la pensée occiden-  
  tale, Payot, Paris, 1976.

Henri, Pierre: «Prefacio» a la obra de Valentin Haüy: Essai sur  
l’éducation des aveugles, Editions Archives Contemporaines,  
Bibliothèque du CNAM, Paris, 1985.

Jauch, Ursula Pia: *Filosofia de damas y moral masculina. Del  
Abad de Gérard al Marqués de Sade. Un Ensayo sobre la ra-  
zôn ingeniosa,* trad. de Luisa Posada Kubissa, Alianza Uni-  
versidad, Madrid, 1995.

Kafker, Frank, in collaboration with Kafker, Serena: The Ency-  
clopedists as individuals: a biographical dictionary of the  
authors of the Encyclopédie, The Voltaire Foundation at the  
Taylor Institution, Oxford, 1988.

Lestringant, Frank: Le Cannibale. Grandeur et décadence, Li-  
brairie académique Perrin, Paris, 1994.

Mauzi, R.: *L’idée de bonheur au xvm siècle,* A. Colin, Paris,  
1969.

Plebe, A.: ¿Qué es verdaderamente la Ilustración?, trad. de Do-  
lores Fonseca, Doncel, Madrid, 1971.

Pomeau, René: Diderot, PUF, Paris, 1967.

* Voltaire par lui-même, Seuil, Paris, 1964.

Potulicki, Elisabeth B.: *La modernité de la pensée de Diderot  
dans les oeuvres philosophiques,* Nizet, Paris, 1980.

Proust, Jacques: L’Encyclopédie, A. Colin, Paris, 1965.

* *Diderot et l’Encyclopédie,* Slatkine, Genève-Paris, 1982.  
  Renaud, Jean: *La littérature française du XVIII siècle,* Armand

Colin, Paris, 1994.

Saint-Amand, Pierre: *Diderot, le labyrinthe de la relation,* Vrin,  
Paris, 1984.

Sebreli, Juan José: *El asedio a la modernidad. Crítica del relati-  
vismo cultural,* Ariel, Barcelona, 1992.

Soboul, A.; Lemarchand, G., y Fogel, M.: Le siècle des Lumières.  
L’essor 1715-1750, tome I, premier volume, PUF, Paris,  
1977.

Thiebaut, Carlos (ed. ): *La herencia ética de la Ilustración,* Ed.

Crítica, Barcelona, 1991.

VV. AA.: Ilustración y Revolución, Anales de la Cátedra Francisco  
Suárez, n. ° 29, Universidad de Granada, 1989.

INDICE

ESTUDIO PRELIMINAR, por Alicia H. Puleo 7

SELECCIÓN DE TEXTOS

EL CIEGO 39

*Carta sobre los ciegos para uso de los que ven,*

de Diderot 41

*El ciego de la montaña,* de Corneille-François

De Nelis55

*Artículo “Ciego” de la Enciclopedia,* de D’Alembert61

EL GENIO 75

*Introducción al conocimiento del intelecto humano,* de

Vauvenargues 77

*Artículo “Genio”* de la Enciclopedia, de Saint-

Lambert81

*Refutación de Helvecio,* de Diderot87

EL EXTRANJERO 91

*Cartas persas,* de Montesquieu *93*

*Cartas edificantes y curiosas de China,* de los misioneros

de la Compañía de Jesús *99*

*Memorias concernientes a la Historia, las Ciencias, las Artes, las Costumbres, los Usos, etc.,* de los chinos, de los misioneros de Pekín *103*

Tratado sobre la tolerancia, de Voltaire 105

Artículo “Tortura” del Diccionario filosófico, de

Voltaire 109

Artículo “Libertad de pensamiento” del Diccionario

filosófico, de Voltaire 111

EL BUEN SALVAJE 113

Carta a la señora marquesa de \*\*\* sobre la

desnudez de los salvajes, de Fontenelle 115

Ensayo sobre las costumbres y el espíriru de

las Naciones, de Voltaire 119

Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los

Hombres, de Jean Jacques Rousseau 123

“Diálogo entre un salvaje y un bachiller” (Diálogos

filosóficos), de Voltaire 131

LA MUJER 139

Sobre la igualdad de los sexos, de Poulain de la

Barre 141

EL ESCLAVO 163

Cándido, de Voltaire 165

El espíritu de las Leyes, de Montesquieu 167

Reflexiones sobre la esclavitud de los negros, de

Condorcet 171

EL ANIMAL 183

*Tratado sobre los animales*, de Condillac 185

*Artículo “Bestias” del Diccionario filosófico*,

de Voltaire 187

*Reflexiones y máximas*, de Vauvenargues 191

*Sobre el alma de los animales. Carta V*, de

Maupertuis 193

*Acerca del derecho sobre los animales, Carta VI*,

De Maupertuis 199

EL FILÓSOFO 201

*Artículo “Filósofo” de la Enciclopedia*, de

Dumarsais 203

*Reflexiones sobre la esclavitud de los negros*, de

Condorcet 209

BIBLIOGRAFIA 211

COLECCION LETRAS  
DIFERENTES

DIRIGIDA POR:

**José María Arroyo Zarzosa  
Rafael de Lorenzo García**

ASESOR LITERARIO:

**Ricardo de la Fuente**

COORDINADOR EDITORIAL:  
**Gregorio Burgueño Alvarez**

FUNDACION ONCE



ESCUELA LIBRE EDITORIAL

Madrid, 1996

